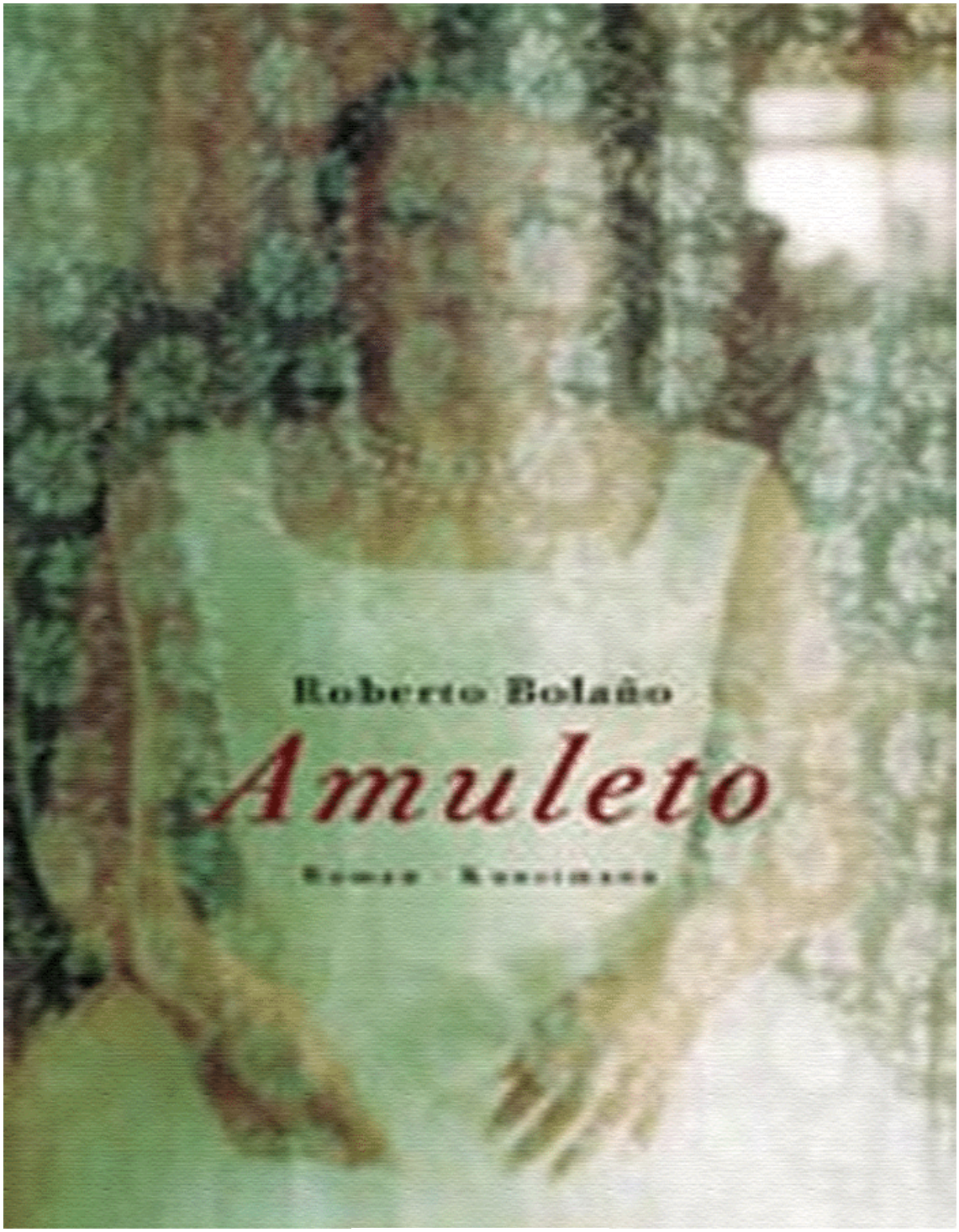
AMULETO
ROBERTO BOLAÑO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Mario Santiago Papasquiaro (México DF, 1953-1998)

Queríamos, pobres de nosotros, pedir auxilio; pero no había nadie para venir en nuestra ayuda. PETRONIO

1

Ésta será una historia de terror. Será una historia policíaca, un relato de serie negra y de terror. Pero no lo parecerá. No lo parecerá porque soy yo la que lo cuenta. Soy yo la que habla y por eso no lo parecerá. Pero en el fondo es la historia de un crimen atroz.

Yo soy la amiga de todos los mexicanos. Podría decir: soy la madre de la poesía mexicana, pero mejor no lo digo. Yo conozco a todos los poetas y todos los poetas me conocen a mí. Así que podría decirlo. Podría decir: soy la madre y corre un céfiro de la chingada desde hace siglos, pero mejor no lo digo. Podría decir, por ejemplo: yo conocí a Arturito Belano cuando él tenía diecisiete años y era un niño tímido que escribía obras de teatro y poesía y no sabía beber, pero sería de algún modo una redundancia y a mí me enseñaron (con un látigo me enseñaron, con una vara de fierro) que las redundancias sobran y que sólo debe bastar con el argumento.

Lo que sí puedo decir es mi nombre.

Me llamo Auxilio Lacouture y soy uruguaya, de Montevideo, aunque cuando los caldos se me suben a la cabeza, los caldos de la extrañeza, digo que soy charrúa, que viene a ser lo mismo aunque no es lo mismo, y que confunde a los mexicanos y por ende a los latinoamericanos.

Pero lo que importa es que un día llegué a México sin saber muy bien por qué, ni a qué, ni cómo, ni cuándo.

Yo llegué a México Distrito Federal en el año 1967 o tal vez en el año 1965 o 1962. Yo ya no me acuerdo ni de las fechas ni de los peregrinajes, lo único que sé es que llegué a México y ya no me volví a marchar. A ver, que haga un poco de memoria. Estiremos el tiempo como la piel de una mujer desvanecida en el quirófano de un cirujano plástico. Veamos. Yo llegué a México cuando aún estaba vivo León Felipe, qué coloso, qué fuerza de la naturaleza, y León Felipe murió en 1968. Yo llegué a México cuando aún vivía Pedro Garfias, qué gran hombre, qué melancólico era, y don Pedro murió en 1967, o sea que yo tuve que llegar antes de 1967. Pongamos pues que llegué a México en 1965.

Definitivamente, yo creo que llegué en 1965 (pero puede que me equivoque, una casi siempre se equivoca) y frecuenté a esos españoles universales, diariamente, hora tras hora, con la pasión de una poetisa y la devoción irrestricta de una enfermera inglesa y de una hermana menor que se desvela por sus hermanos mayores, errabundos como yo, aunque la naturaleza de su éxodo era bien diferente de la mía, a mí nadie me había echado de Montevideo, simplemente un día decidí partir y me fui a Buenos Aires y de Buenos Aires, al cabo de unos meses, tal vez un año, decidí seguir viajando porque ya entonces sabía que mi destino era México, y sabía que León Felipe vivía en México y no estaba muy segura de si don Pedro Garfias también vivía aquí, pero yo creo que en el fondo lo columbraba. Tal vez fue la locura la que me impulsó a viajar. Puede que fuera la locura. Yo decía que había sido la cultura. Claro que la cultura a veces es la locura, o

comprende la locura. Tal vez fue el desamor el que me impulsó a viajar. Tal vez fue un amor excesivo y desbordante. Tal vez fue la locura.

Lo único cierto es que llegué a México en 1965 y me planté en casa de León Felipe y en casa de Pedro Garfias y les dije aquí estoy para lo que gusten mandar. Y les debí de caer simpática, porque antipática no soy, aunque a veces soy pesada, pero antipática nunca. Y lo primero que hice fue coger una escoba y ponerme a barrer el suelo de sus casas y luego a limpiar las ventanas y cada vez que podía les pedía dinero y les hacía la compra. Y ellos me decían con ese tono español tan peculiar, esa musiquilla rispida que no los abandonó nunca, como si encircularan las zetas y las ces y como si dejaran a las eses más huérfanas y libidinosas que nunca, Auxilio, me decían, deja ya de trasegar por el piso, Auxilio, deja esos papeles tranquilos, mujer, que el polvo siempre se ha avenido con la literatura. Y yo me los quedaba mirando y pensaba cuánta razón tienen, el polvo siempre, y la literatura siempre, y como yo entonces era una buscadora de matices me imaginaba unas situaciones portentosas y tristes, me imaginaba los libros quietos en las estanterías y me imaginaba el polvo del mundo que iba entrando en las bibliotecas, lentamente, perseverantemente, imparable, y entonces comprendía que los libros eran presa fácil del polvo (lo comprendía pero me negaba a aceptarlo), veía torbellinos de polvo, nubes de polvo que se materializaban en una pampa que existía en el fondo de mi memoria, *y* las nubes avanzaban hasta llegar al DF, las nubes de mi pampa particular que era la pampa de todos aunque muchos se negaban a verla, y entonces todo quedaba cubierto por la polvareda, los libros que había leído y los libros que pensaba leer, y ahí ya no había nada que hacer, por más que usara la escoba y el trapo el polvo no se iba a marchar jamás, porque ese polvo era parte consustancial de los libros y allí, a su manera, vivían o remedaban algo parecido a la vida.

Eso era lo que veía. Eso era lo que veía en medio de un escalofrío que sólo yo sentía. Luego abría los ojos y aparecía el cielo de México. Estoy en México, pensaba, cuando aún la cola del escalofrío no se había marchado. Estoy aquí, pensaba. Entonces me olvidaba ipso facto del polvo. Veía el cielo a través de una ventana. Veía las paredes por donde la luz del DF se deslizaba. Veía a los poetas españoles y sus libros relucientes. Y yo les decía: don Pedro, León (¡mira qué raro, al más viejo y venerable lo tuteaba; el más joven, sin embargo, como que me intimidaba y no podía quitarle el tratamiento de usted!), déjenme a mí ocuparme de esto, ustedes a lo suyo, sigan escribiendo tranquilos y hagan de cuenta que soy la mujer invisible. Y ellos se reían. O mejor dicho, León Felipe se reía, aunque una no sabía muy bien, si he de ser sincera, si se estaba riendo o carraspeando o blasfemando, ese hombre era como un volcán, y don Pedro Garfias, en cambio, te miraba y luego desviaba la mirada (una mirada tan triste) y la posaba, no sé, digamos que en un florero o en una estantería llena de libros (una mirada tan melancólica), y entonces yo pensaba: qué tiene ese florero o los lomos de los libros en donde su vista se detiene, para concitar tanta tristeza. Y a veces me ponía a reflexionar, cuando él ya no estaba en la habitación o cuando no me miraba, yo me ponía a reflexionar e incluso me ponía a mirar el florero en cuestión o los libros antes señalados y llegaba a la conclusión (conclusión que por otra parte no tardaba en desechar) de que allí, en esos objetos aparentemente tan inofensivos, se ocultaba el infierno o una de sus puertas secretas.

Y a veces don Pedro me sorprendía mirando su florero o los lomos de sus libros y me preguntaba qué miras, Auxilio, y yo entonces decía ¿eh?, ¿qué?, y más bien me hacía la tonta o la soñadora, pero otras veces le preguntaba cosas como al margen de la cuestión, pero cosas que bien pensadas pues resultaban relevantes: le decía don Pedro, ¿este florero desde cuándo lo tiene?, ¿se lo regaló alguien?, ¿tiene algún valor especial para usted? Y él se me quedaba mirando sin saber qué contestar. O decía: sólo es un

florero. O: no tiene ningún significado especial. ¿Y entonces por qué razón lo mira como si ahí se ocultara una de las puertas del infierno?, hubiera debido replicarle yo. Pero yo no replicaba. Yo sólo decía: ajá, ajá, que era una expresión que no sé quién me había pegado por aquellos meses, los primeros que pasé en México. Pero mi cabeza seguía funcionando por más ajás que mis labios articulasen. Y una vez, esto lo recuerdo y me da risa, en que estaba sola en el estudio de Pedrito Garfias, me puse a mirar el florero que él miraba con tanta tristeza, y pensé: tal vez lo mira así porque no tiene flores, casi nunca tiene flores, y me acerqué al florero y lo observé desde distintos ángulos, y entonces (estaba cada vez más cerca, aunque mi forma de aproximarme, mi forma de desplazarme hacia el objeto observado era como si trazara una espiral) pensé: voy a meter la mano por la boca negra del florero. Eso pensé. Y vi cómo mi mano se despegaba de mi cuerpo, se alzaba, planeaba sobre la boca negra del florero, se aproximaba a los bordes esmaltados, y justo entonces una vocecita en mi interior me dijo: che, Auxilio, qué haces, loca, y eso fue lo que me salvó, creo, porque en el acto mi brazo se detuvo y mi mano quedó colgando, en una posición como de bailarina muerta, a pocos centímetros de esa boca del infierno, y a partir de ese momento no sé qué fue lo que me pasó aunque sí sé lo que no me pasó y me pudo haber pasado.

Una corre peligros. Esa es la pura verdad. Una corre riesgos y es juguete del destino hasta en los sitios más inverosímiles.

La vez del florero yo me puse a llorar. O mejor dicho: se me saltaron las lágrimas sin darme cuenta y tuve que sentarme en un sillón, en el único sillón que don Pedro tenía en aquella habitación, porque si no me siento me hubiera desmayado. Al menos, puedo asegurar que en determinado momento se me nubló la vista y se me aflojaron las piernas. Y cuando ya estuve sentada, me entraron unos temblores muy fuertes que parecía que me fuera a dar un ataque. Y lo peor era que mi única preocupación en ese momento consistía en que Pedrito Garfias no entrara y me viera en ese estado tan lamentable. Al mismo tiempo no dejaba de pensar en el florero, al que evitaba mirar aunque sabía (tonta de remate no soy) que estaba allí, en la habitación, de pie sobre una repisa en donde había también un sapo de plata, un sapo cuya piel parecía haber absorbido toda la locura de la luna mexicana. Y luego, aún temblando, me levanté y me volví a acercar, yo creo que con la sana intención de coger el florero y estrellarlo contra el suelo, contra las baldosas verdes del suelo, y esta vez no me aproximé al objeto de mi terror en espiral sino en línea recta, una línea recta vacilante, sí, pero línea recta al fin y al cabo. Y cuando estuve a medio metro del florero me detuve otra vez y me dije: si no el infierno, allí hay pesadillas, allí está todo lo que la gente ha perdido, todo lo que causa dolor y lo que más vale olvidar.

Y entonces pensé: ¿Pedrito Garfias sabe lo que se esconde en el interior de su florero? ¿Saben los poetas lo que se agazapa en la boca sin fondo de sus floreros? ¿Y si lo saben por qué no los destrozan, por qué no asumen ellos mismos esta responsabilidad?

Aquel día no supe pensar en otra cosa. Me fui más temprano de lo usual y me dediqué a pasear por el Bosque de Chapultepec. Un lugar bonito y sedante. Pero por más que caminaba y admiraba lo que veía no podía dejar de pensar en el florero y en el estudio de Pedrito Garfias y en sus libros y en su mirada tan triste que a veces se posaba sobre las cosas más inofensivas y otras veces sobre las cosas más peligrosas. Y así, mientras ante mis ojos veía los muros del Palacio de Maximiliano y Carlota, o veía los árboles del bosque multiplicados en la superficie del lago de Chapultepec, en mi imaginación sólo veía a un poeta español que miraba un florero con una tristeza que parecía abarcarlo todo. Y eso me daba rabia. O mejor dicho: al principio me daba rabia. Me preguntaba a mí misma por qué razón él no hacía nada al respecto: Por qué el poeta

se quedaba mirando el florero en vez de dar dos pasos (dos o tres pasos que resultarían tan elegantes con sus pantalones de lino crudo) y agarrar el florero con ambas manos y estrellarlo contra el suelo. Pero luego se me iba la rabia y me ponía a reflexionar mientras la brisa del Bosque de Chapultepec (del *pintoresco Chapultepec*, como escribió Manuel Gutiérrez Nájera) me acariciaba la punta de la nariz hasta que caía en la cuenta de que probablemente Pedrito Garfias ya había roto muchos floreros, muchos objetos misteriosos a lo largo de su vida, ¡innumerables floreros!, ¡y en dos continentes!, así que quién era yo para reprocharle, aunque sólo fuera mentalmente, la pasividad que mostraba ante el que tenía en su estudio.

Y ya puesta en esa tesitura, incluso buscaba más de una razón que justificara la permanencia del florero, y efectivamente se me ocurría más de una, pero para qué enumerarlas, qué inutilidad enumerarlas. Lo único cierto era que el florero estaba allí, aunque también podía estar en una ventana abierta de Montevideo o sobre el escritorio de mi padre, que murió hace tanto tiempo que ya casi lo he olvidado, en la antigua casa de mi padre, el doctor Lacouture, una casa y un escritorio sobre los que caen ya mismo los pilares del olvido.

Así que lo único cierto es que yo frecuentaba la casa de León Felipe y la casa de Pedro Garfias y que los ayudaba en lo que podía, quitándoles el polvo a los libros y barriendo el suelo, por ejemplo, y que cuando ellos protestaban yo les decía déjenme tranquila, ustedes escriban y déjenme a mí ocuparme de la intendencia, y que entonces León Felipe se reía y don Pedro no se reía, Pedrito Garfias, qué melancólico, él no se reía, él me miraba con sus ojos como de lago al atardecer, esos lagos que están en medio del monte y que nadie visita, esos lagos tristísimos y apacibles, tan apacibles que no parecen de este mundo, y decía no te molestes, Auxilio, o gracias, Auxilio, y no decía nada más. Qué hombre más divino. Qué hombre más íntegro. Se quedaba de pie, inmóvil, y me daba las gracias. Eso era todo y con eso a mí me bastaba. Porque yo me conformo con poco. Eso salta a la vista. León Felipe me decía bonita, me decía eres una chica impagable, Auxilio, y trataba de ayudarme con unos cuantos pesos, pero yo generalmente cuando él me ofrecía dinero ponía el grito en el cielo (literalmente), yo esto lo hago por gusto, León Felipe, le decía, yo esto lo hago asaeteada por la admiración. Y León Felipe se quedaba un ratito pensando en mi adjetivo y yo entonces volvía a poner sobre su mesa el dinero que me había dado y seguía con mi trabajo. Yo cantaba. Yo cuando trabajaba cantaba y no me importaba que el trabajo fuera gratis o pagado. De hecho, creo que prefería que el trabajo fuera gratis (aunque no voy a ser tan hipócrita como para decir que no era feliz cuando me pagaban). Pero con ellos prefería que fuera gratis. Con ellos yo hubiera pagado de mi propio bolsillo para moverme entre sus libros y entre sus papeles con total libertad. Y lo que solía recibir (y aceptar) eran regalos. León Felipe me regalaba figuritas mexicanas de barro que yo no sé de dónde las sacaba porque en su casa tampoco es que tuviera muchas. Yo creo que las compraba especialmente para mí. Qué tristeza de figuritas. Eran tan bonitas. Chiquititas y bonitas. Allí no se escondía la puerta del infierno ni del cielo, sólo eran figuritas que hacían los indios y que luego vendían a los intermediarios que iban a Oaxaca a comprarlas y que éstos revendían, mucho más caras, en los mercados o en puestos callejeros del DF. Don Pedro Garfias, en cambio, me regalaba libros, libros de filosofía. Ahora mismo recuerdo uno de José Gaos, que intenté leer pero que no me gustó. José Gaos también era español y también murió en México. Pobre José Gaos, tendría que haberme esforzado más. ¿Cuándo murió Gaos? Creo que en 1968, como León Felipe, o no, en 1969, y entonces hasta es posible que muriera de tristeza. Pedrito Garfias murió en 1967, en Monterrey. León Felipe murió en 1968. Las figuritas que León Felipe me regaló las fui perdiendo una detrás de otra. Ahora deben de estar en estanterías de casas sólidas o de cuartos de

azotea de la colonia Nápoles o de la colonia Roma o de la colonia Hipódromo-Condesa. Las que no se rompieron. Las que se rompieron deben de ser parte del polvo del DF. Los libros de Pedro Garfias también los perdí. Los de filosofía, los primeros, y los de poesía, fatalmente, también.

A veces me da por pensar que tanto mis libros como mis figuritas de alguna manera me acompañan.

¿Pero cómo me pueden acompañar?, me pregunto. ¿Flotan a mí alrededor? ¿Flotan sobre mi cabeza? ¿Los libros y las figuritas que fui perdiendo se han convertido en el aire del DF? ¿Se han convertido en la ceniza que recorre esta ciudad de norte a sur y de este a oeste? Puede ser. La noche oscura del alma avanza por las calles del DF barriéndolo todo. Ya apenas se escuchan canciones, aquí, en donde antes todo era una canción. La nube de polvo lo pulveriza todo. Primero a los poetas, luego los amores, y luego, cuando parece que está saciada y que se pierde, la nube vuelve y se instala en lo más alto de tu ciudad o de tu mente y te dice con gestos misteriosos que no piensa moverse.

2

Como les iba diciendo, yo frecuentaba a León Felipe y a Pedro Garfias sin deslealtades ni pausas, sin agobiarlos mostrándoles mis poemas ni contándoles mis penas, y sí tratando de ser útil, pero también hacía otras cosas.

Yo tenía mi vida privada. Tenía otra vida aparte de buscar el calor de esos prohombres de las letras castellanas. Tenía otras necesidades. Hacía trabajos. Trataba de hacer trabajos. Me movía y me desesperaba. Porque vivir en el DF es fácil, como todo el mundo sabe o cree o se imagina, pero es fácil sólo si tienes algo de dinero o una beca o una familia o por lo menos un raquítico laburo ocasional y yo no tenía nada, el largo viaje hasta llegar a la región más transparente me había vaciado de muchas cosas, entre ellas de la energía necesaria para trabajar en según qué cosas. Así que lo que hacía era dar vueltas por la Universidad, más concretamente por la Facultad de Filosofía y Letras, haciendo trabajos voluntarios, podríamos decir, un día ayudaba a pasar a máquina los cursos del profesor García Liscano, otro día traducía textos del francés en el Departamento de Francés, en donde había muy pocos que dominaran de verdad la lengua de Moliere, y yo no es que quiera decir que mi francés es óptimo, pero es que al lado del que manejaban los del departamento resultaba buenísimo, y otro día me pegaba como una lapa a un grupo que hacía teatro y me pasaba ocho horas, sin exagerar, mirando los ensayos que se repetían hasta la eternidad, yendo a buscar tortas, manejando experimentalmente los focos, recitando los parlamentos de todos los actores con una voz casi inaudible que sólo yo oía y que sólo a mí me hacía feliz.

A veces, no muchas, conseguía un trabajo remunerado, un profesor me pagaba de su sueldo por hacerle, digamos, de ayudante, o los jefes de departamento conseguían que éstos o la Facultad me contrataran por quince días, por un mes, a veces por un mes y medio en cargos vaporosos y ambiguos, la mayoría inexistentes, o las secretarias, qué chicas más simpáticas, todas eran mis amigas, todas me contaban sus penas de amores y sus esperanzas, se las arreglaban para que sus jefes me fueran pasando chambitas que me permitían ganarme algunos pesos. Esto durante el día. Por las noches llevaba una vida más bien bohemia, con los poetas de México, lo que me resultaba altamente gratificante e incluso hasta conveniente pues por entonces el dinero escaseaba y no tenía ni para la pensión. Pero por regla general sí tenía. Yo no quiero exagerar. Yo tenía dinero para vivir y los poetas de México me prestaban libros de literatura mexicana, al principio sus propios poemarios, los poetas son así, luego los imprescindibles y los clásicos, y de esta manera mis gastos se reducían al mínimo.

A veces me podía pasar una semana entera sin gastar un peso. Yo era feliz. Los poetas mexicanos eran generosos y yo era feliz. En aquellos tiempos comencé a conocerlos a todos y ellos me conocieron a mí. Éramos inseparables. Yo por el día vivía en la Facultad, como una hormiguita o más propiamente como una cigarra, de un lado para otro, de un cubículo a otro cubículo, al tanto de todos los chismes, de todas las infidelidades y divorcios, al tanto de todas las tragedias. Como la del profesor Miguel López Azcárate, al que dejó su mujer, y Miguelito López no supo aguantar el dolor, yo estaba al tanto, me lo contaban las secretarias, una vez me detuve en un pasillo de la Facultad y me uní a un grupo que discutía no sé qué aspectos de la poesía de Ovidio, puede que allí estuviera el poeta Bonifaz Nuño, puede también que allí estuviera Monterroso y dos o tres poetas jóvenes. Y seguro que allí estaba el profesor López Azcárate, que no abrió la boca sino hasta el final (tratándose de poetas latinos la única autoridad reconocida era la de Bonifaz Nuño). ¿Y de qué hablamos, Virgen Santa, de qué hablamos? No lo recuerdo con exactitud. Sólo recuerdo que el tema era Ovidio y que Bonifaz Nuño peroraba, peroraba, peroraba. Probablemente se estaba cargando a un traductor novato de las *Metamorfosis.* Y Monterroso se sonreía y asentía en silencio. Y

los poetas jóvenes (o tal vez sólo eran estudiantes, pobrecitos) hacían tres cuartos de lo mismo. Y yo también. Yo alargaba mi cuello y los contemplaba con fijeza. Y de vez en cuando lanzaba una exclamación por encima del hombro de los estudiantes, que era como añadir un poco de silencio al silencio. Y entonces (en algún momento de ese instante que existió, que no pude haberlo soñado) el profesor López Azcárate abrió la boca. Abrió la boca como si le faltara el aire, como si aquel pasillo de la Facultad hubiera entrado de golpe en la dimensión desconocida y dijo algo sobre el *Arte de amar*, de Ovidio, algo que tomó por sorpresa a Bonifaz Nuño *y* que pareció interesar sobremanera a Monterroso y que los jóvenes poetas o estudiantes no comprendieron, ni yo, y después se puso colorado, como si el ahogo ya resultara francamente insoportable, y unas lágrimas, no muchas, cuatro o seis, le rodaron por las mejillas hasta quedar enganchadas de su bigote, un bigote negro que empezaba a encanecer por las puntas y por el centro concediéndole un aire que a mí siempre me había parecido extrañísimo, como de cebra o algo parecido, un bigote negro, en todo caso, que no debía estar allí, que pedía a gritos una navaja o unas tijeras y que hacía que si una miraba a López Azcárate demasiado tiempo a la cara comprendiera sin la más mínima duda que se trataba de una anomalía y que con esa anomalía en la cara (con esa anomalía voluntaria en la cara) las cosas necesariamente iban a acabar mal.

Una semana después López Azcárate se colgó de un árbol y la noticia corrió por la Facultad como un animal aterrorizado y veloz. Una noticia que cuando llegó a mis oídos me dejó empequeñecida y tintando y al mismo tiempo maravillada, porque la noticia, sin duda, era mala, pésima, pero al mismo tiempo era fantástica, era como si la realidad te dijera al oído: aún soy capaz de grandes cosas, aún soy capaz de sorprenderte a ti, sonsa, y a todos, aún soy capaz de mover el cielo y la tierra por amor.

Por las noches, sin embargo, me expandía, volvía a crecer, me convertía en un murciélago, dejaba atrás la Facultad y vagaba por el DF como un duende (me gustaría decir como un hada, pero faltaría a la verdad), y bebía y discutía y participaba en tertulias (yo las conocí todas) y aconsejaba a los poetas jóvenes que ya desde entonces acudían a mí, aunque no tanto como después, y yo para todos tenía una palabra, ¡qué digo una palabra!, para todos tenía cien palabras o mil, todos me parecían nietos de López Velarde, bisnietos de Salvador Díaz Mirón, los jóvenes machitos atribulados, los jóvenes machitos mustios de las noches del DF, los jóvenes machitos que llegaban con sus folios doblados y sus libros sobados y sus cuadernos sucios y se sentaban en las cafeterías que nunca cierran o en los bares más deprimentes del mundo en donde yo era la única mujer, yo y a veces el fantasma de Lilian Serpas (pero de Lilian hablaré más adelante), y me los daban a leer, sus poemas, sus versos, sus ahogadas traducciones, y yo tomaba esos folios y los leía en silencio, de espaldas a la mesa en donde todos brindaban y trataban angustiosamente de ser ingeniosos o irónicos o cínicos, pobres ángeles míos, y me sumergía en esas palabras (me gustaría decir flujo verbal, pero faltaría a la verdad, allí no había flujo verbal sino balbuceos) hasta la médula, me quedaba por un instante sola con esas palabras entorpecidas por el brillo y la tristeza de la juventud, me quedaba por un instante sola con esos trozos de espejo trizados, y me miraba o mejor dicho me buscaba en el azogue de esa baratura, ¡y me encontraba!, allí estaba yo, Auxilio Lacouture, o fragmentos de Auxilio Lacouture, los ojos azules, el pelo rubio y canoso con un corte a lo Príncipe Valiente, la cara alargada y flaca, las arrugas en la frente, y mi mismidad me estremecía, me sumergía en un mar de dudas, me hacía sospechar del porvenir, de los días que se avecinaban con una velocidad de crucero, aunque por otra parte me confirmaba que vivía con mi tiempo, con el tiempo que yo había escogido y con el tiempo que me circundaba, tembloroso, cambiante, pletórico, feliz.

Y así llegué al año 1968. O el año 1968 llegó a mí. Yo ahora podría decir que lo presentí. Yo ahora podría decir que tuve una corazonada feroz y que no me pilló desprevenida. Lo auguré, lo intuí, lo sospeché, lo remusgué desde el primer minuto de enero; lo presagié y lo barrunté desde que se rompió la primera piñata (y la última) del inocente enero enfiestado. Y por si eso no fuera poco podría decir que sentí su olor en los bares y en los parques en febrero o en marzo del 68, sentí su quietud preternatural en las librerías y en los puestos de comida ambulante, mientras me comía un taco de carnita, de pie, en la calle San Ildefonso, contemplando la iglesia de Santa Catarina de Siena y el crepúsculo mexicano que se arremolinaba como un desvarío, antes de que el año 68 se convirtiera realmente en el año 68.

Ay, me da risa recordarlo. ¡Me dan ganas de llorar! ¿Estoy llorando? Yo lo vi todo y al mismo tiempo yo no vi nada. ¿Se entiende lo que quiero decir? Yo soy la madre de todos los poetas y no permití (o el destino no permitió) que la pesadilla me desmontara. Las lágrimas ahora corren por mis mejillas estragadas. Yo estaba en la Facultad aquel 18 de septiembre cuando el ejército violó la autonomía y entró en el campus a detener o a matar a todo el mundo. No. En la Universidad no hubo muchos muertos. Fue en Tlatelolco. ¡Ese nombre que quede en nuestra memoria para siempre! Pero yo estaba en la Facultad cuando el ejército y los granaderos entraron y arrearon con toda la gente. Cosa más increíble. Yo estaba en el baño, en los lavabos de una de las plantas de la Facultad, la cuarta, creo, no puedo precisarlo. Y estaba sentada en el water, con las polleras arremangadas, como dice el poema o la canción, leyendo esas poesías tan delicadas de Pedro Garfias, que ya llevaba un año muerto, don Pedro tan melancólico, tan triste de España y del mundo en general, qué se iba a imaginar que yo lo iba a estar leyendo en el baño justo en el momento en que los granaderos conchudos entraban en la Universidad. Yo creo, y permítaseme este inciso, que la vida está cargada de cosas enigmáticas, pequeños acontecimientos que sólo están esperando el contacto epidérmico, nuestra mirada, para desencadenarse en una serie de hechos causales que luego, vistos a través del prisma del tiempo, no pueden sino producirnos asombro o espanto. De hecho, gracias a Pedro Garfias, a los poemas de Pedro Garfias y a mi inveterado vicio de leer en el baño, yo fui la última en enterarse de que los granaderos habían entrado, de que el ejército había violado la autonomía universitaria, y de que mientras mis pupilas recorrían los versos de aquel español muerto en el exilio los soldados y los granaderos estaban deteniendo y cacheando y pegándole a todo el que encontraban delante sin que importara sexo o edad, condición civil o status adquirido (o regalado) en el intrincado mundo de las jerarquías universitarias.

Digamos que yo sentí un ruido.

¡Un ruido en el alma!

Y digamos que después el ruido fue creciendo y creciendo y que ya para entonces yo presté atención a lo que pasaba, oí que alguien tiraba de la cadena de un water vecino, sentí un portazo, pasos en el pasillo, y el clamor que subía de los jardines, de ese césped tan bien cuidado que enmarca la Facultad como un mar verde a una isla siempre dispuesta a las confidencias y al amor. Y entonces la burbuja de la poesía de Pedro Garfias hizo blip y cerré el libro y me levanté, tiré de la cadena, abrí la puerta, hice un comentario en voz alta, dije che, qué pasa afuera, pero nadie me respondió, todas las usuarias del baño habían desaparecido, dije che, ¿no hay nadie?, sabiendo de antemano que nadie me iba a contestar, no sé si conocen la sensación, una sensación como de película de miedo, pero no de esas en donde las mujeres son sonsas sino de esas en donde las mujeres son inteligentes y valientes o en donde al menos hay una mujer inteligente y valiente que de repente se queda sola, que de repente entra en un edificio solitario o en una casa abandonada y pregunta (porque ella no sabe que el lugar en

donde se ha metido está abandonado) si hay alguien, alza la voz y pregunta, aunque en realidad en el tono con que hace la pregunta ya va implícita la respuesta, pero ella pregunta, ¿por qué?, pues porque ella básicamente es una mujer educada y las mujeres educadas no podemos evitar serlo en cualquier circunstancia en que la vida nos ponga, ella se queda quieta o tal vez da algunos pasos y pregunta y nadie, evidentemente, le responde. Así que yo me sentí como esa mujer, aunque no sé si lo supe en el acto o lo sé ahora, y también di unos cuantos pasos como si caminara por una enorme extensión de hielo. Y luego me lavé las manos, me miré en el espejo, vi una figura alta y flaca, con algunas, demasiadas ya, arruguitas en la cara, la versión femenina del Quijote como me dijera en una ocasión Pedro Garfias, y después salí al pasillo, y ahí sí que me di cuenta enseguida de que pasaba algo, el pasillo estaba vacío, sumido en sus desvaídos colores crema, y la gritería que subía por las escaleras era de las que atontan y hacen historia.

¿Qué hice entonces? Lo que cualquier persona, me asomé a una ventana y miré hacia abajo y vi soldados y luego me asomé a otra ventana y vi tanquetas y luego a otra, la que está al fondo del pasillo (recorrí el pasillo dando saltos de ultratumba), y vi furgonetas en donde los granaderos y algunos policías vestidos de civil estaban metiendo a los estudiantes y profesores presos, como en una escena de una película de la Segunda Guerra Mundial mezclada con una de María Félix y Pedro Armendáriz de la Revolución Mexicana, una película que se resolvía en una tela oscura pero con figuritas fosforescentes, como dicen que ven algunos locos o las personas que sufren repentinamente un ataque de miedo. Y luego vi a un grupo de secretarias, entre las que creí distinguir a más de una amiga (¡en realidad creí distinguirlas a todas!), que salían en fila india, arreglándose los vestidos, con las carteras en las manos o colgadas del hombro, y después vi a un grupo de profesores que también salía ordenadamente, al menos tan ordenadamente como la situación lo permitía, vi gente con libros en las manos, vi gente con carpetas y páginas mecanografiadas que se desparramaban por el suelo y ellos se agachaban y las recogían, y vi gente que era sacada a rastras o gente que salía de la Facultad cubriéndose la nariz con un pañuelo blanco que la sangre ennegrecía rápidamente. Y entonces yo me dije: quédate aquí, Auxilio. No permitas, nena, que te lleven presa. Quédate aquí, Auxilio, no entres voluntariamente en esa película, nena, si te quieren meter que se tomen el trabajo de encontrarte.

Y entonces volví al baño y mira qué curioso, no sólo volví al baño sino que volví al water, justo el mismo en donde estaba antes, y volví a sentarme en la taza del water, quiero decir: otra vez con la pollera arremangada y los calzones bajados, aunque sin ningún apremio fisiológico (dicen que precisamente en casos así se suelta el estómago, pero no fue ciertamente mi caso), y con el libro de Pedro Garfias abierto, y aunque no quería leer me puse a leer, lentamente al principio, palabra por palabra y verso por verso, aunque poco después la lectura fue acelerándose hasta que finalmente se hizo enloquecedora, los versos pasaban tan rápidos que apenas me era posible discernir algo de ellos, las palabras se pegaban unas con otras, no sé, una lectura en caída libre que, por otra parte, la poesía de Pedrito Garfias apenas pudo resistir (hay poetas y poemas que resisten cualquier lectura, otros, la mayoría, no), y en ésas estaba cuando de repente oí ruido en el pasillo, ¿ruido de botas?, ¿ruido de botas claveteadas?, pero che, me dije, ya es mucha coincidencia, ¿no, te parece?, ¿ruido de botas claveteadas!, pero che, me dije, ahora sólo falta el frío y que una boina me caiga encima de la cabeza, y entonces escuché una voz que decía algo así como que todo estaba en orden, mi sargento, puede que dijera otra cosa, y cinco segundos después alguien, tal vez el mismo cabrón que había hablado, abrió la puerta del baño y entró.

3

Y yo, pobre de mí, oí algo similar al rumor que produce el viento cuando baja y corre entre las flores de papel, oí un florear de aire y agua, y levanté (silenciosamente) los pies como una bailarina de Renoir, como si fuera a parir (y de alguna manera, en efecto, me disponía a alumbrar algo y a ser alumbrada), los calzones esposando mis tobillos flacos, enganchados a unos zapatos que entonces tenía, unos mocasines amarillos de lo más cómodo, y mientras esperaba a que el soldado revisara los wáters uno por uno y me disponía moral y físicamente, llegado el caso, a no abrir, a defender el último reducto de autonomía de la UNAM, yo, una pobre poetisa uruguaya, pero que amaba México como la que más, mientras esperaba, digo, se produjo un silencio especial, un silencio que ni los diccionarios musicales ni los diccionarios filosóficos registran, como si el tiempo se fracturara y corriera en varias direcciones a la vez, un tiempo puro, ni verbal ni compuesto de gestos o acciones, y entonces me vi a mí misma y vi al soldado que se miraba arrobado en el espejo, nuestras dos figuras empotradas en un rombo negro o sumergidas en un lago, y tuve un escalofrío, helas, porque supe que momentáneamente las leyes de la matemática me protegían, porque supe que las tiránicas leyes del cosmos, que se oponen a las leyes de la poesía, me protegían y que el soldado se miraría arrobado en el espejo y yo lo oiría y lo imaginaría, arrobada también, en la singularidad de mi water, y que ambas singularidades constituían a partir de ese segundo las dos caras de una moneda atroz como la muerte.

Hablando en plata: el soldado y yo permanecimos quietos como estatuas en el baño de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, y eso fue todo, después oí sus pisadas que se marchaban, escuché que se cerraba la puerta y mis piernas levantadas, como si decidieran por sí mismas, volvieron a su antigua posición.

El parto había concluido.

Debí de permanecer así unas tres horas, calculo.

Sé que empezaba a anochecer cuando salí del water. Tenía las extremidades acalambradas. Tenía una piedra en el estómago y me dolía el pecho. Tenía como un velo o una gasa sobre los ojos. Tenía unos zumbidos de abejas o avispas o abejorros en los oídos o en la mente. Tenía como cosquillas y al mismo tiempo como ganas de dormir. Pero la verdad es que estaba más despierta que nunca. La situación era nueva, lo admito, pero yo sabía qué hacer.

Yo sabía cuál era mi deber.

Así que me encaramé a la única ventana del baño y miré para afuera. Yo vi a un soldado perdido en la lejanía. Yo vi la silueta de una tanqueta o la sombra de una tanqueta, aunque después me puse a reflexionar y tal vez lo que vi fuera la sombra de un árbol. Corno el pórtico de la literatura latina, como el pórtico de la literatura griega. Ay, a mí me gusta tanto la literatura griega, desde Safo hasta Giorgos Seferis. Yo vi el viento que recorría la Universidad como si disfrutara de las últimas claridades del día. Y supe lo que tenía que hacer. Yo supe. Supe que tenía que resistir. Así que me senté sobre las baldosas del baño de mujeres y aproveché los últimos rayos de luz para leer tres poemas más de Pedro Garfias y luego cerré el libro y cerré los ojos y me dije: Auxilio Lacouture, ciudadana del Uruguay, latinoamericana, poeta y viajera, resiste.

Sólo eso.

Y luego me puse a pensar en mi pasado como ahora pienso en mi pasado. Luego remonté las fechas, se rompió el rombo en el espacio de la desesperación conjetural, subieron las imágenes del fondo del lago, sin que nada ni nadie pudiera evitarlo emergieron las imágenes de ese pobre lago al que no alumbran ni el sol ni la luna, se plegó y desplegó el tiempo como un sueño. El año 68 se convirtió en el año 64 y en el año 60 y en el año 56. Y también se convirtió en el año 70 y en el año 73 y en el año 75

y 76. Como si me hubiera muerto y contemplara los años desde una perspectiva inédita. Quiero decir: me puse a pensar en mi pasado como si pensara en mi presente y en mi futuro y en mi pasado, todo revuelto y adormilado en un solo huevo tibio, un enorme huevo de no sé qué pájaro interior (¿un arqueopterix?) cobijado en un nido de escombros humeantes.

Me puse a pensar, por ejemplo, en los dientes que perdí, aunque en ese momento, en septiembre de 1968, yo aún tenía todos mis dientes, lo que bien mirado no deja de resultar raro. Pero lo cierto es que pensé en mis dientes, mis cuatro dientes delanteros que fui perdiendo en años sucesivos porque no tenía dinero para ir al dentista, ni ganas de ir al dentista, ni tiempo. Y resultó curioso pensar en mis dientes porque por una parte a mí me traía sin cuidado carecer de los cuatro dientes más importantes en la dentadura de una mujer, y por otra parte el perderlos me hirió en lo más profundo de mí ser y esa herida ardía y era necesaria e innecesaria, era absurda. Todavía hoy, cuando lo pienso, no lo comprendo. En fin: perdí mis dientes en México como había perdido tantas otras cosas en México, y aunque de vez en cuando voces amigas o que pretendían serlo me decían ponte los dientes, Auxilio, haremos una colecta para comprarte unos postizos, Auxilio, yo siempre supe que ese hueco iba a permanecer hasta el final en carne viva y no les hacía demasiado caso aunque tampoco daba de plano una respuesta negativa.

Y la pérdida trajo consigo una nueva costumbre. A partir de entonces, cuando hablaba o cuando me reía, cubría con la palma de la mano mi boca desdentada, gesto que según supe no tardó en hacerse popular en algunos ambientes. Yo perdí mis dientes pero no perdí la discreción, la reserva, un cierto sentido de la elegancia. La emperatriz Josefina, es sabido, tenía enormes caries negras en la parte posterior de su dentadura y eso no le restaba un ápice a su encanto. Ella se cubría con un pañuelo o con un abanico; yo, más terrenal, habitante del DF alado y del DF subterráneo, me ponía la palma de la mano sobre los labios y me reía y hablaba libremente en las largas noches mexicanas. Mi aspecto, para los que recién me conocían, era el de una conspiradora o el de un; ser extraño, mitad sulamita y mitad murciélago albino. Pero eso a mí no me importaba. Allí está Auxilio, decían los poetas, y allí estaba yo, sentada a la mesa de un novelista con delírium tremens o de un periodista suicida, riéndome y hablando, secreteando y contando habladurías, y nadie podía decir: yo he visto la boca herida de la uruguaya, yo he visto las encías peladas de la única persona que se quedó en la Universidad cuando entraron los granaderos, en septiembre de 1968. Podían decir: Auxilio habla como los conspiradores, acercando la cabeza y cubriéndose la boca. Podían decir: Auxilio habla mirándote a los ojos. Podían decir (y reírse al decirlo): ¿cómo consigue Auxilio, aunque tenga las manos ocupadas con libros y con vasos de tequila, llevarse siempre una mano a la boca de manera por demás espontánea y natural?, ¿en dónde reside el secreto de ese su juego de manos prodigioso? El secreto, amigos míos, no pienso llevármelo a la tumba (a la tumba no hay que llevarse nada). El secreto reside en los nervios. En los nervios que se tensan y se alargan para alcanzar los bordes de la sociabilidad y el amor. Los bordes espantosamente afilados de la sociabilidad y el amor.

Yo perdí mis dientes en el altar de los sacrificios humanos.

4

Pero no sólo pensé en mis dientes, que aún no se habían caído, sino que también pensé en otras cosas, como por ejemplo en el joven Arturo Belano, al que yo conocí cuando tenía dieciséis o diecisiete años, en el año de 1970, cuando yo ya era la madre de la poesía joven de México y él un pibe que no sabía beber pero que se sentía orgulloso de que en su lejano Chile hubiera ganado las elecciones Salvador Allende.

Yo lo conocí. Yo lo conocí en una ensordecedora reunión de poetas en el bar Encrucijada Veracruzana, atroz huronera o cuchitril en donde se reunía a veces un grupo heterogéneo de jóvenes y no tan jóvenes promesas. De entre todas las promesas él era la promesa más joven. Y además el único que a los diecisiete años ya había escrito una novela. Una novela que luego se perdió o devoró el fuego o que acabó en uno de los inmensos basurales que rodean el DF y que yo leí, al principio con reservas, después con placer, no porque fuera buena, no, el placer me lo proporcionaban los atisbos de voluntad vislumbrados en cada página, la conmovedora voluntad de un adolescente: la novela era mala, pero él era bueno. Así que yo me hice amiga de él. Yo creo que fue porque éramos los dos únicos sudamericanos en medio de tantos mexicanos. Yo me hice amiga de él, me acerqué y le hablé cubriendo con una mano mi boca y él me sostuvo la mirada y me miró el dorso de la mano y no me preguntó por qué razón me cubría la boca, pero yo creo que, a diferencia de otros, lo adivinó en el acto, quiero decir adivinó el motivo último, la soberanía postrera que me llevaba a cubrirme los labios, y no le importó.

Yo esa noche me hice amiga de él, pese a la diferencia de edades, ¡pese a la diferencia de todo! Yo le dije, semanas después, quién era Ezra Pound, quién era William Carlos Williams, quién era T. S. Eliot. Yo lo llevé una vez a su casa, enfermo, borracho, yo lo llevé abrazado, colgando de mis flacas espaldas, y me hice amiga de su madre y de su padre y de su hermana tan simpática, tan simpáticos todos.

Yo lo primero que le dije a su madre fue: señora, yo no me he acostado con su hijo. A mí me gusta ser así, ser franca y sincera con la gente franca y sincera (aunque me he ganado disgustos sin cuento por esta mi inveterada costumbre). Yo levanté las manos y sonreí y luego bajé las manos y se lo dije y ella me miró como si acabara de salir de uno de los cuadernos de su hijo, de Arturito Belano, que entonces estaba durmiendo la mona en la caverna que era su habitación. Y ella dijo: claro que no, Auxilio, pero no me digas señora, si tenemos casi la misma edad. Y yo enarqué una ceja y fijé en ella mi ojo más azul, el derecho, y pensé: pero, nena, si tiene razón, si debemos tener más o menos la misma edad, tal vez yo fuera tres años más joven, o dos, o uno, pero básicamente éramos de la misma generación, la única diferencia era que ella tenía una casa y un trabajo y cada mes recibía su sueldo y yo no, la única diferencia era que yo salía con gente joven y la madre de Arturito salía con gente de su edad, la única diferencia era que ella tenía dos hijos adolescentes y yo no tenía ninguno, pero eso tampoco importaba porque por aquellas fechas yo también tenía, a mi manera, cientos de hijos.

Así que yo me hice amiga de esa familia. Una familia de chilenos viajeros que había emigrado a México en 1968. Mi año. Y una vez se lo dije a la mamá de Arturo: mira, le dije, cuando vos estabas haciendo los preparativos de tu viaje, yo estaba encerrada en el lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ya lo sé, Auxilio, me decía ella. Es curioso, ¿no?, decía yo. Sí que lo es, decía ella. Y así podíamos estarnos un buen rato, por la noche, escuchando música y hablando y riéndonos.

Yo me hice amiga de esa familia. Yo me quedaba de invitada en la casa de ellos largas temporadas, una vez un mes, otra vez quince días, otra vez un mes y medio,

porque para entonces yo ya no tenía dinero para pagar una pensión o un cuarto de azotea y mi vida cotidiana se había convertido en un vagar de una parte a otra de la ciudad, a merced del viento nocturno que corre por las calles y avenidas del DF.

Yo vivía durante el día en la Universidad haciendo mil cosas y por la noche vivía la vida bohemia y dormía e iba desperdigando mis escasas pertenencias en casas de amigas y amigos, mi ropa, mis libros, mis revistas, mis fotos, yo Remedios Varo, yo Leonora Carríngton, yo Eunice Odio, yo Lilian Serpas (ay, pobre Lilian Serpas, tengo que hablar de ella). Y mis amigas y amigos, por supuesto, llegaba un momento en que se cansaban de mí y me pedían que me fuera. Y yo me iba. Yo hacía una broma y me iba. Yo trataba de quitarle hierro al asunto y me iba. Yo agachaba la cabeza y me iba. Yo les daba un beso en la mejilla y las gracias y me iba. Algunos maldicientes dicen que no me iba. Mienten. Yo me iba apenas me lo decían. Tal vez, en alguna ocasión, me encerré en el baño y derramé unas lágrimas. Algunos lenguaraces dicen que los baños eran mi debilidad. Qué equivocados están. Los baños eran mi pesadilla aunque desde septiembre de 1968 las pesadillas no me eran extrañas. Una a todo se acostumbra. Me gustan los baños. Me gustan los baños de mis amigas y amigos. Me gusta, como a todo ser humano, tomar una ducha y encarar con el cuerpo limpio un nuevo día. Me gusta, también, ducharme antes de irme a dormir. La mamá de Arturito me decía: usa esa toalla limpia que he puesto para ti, Auxilio, pero yo nunca usaba toallas. No me gusta. Prefería vestirme con la piel mojada y que fuera mi propio calor corporal el que secara las gotitas. Eso divertía a la gente. A mí también me divertía.

Pero hubiera podido, también, volverme loca.

5

Si no me volví loca fue porque siempre conservé el humor.

Me reía de mis faldas, de mis pantalones cilíndricos, de mis medias rayadas, de mis calcetines blancos, de mi corte de pelo Príncipe Valiente, cada día menos rubio y más blanco, de mis ojos que escrutaban la noche del DF, de mis orejas rosadas que escuchaban las historias de la Universidad, los ascensos y los descensos, los ninguneos, postergaciones, lambisconeos, adulaciones, méritos falsos, temblorosas camas que se desmontaban y se volvían a montar bajo el cielo estremecido del DF, ese cielo que yo conocía tan bien, ese cielo revuelto e inalcanzable como una marmita azteca bajo el cual yo me movía feliz de la vida, con todos los poetas de México y con Arturito Belano que tenía diecisiete años, dieciocho años, y que iba creciendo mientras yo lo miraba. ¡Todos iban creciendo amparados por mi mirada! Es decir: todos iban creciendo en la intemperie mexicana, en la intemperie latinoamericana, que es la intemperie más grande porque es la más escindida y la más desesperada. Y mi mirada rielaba como la luna por aquella intemperie y se detenía en las estatuas, en las figuras sobrecogidas, en los corrillos de sombras, en las siluetas que nada tenían excepto la utopía de la palabra, una palabra, por otra parte, bastante miserable. ¿Miserable? Sí, admitámoslo, bastante miserable.

Y yo estaba allí con ellos porque yo tampoco tenía nada, excepto mi memoria.

Yo tenía recuerdos. Yo vivía encerrada en el lavabo de mujeres de la Facultad, vivía empotrada en el mes de septiembre del año 1968 y podía, por tanto, verlos sin pasión, aunque a veces, afortunadamente, jugaba con la pasión y con el amor. Porque no todos mis amantes fueron platónicos. Yo me acosté con los poetas. No con muchos, pero con algunos me acosté. Yo era, pese a las apariencias, una mujer y no una santa. Y ciertamente me acosté con más de uno.

La mayoría fueron amores de una sola noche, jóvenes borrachos a quienes arrastré hacia una cama o hacia el sillón de una habitación apartada mientras en la habitación vecina resonaba una música bárbara que ahora prefiero no evocar. Otros, los menos, fueron amores desgraciados que se prolongaron más allá de una noche y más allá de un fin de semana, y en los que mi papel fue más el de una psicoterapeuta que el de una amante. Por lo demás, no me quejo. Con la pérdida de mis dientes yo tenía reparos en dar o recibir besos, ¿y qué amor puede sostenerse mucho tiempo si a una no la besan en la boca? Pero aun así me acosté e hice el amor con ganas. La palabra es ganas. Hay que tener ganas para hacer el amor. Hay que tener también una oportunidad, pero sobre todo hay que tener ganas.

Al respecto hay una historia de aquellos años que tal vez no fuera ocioso contar. Yo conocí a una muchacha en la Facultad. Fue en la época en que me dio por el teatro. Era una muchacha encantadora. Había terminado Filosofía. Era muy culta y muy elegante. Yo estaba dormida en una butaca del teatro de la Facultad (un teatro prácticamente inexistente) y soñaba con mi infancia o con extraterrestres. Ella se sentó a mi lado. El teatro, por supuesto, estaba vacío: en el escenario un grupo lamentable ensayaba una obra de García Lorca. No sé en qué momento me desperté. Ella entonces me dijo: ¿tú eres Auxilio Lacouture, verdad?, y me lo dijo con tanta calidez que a mí en el acto me resultó simpática. Tenía la voz un poco ronca, el pelo negro, peinado hacia atrás, no muy largo. Después dijo algo divertido o fui yo la que dijo algo divertido y nos pusimos a reír, bajito, para que no nos oyera el director, un tipo que había sido amigo mío en el 68 pero que ahora se había convertido en un mal director de teatro y eso él lo sabía y lo hacía estar resentido con todo el mundo. Después nos fuimos juntas a las calles de México.

Se llamaba Elena y me invitó a un café. Dijo que tenía muchas cosas que decirme. Dijo que desde hacía mucho tiempo tenía ganas de conocerme. Al salir de la Facultad me di cuenta de que era coja. No muy coja, pero evidentemente era coja. Elena la filósofa. Tenía un Volkswagen y me llevó a una cafetería de Insurgentes Sur. Yo nunca había estado allí antes. Era un sitio encantador y muy caro, pero Elena tenía dinero y tenía muchas ganas de hablar conmigo, aunque al final yo fui la única que habló. Ella escuchaba y se reía y parecía feliz de la vida, pero no habló mucho. Cuando nos separamos, pensé: ¿qué era lo que tenía que decirme?, ¿de qué quería hablar conmigo?

A partir de entonces nos solíamos encontrar cada cierto tiempo, en el teatro o en los pasillos de la Facultad, casi siempre al atardecer, cuando empieza a caer la noche sobre la Universidad y algunas personas no saben adonde ir ni qué hacer con sus vidas. Yo encontraba a Elena y Elena me invitaba a tomar algo o a comer en algún restaurante de Insurgentes Sur. Una vez me invitó a su casa, en Coyoacán, una casa preciosa, chiquitita pero preciosa, muy femenina y muy intelectual, llena de libros de filosofía y de teatro, porque Elena pensaba que la filosofía y el teatro estaban muy relacionados. Una vez me habló de eso, aunque yo apenas le entendí una palabra. Para mí el teatro estaba relacionado con la poesía, para ella con la filosofía, cada loco con su tema. Hasta que de repente la dejé de ver. No sé cuánto tiempo pasó. Meses, tal vez. Por supuesto, yo pregunté a algunas secretarias de la Facultad qué había sido de Elena, si estaba enferma o de viaje, si sabían algo de ella, y nadie supo darme una respuesta convincente. Una tarde decidí ir a su casa pero me perdí. ¡Era la primera vez que me pasaba una cosa semejante! ¡Desde septiembre de 1968 yo no me había perdido ni una sola vez en el laberinto del DF! Antes sí, antes solía perderme, no muy a menudo, pero solía perderme. Después ya no. Y ahora estaba allí, buscando su casa y no la encontraba y entonces me dije aquí pasa algo raro, Auxilio, nena, abre los ojos y fíjate en los detalles, no sea que se te pase por alto lo más importante de esta historia. Y eso fue lo que hice. Abrí los ojos *y* vagué por Coyoacán hasta las once y media de la noche, cada vez más perdida, cada vez más ciega, como si la pobre Elena se hubiera muerto o nunca hubiera existido.

Así pasó un tiempo. Yo dejé mi puesto de achichincle teatral. Yo volví con los poetas y mi vida tomó un rumbo que para qué explicarlo. Lo único cierto es que yo dejé de ayudar a ese director veterano del 68, no porque la puesta en escena me pareciera mala, que lo era, sino por hastío, porque necesitaba respirar y vagabundear, porque mi espíritu me pedía otro tipo de desazón.

Y un día, cuando menos lo esperaba, volví a encontrar a Elena. Fue en la cafetería de la Facultad. Yo estaba allí, improvisando una encuesta sobre la belleza de los estudiantes, y de golpe la vi, en una mesa apartada, en un rincón, y aunque al principio me pareció la misma de siempre, conforme me fui acercando, un acercamiento que no sé por qué dilaté deteniéndome en cada mesa y manteniendo conversaciones cortas y más bien bochornosas, noté que algo en ella había cambiado aunque en ese momento no pude precisar qué era lo que había cambiado. Cuando me vio, eso lo puedo asegurar, me saludó con el mismo cariño y la simpatía de siempre. Estaba... no sé cómo decirlo. Tal vez más delgada, pero en realidad no estaba más delgada. Tal vez más demacrada, aunque en realidad no estaba más demacrada. Tal vez más callada, pero me bastaron tres minutos para darme cuenta de que tampoco estaba más callada. Puede que tuviera los párpados hinchados. Puede que tuviera la cara entera un poco más hinchada, como si estuviera tomando cortisona. Pero no. Mis ojos no me podían engañar: era la misma de siempre.

Esa noche no me separé de ella. Estuvimos un rato en la cafetería que poco a poco se fue vaciando de estudiantes y profesores y al final sólo quedamos las dos y la mujer

de la limpieza y un hombre de mediana edad, un tipo muy simpático y muy triste que atendía la barra. Después nos levantamos (ella dijo que la cafetería a esa hora le parecía siniestra; yo me callé mi opinión, pero ahora no veo por qué no he de decirla: la cafetería a esa hora me parecía magnífica, usada y majestuosa, pobre y libérrima, penetrada por los últimos centelleos del sol del valle, una cafetería que me pedía con un susurro que me quedara allí hasta el final y leyera un poema de Rimbaud, una cafetería por la que valía la pena llorar) y nos metimos en su auto y ella dijo, cuando ya llevábamos un buen trecho recorrido, que me iba a presentar a un tipo extraordinario, eso dijo, extraordinario, Auxilio, dijo, quiero que lo conozcas y que luego me des tu opinión, aunque yo en el acto me di cuenta de que mi opinión no le interesaba en lo más mínimo. Y también dijo: después de que te lo presente, te vas, que necesito hablar con él a solas. Y yo dije claro, Elena, cómo no. Tú me lo presentas y luego yo me voy. A buen entendedor, pocas palabras. Además esta noche tengo que hacer. ¿Qué tienes que hacer?, dijo ella. Tengo que ver a los poetas de la calle Bucareli, dije yo. Y entonces nos reímos como tontas y casi estrellamos el coche, pero yo en mi fuero interno iba pensando y pensando y cada vez que pensaba veía que Elena no estaba bien, sin poder precisar qué era, objetivamente, lo que me hacía verla así.

Y en ésas llegamos a un local de la Zona Rosa, una especie de tasca cuyo nombre he olvidado pero que estaba en la calle Varsovia y que se especializaba en quesos y vinos, era la primera vez que yo iba a un sitio así, quiero decir a un sitio tan caro, y la verdad es que me entró de repente un apetito tremendo, porque yo soy flaca entre las flacas, pero cuando se trata de comer soy capaz de comportarme como la glotona irredenta del Cono Sur, como la Emily Dickinson de la bulimia, más todavía si te ponen sobre la mesa una variedad de quesos que es de no creerlo, y una variedad de vinos que te hacen temblar de los pies a la cabeza. No sé qué cara debí de poner, pero Elena se compadeció de mí y me dijo quédate a comer con nosotros, aunque por lo bajo me dio un codazo que significaba: quédate a comer con nosotros pero luego te vas con viento fresco. Y yo me quedé a comer con ellos y a beber con ellos y probé unos quince quesos diferentes y me bebí una botella de Rioja y conocí al hombre extraordinario, un italiano que estaba de paso por México y que en Italia era amigo, eso decía, de Giorgio Strehler, y al que le caí simpática o eso deduzco ahora, porque cuando dije que me tenía que ir por primera vez, él dijo quédate, Auxilio, qué prisa tienes, y cuando dije que me tenía que ir por segunda vez, él dijo no te vayas, mujer de conversación portentosa (lo dijo tal cual), la noche es joven, y cuando dije que me tenía que ir por tercera vez, él dijo basta ya de tantos remilgos, Auxilio, ¿acaso Elena y yo te hemos ofendido?, y entonces Elena me dio otro codazo, por debajo de la mesa, y su voz serenísima y bien timbrada dijo quédate, Auxilio, luego yo te doy un aventón a donde tengas que ir, y yo los miraba y asentía, extasiada de queso y vino, y ya no sabía qué hacer, si marcharme o no marcharme, si la promesa de Elena quería decir lo que quería decir o quería decir otra cosa. Y en ese dilema decidí que lo mejor que podía hacer era quedarme callada y escuchar. Y eso hice.

El italiano se llamaba Paolo. Con eso creo que ya está dicho todo. Había nacido en un pueblito cercano a Turín, medía un metro ochenta por lo menos, tenía el pelo castaño y largo, y también tenía una barba enorme, y Elena y cualquier otra mujer se podía perder sin ningún problema entre sus brazos. Era un estudioso del teatro moderno, pero a México no había venido a estudiar ninguna manifestación teatral. De hecho, en México lo único que hacía era esperar un visado y una fecha para viajar a Cuba a entrevistar a Fidel Castro. Ya llevaba mucho tiempo esperando. Una vez le pregunté por qué se tardaban tanto. Me dijo que los cubanos lo estaban, primero, estudiando a él. No cualquiera se podía acercar a Fidel Castro.

Ya había estado un par de veces en Cuba y eso, según decía, y Elena corroboraba sus palabras, lo hacía sospechoso a la policía mexicana, pero yo nunca vi a ningún policía merodeando a su alrededor. Si los vieras, me dijo Elena, es que serían malos policías y a Paolo lo vigilan agentes de la secreta. Lo que era, obviamente, un punto más a mi favor, pues es público y notorio que los policías de la secreta son los que más se parecen a sí mismos. Un policía de tráfico, por ejemplo, si le quitas el uniforme, puede parecer un obrero e incluso algunos parecen líderes obreros, pero un policía de la secreta siempre será semejante a un policía de la secreta.

Desde aquella noche nos hicimos amigos. Los sábados y domingos íbamos los tres a ver teatro gratis a la Casa del Lago. A Paolo le gustaba ver a los grupos aficionados que trabajaban en el teatro al aire libre. Elena se sentaba en el medio *y* ponía su cabeza en el brazo de Paolo y no tardaba en quedarse dormida. A Elena no le gustaban los actores amateurs. Yo me sentaba a la derecha de Elena y la verdad es que poca atención prestaba a lo que pasaba encima del escenario pues todo el rato me la pasaba mirando disimuladamente a ver si sorprendía a un agente de la secreta. Y la verdad es que descubrí no a uno sino a varios. Cuando se lo dije a Elena, ésta se echó a reír. No puede ser, Auxilio, me dijo, pero yo sabía que no estaba equivocada. Luego comprendí la verdad. La Casa del Lago, los sábados y domingos, se llenaba literalmente de espías, pero no todos iban detrás de las huellas de Paolo, la mayoría estaba allí vigilando a otras personas. A algunas de esas personas las conocíamos de la Universidad o de los grupos teatrales independientes y las saludábamos. A otros no los conocíamos de nada y sólo podíamos imaginar y compadecer el itinerario que iban a seguir ellos y sus perseguidores.

No tardé en darme cuenta de que Elena estaba muy enamorada de Paolo. ¿Qué harás cuando se vaya finalmente a Cuba?, le pregunté un día. No lo sé, dijo, y en su carita de niña mexicana solitaria creí ver un brillo o una desolación que ya había visto otras veces y que nunca traía nada bueno. El amor nunca trae nada bueno. El amor siempre trae algo mejor. Pero lo mejor a veces es lo peor si eres mujer, si vives en este continente que en mala hora encontraron los españoles, que en mala hora poblaron esos asiáticos despistados.

Eso pensaba yo encerrada en el lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras en septiembre de 1968. Pensaba en los asiáticos que cruzaron el Estrecho de Behring, pensaba en la soledad de América, pensaba en lo curioso que es emigrar hacia el este y no hacia el oeste. Porque yo soy tonta y no sé nada de este tema, pero nadie me va a negar en esta hora convulsa que emigrar hacia el este es como emigrar hacia la noche más negra. Eso pensaba. Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la vista perdida en las manchas del techo. Hacia el este. Hacia el lugar de donde viene la noche. Pero luego pensé: también ése es el lugar de donde viene el sol. Depende de la hora en que los peregrinos iniciaran la marcha. Y entonces me di un golpe en la frente (un golpe débil, porque mis fuerzas, después de tantos días sin comer, eran escasas) y vi a Elena caminando por una calle solitaria de la colonia Roma, vi a Elena caminando en dirección este, hacia la noche más negra, sola, cojeando, bien vestida, la vi y le grité ¡Elena!, pero de mis labios no salió sonido alguno.

Y Elena se volvió hacia mí y me dijo que no sabía lo que iba a hacer. Tal vez viajar a Italia, dijo. Tal vez esperar que él viniera otra vez a México. No sé, me dijo sonriendo, y yo supe que ella sabía muy bien lo que iba a hacer y que no le importaba. El italiano, por su parte, se dejaba querer y pasear por el DF. Ya no recuerdo a cuántos lugares fuimos juntos, a la Villa, a Coyoacán, a Tlatelolco (allí yo no fui, fue él y Elena, yo no pude ir), a las faldas del Popocatépetl, a Teotihuacán, y en todas partes el italiano

era feliz y Elena también era feliz y yo era feliz porque a mí siempre me ha gustado pasear y estar en compañía de gente que es feliz.

Un día, en la Casa del Lago, incluso nos encontramos con Arturito Belano. Yo se lo presenté a Elena y a Paolo. Yo les dije que era un poeta chileno de dieciocho años. Yo les expliqué que no sólo escribía poesía sino también teatro. Paolo dijo qué interesante. Elena no dijo nada porque a Elena, a esas alturas, ya sólo le parecía interesante su relación con Paolo. Nos fuimos a tomar café a un sitio que se llamaba El Principio de México y que estaba (lo cerraron hace tiempo) en la calle Tokio. No sé por qué recuerdo esa tarde. Esa tarde de 1971 o 1972. Y lo más curioso es que la recuerdo desde mi mirador de 1968. Desde mi atalaya, desde mi vagón de metro que sangra, desde mi inmenso día de lluvia. Desde el lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, mi nave del tiempo desde la que puedo observar todos los tiempos en donde aliente Auxilio Lacouture, que no son muchos, pero que son.

Y recuerdo que Arturo y el italiano hablaron de teatro, del teatro de Latinoamérica, y que Elena pidió un capuchino y que estaba más bien silenciosa, y que yo me puse a mirar las paredes y el suelo de El Principio de México pues enseguida noté algo raro, a mí no me pasan desapercibidas ciertas cosas, era como un ruido, un viento o un suspiro que corría a intervalos irregulares por los cimientos de la cafetería. Y así fueron pasando los minutos, con Arturo y Paolo hablando de teatro, con Elena silenciosa y conmigo que giraba la cabeza a cada rato siguiendo las estelas de los ruidos que estaban socavando no ya los cimientos de El Principio de México sino de la ciudad entera, como si me avisaran con algunos años de anticipación o con algunos siglos de retraso del destino del teatro latinoamericano, de la naturaleza doble del silencio y de la catástrofe colectiva de la que los ruidos inverosímiles suelen ser los heraldos. Los ruidos inverosímiles y las nubes. Y entonces Paolo dejó de hablar con Arturo y dijo que aquella mañana le había llegado la visa para viajar a Cuba. Y eso fue todo. Cesaron los ruidos. Se rompió el pensativo silencio. Nos olvidamos del teatro latinoamericano, incluso Arturo, que no olvidaba nada de buenas a primeras aunque el teatro que él prefería no era precisamente el latinoamericano sino el de Beckett y el de Jean Genet. Y nos pusimos a hablar de Cuba y de la entrevista que Paolo le iba a hacer a Fidel Castro y ahí acabó todo. Nos dijimos adiós en Reforma. Arturo fue el primero en marcharse. Luego se fueron Elena y su italiano. Yo me quedé parada, sorbiendo el aire que pasaba por la avenida, y los vi alejarse. Elena cojeaba más que de costumbre. Yo pensé en Elena. Yo respiré. Yo temblé. La vi cómo se alejaba cojeando al lado del italiano. Y de pronto ya sólo la vi a ella. El italiano empezó a desaparecer, a hacerse transparente, toda la gente que caminaba por Reforma se hizo transparente. Sólo Elena y su abrigo y sus zapatos existían para mis ojos doloridos. Y entonces pensé: resiste, Elena. Y también pensé: alcánzala y abrázala. Pero ella iba a vivir sus últimas noches de amor y yo no podía molestarla.

Después de aquel día pasó mucho tiempo sin que supiera nada de Elena. Nadie sabía nada. Uno de sus amigos me dijo: desaparecida en combate. Otro: parece que se fue a Puebla, a casa de sus padres. Yo sabía que Elena estaba en el DF. Un día busqué su casa y me perdí. Otro día conseguí su dirección en la Universidad y fui en taxi pero nadie me abrió la puerta. Volví con los poetas, volví a mi vida nocturna y olvidé a Elena. A veces soñaba con ella y la veía cojeando por el campus infinito de la UNAM. A veces me asomaba a la ventana de mi lavabo de mujeres en la cuarta planta y la veía acercarse a la Facultad en medio de un remolino de transparencias. A veces me quedaba dormida sobre las baldosas del suelo y oía sus pasos que subían las escaleras, como si viniera a rescatarme, como si viniera a decirme perdona por haber tardado tanto. Y yo abría la boca, medio muerta o medio dormida, y decía chido, Elena, una palabreja de

argot mexicano que nunca utilizo porque me parece horrible. Chido, chido, chido. Qué horrible. El argot mexicano es masoquista. Y a veces es sadomasoquista.

6

El amor es así, amiguitos, lo digo yo, que fui la madre de todos los poetas. El amor es así, el argot es así, las calles son así, los sonetos son así, el cielo de las cinco de la mañana es así. La amistad, en cambio, no es así. En la amistad uno nunca está solo.

Y yo fui amiga de León Felipe y de don Pedro Garfias, pero también fui amiga de los más jóvenes, de aquellos niños que vivían en la soledad del amor y en la soledad del argot.

Uno de ellos era Arturito Belano.

Yo lo conocí y fui su amiga y él fue mi poeta joven favorito o mi poeta joven preferido, aunque él no era mexicano y la denominación «poeta joven» o «joven poesía» o «nueva generación» se empleaba básicamente para referirse a los jóvenes mexicanos que intentaban tomar el relevo de Pacheco o del conspicuo griego de Guanajuato o del gordito aquel que trabajaba en la Secretaría de Gobernación a la espera de que el gobierno mexicano le diera alguna embajada o algún consulado o de los Poetas Campesinos, que ya no recuerdo si eran tres o cuatro o cinco charros del apocalipsis nerudiano, y Arturo Belano, pese a ser el más joven de todos o el más joven durante un tiempo, no era mexicano y por ende no entraba en la denominación «poeta joven» ni «joven poesía», una masa informe pero viva cuya meta era sacudir la alfombra o la tierra feraz en donde pastaban como estatuas Pacheco y el griego de Guanajuato o Aguascalientes o Irapuato, y el gordito a quien el paso del tiempo había convertido en obsecuente gordo seboso (como pasa a menudo con los poetas), y los Poetas Campesinos cada día más y mejor instalados (pero qué digo, aposentados, atornillados, enraizados desde el principio de su tiempo) en la burocracia (administrativa y literaria). Y lo que los poetas jóvenes o la nueva generación pretendía era mover el piso y llegado el momento destruir esas estatuas, salvo la de Pacheco, el único que parecía escribir de verdad, el único que no parecía funcionario. Pero en el fondo ellos también estaban contra Pacheco. En el fondo ellos *tenían* necesariamente que estar contra todos. Así que cuando yo les decía pero si José Emilio es encantador, es tiernísimo, es fascinante, y además de eso es un verdadero caballero, los poetas jóvenes de México (y Arturito entre ellos, pero Arturito no era uno de ellos) me miraban como diciendo qué dice esta loca, qué dice esta estantigua salida directamente del infierno del lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, y ante miradas así una generalmente no sabe qué argüir, salvo yo, claro, que era la madre de todos ellos y que nunca me arredraba.

Una vez les conté una historia que se la había oído contar a José Emilio: si Rubén Darío no hubiera muerto tan joven, antes de cumplir los cincuenta, seguramente Huidobro lo hubiera llegado a conocer, más o menos de similar manera a como Ezra Pound conoció a W. B. Yeats. Imagínenlo: Huidobro de secretario de Rubén Darío. Pero los jóvenes poetas eran jóvenes y no sabían calibrar la importancia que tuvo para la poesía en lengua inglesa (y en realidad para la poesía de todo el mundo) el encuentro entre el viejo Yeats y el joven Pound, y por lo tanto tampoco se daban cuenta de la importancia que hubiera tenido el hipotético encuentro entre Darío y Huidobro, la posible amistad, el abanico de posibilidades perdidas para la poesía de nuestra lengua. Porque, digo yo, Darío le habría enseñado mucho a Huidobro, pero Huidobro también le habría enseñado cosas a Darío. La relación entre el maestro y el discípulo es así: aprende el discípulo y también aprende el maestro. Y puestos a suponer: yo creo, y Pacheco también lo creía (y ahí reside una de las grandezas de José Emilio, en su inocente entusiasmo), que Darío hubiera aprendido más, y hubiera sido capaz de poner fin al modernismo e iniciar algo nuevo que no hubiera sido la vanguardia pero sí una cosa cercana a la vanguardia, digamos una isla entre el modernismo y la vanguardia,

una isla que ahora llamamos la isla inexistente, palabras que jamás fueron, y que sólo pudieron ser (y ya es mucho suponer) tras el encuentro imaginario entre Darío y Huidobro, y el propio Huidobro tras su fructífero encuentro con Darío hubiera sido capaz de fundar una vanguardia más vigorosa aún, una vanguardia que ahora llamamos la vanguardia inexistente y que de haber existido nos hubiera hecho distintos, nos hubiera cambiado la vida. Eso les decía yo a los poetas jóvenes de México (y a Arturito Belano) cuando hablaban mal de José Emilio, pero ellos no me escuchaban o escuchaban sólo la parte anecdótica de la historia, los viajes de Darío y los viajes de Huidobro, las estancias en hospitales, una salud distinta, no condenada a apagarse prematuramente como se apagan tantas cosas en Latinoamérica.

Y entonces yo me quedaba callada y ellos seguían hablando (mal) de los poetas de México a los que les iban a dar en la madre y yo me ponía a pensar en los poetas muertos como Darío y Huidobro y en los encuentros que nunca sucedieron. La verdad es que nuestra historia está llena de encuentros que nunca sucedieron, no tuvimos a nuestro Pound ni a nuestro Yeats, tuvimos a Huidobro y a Darío. Tuvimos lo que tuvimos.

E incluso, estirando la cuerda con la que todos se van a ahorcar menos yo, algunas noches mis amigos parecían encarnar por un segundo a aquellos que nunca existieron: los poetas de Latinoamérica muertos a los cinco o a los diez años, los poetas muertos a los pocos meses de nacer. Era difícil, y además era o parecía inútil, pero algunas noches de luces violáceas yo veía en sus rostros las caritas de los bebés que no crecieron. Yo veía a los angelitos que en Latinoamérica entierran en cajas de zapatos o en pequeños ataúdes de madera pintados de blanco. Y a veces me decía: estos muchachos son la esperanza. Pero otras veces me decía: qué van a ser la esperanza, qué van a ser la espumeante esperanza estos jóvenes borrachines que sólo saben hablar mal de José Emilio, estos jóvenes briagos duchos en el arte de la hospitalidad pero no en el de la poesía.

Y entonces los jóvenes poetas de México se ponían a recitar con sus voces profundas pero irremisiblemente juveniles y los versos que ellos recitaban se iban con el viento por las calles del DF y yo me ponía a llorar y ellos decían Auxilio está borracha, ilusos, mucho alcohol hace falta para que yo me emborrache, decían está llorando porque la dejó fulanito, y yo los dejaba decir lo que quisieran. O me peleaba con ellos. O los insultaba. O me levantaba de mi silla y me iba sin pagar, porque yo nunca o casi nunca pagaba. Yo era la que veía el pasado y las que ven el pasado nunca pagan. También veía el futuro y ésas sí que pagan un precio elevado, en ocasiones el precio es la vida o la cordura, y para mí que en aquellas noches olvidadas yo estaba pagando sin que nadie se diera cuenta las rondas de todos, los que iban a ser poetas y los que nunca serían poetas.

Yo me iba y parecía que no pagaba. No pagaba porque veía el torbellino del pasado que pasaba como una exhalación de aire caliente por las calles del DF rompiendo los cristales de los edificios. Pero yo también veía el futuro desde mi caverna abolida del lavabo de mujeres de la cuarta planta y por aquello estaba pagando con mi vida. O sea que me iba y pagaba, ¡aunque nadie se diera cuenta! Yo pagaba mi cuenta y pagaba la cuenta de los jóvenes poetas de México y la cuenta de los alcohólicos anónimos del bar en que estuviéramos. Y me iba trastabillando por las calles de México, siguiendo a mi sombra esquiva, sola y llorosa, sintiendo lo que probablemente podría sentir la última uruguaya sobre el planeta Tierra, aunque yo no era la última, qué presunción, y los cráteres iluminados por cientos de lunas que recorría no eran los de la Tierra sino los de México, que parece lo mismo pero no es lo mismo.

Y una vez sentí que alguien me seguía. No sé dónde estábamos. Puede que en una cantina de los alrededores de La Villa o puede que en algún cubil de la colonia Guerrero. No lo recuerdo. Sólo sé que seguí caminando, abriéndome paso entre los escombros, sin prestar demasiada atención a las pisadas que iban detrás de mis pisadas, hasta que de pronto el sol nocturno se apagó, dejé de llorar, volví a la realidad con un escalofrío y comprendí que aquel que me seguía apetecía mi muerte. O mi vida. O mis lágrimas que asperjaban esa realidad odiosa como nuestra lengua a menudo adversa. Y entonces me detuve y esperé y los pasos que iban tras mis pasos se detuvieron y esperaron y yo miré las calles en busca de alguien conocido o desconocido tras el cual salir gritando y cogerme de su brazo y pedirle que me acompañara a una estación de metro o hasta que yo encontrara un taxi, pero no vi a nadie. O tal vez no. Algo vi. Cerré los ojos y luego abrí los ojos y vi las paredes de baldosas blancas del lavabo de mujeres de la cuarta planta. Y luego volví a cerrar los ojos y oí el viento que barría el campus de la Facultad de Filosofía y Letras con una meticulosidad digna de mejor empeño. Y pensé: así es la Historia, un cuento corto de terror. Y cuando abrí los ojos una sombra se despegó de una pared, en la misma acera, a unos diez metros, y comenzó a avanzar hacia donde yo estaba, y yo metí la mano en mi cartera, qué digo cartera, en mi morral oaxaqueño, y busqué mi navaja, la que siempre llevaba conmigo en previsión de alguna catástrofe urbana, pero las puntas de mis dedos, mis yemas que ardían, sólo palparon papeles y libros y revistas y hasta ropa interior limpia (lavada a mano y sin jabón, sólo con agua y voluntad en uno de los lavamanos de esa cuarta planta ubicua como una pesadilla), pero no la navaja, ay, amiguitos, otro terror recurrente y mortalmente latinoamericano: buscar tu arma y no hallarla, buscarla en donde la has dejado y no hallarla.

Y así nos va.

Y así me pudo ir a mí. Pero cuando la sombra que quería mi muerte y si no mi muerte al menos mi dolor y mi humillación comenzó a avanzar hacia el portal en donde yo me había ocultado, otras sombras aparecieron por aquella calle que hubiera podido convertirse en el resumen de mis calles del terror y me llamaron: Auxilio, Auxilio, Socorro, Amparo, Caridad, Remedios Lacouture, ¿dónde te has metido? Y en esas voces que me llamaban reconocí la voz del melancólico e inteligente Julián Gómez y la otra voz, la más risueña, era la de Arturito Belano, dispuesto como siempre a la pelea. Y entonces la sombra que buscaba mi aflicción se detuvo, miró hacia atrás y luego siguió avanzando, y pasó a mi lado, un tipo común y corriente de mexicano salido del tártaro, y junto con él pasó un aire tibio y ligeramente húmedo que evocaba geometrías inestables, que evocaba soledades, esquizofrenias y carnicerías, y ni siquiera me miró el perfecto hijo de la chingada.

Después nos fuimos al centro, los tres juntos, y Julián Gómez y Arturito Belano seguían hablando de poesía, y en el Encrucijada Veracruzana se nos unieron dos o tres poetas más, o tal vez sólo periodistas o futuros maestros de prepa, y todos seguían hablando de poesía, de nueva poesía, pero yo no hablaba, yo escuchaba los latidos *de* mi corazón, impresionada por la sombra que había pasado a mi lado y de la que no había dicho ni una sola palabra, y no me di cuenta cuando el diálogo se trocó en discusión y la discusión en gritos e insultos. Después nos echaron del bar. Después nos pusimos a caminar por las calles vacías del DF de las cinco de la mañana y uno a uno nos fuimos desperdigando, cada uno a su casa, también yo, que por aquellas fechas tenía un cuarto de azotea en la colonia Roma Norte, en la calle Tabasco, y como Arturito Belano vivía en la colonia Juárez, en la calle Versalles, pues nos fuimos caminando juntos, aunque según el manual de los cortapalos él debía torcer al oeste, en dirección a la Glorieta de Insurgentes o la Zona Rosa, pues vivía justo en la esquina de Versalles con Berlín,

mientras que yo debía seguir hacia el sur. Pero Arturito Belano prefirió desviarse un poco de su camino y hacerme compañía.

Y a esas horas de la noche pues la verdad es que ninguno de los dos estábamos muy dicharacheros, y pese a que ocasionalmente hablábamos de la bronca en el Encrucijada Veracruzana, más que nada caminábamos y respirábamos, como si con la madrugada el aire del DF se hubiera purificado, hasta que de pronto, con su voz más despreocupada, Arturito dijo que se había preocupado por mí en aquel tugurio de La Villa (ergo fue en La Villa), y entonces yo le pregunté por qué y él dijo que porque había visto, él también, angelito mío, la sombra que iba tras mi sombra, y yo muy suelta de cuerpo lo miré, me llevé una mano a la boca y le dije: era la sombra de la muerte. Entonces él se rió, porque no creía en la sombra de la muerte, pero su risa, aunque descreída, en modo alguno fue ofensiva. Su risa era como si dijera qué pasó, Auxilio, qué mala onda con la sombra esa. Y yo volví a llevarme la mano a la boca y me detuve y le dije: si no hubiera sido por Julián y por ti yo ahora estaría muerta. Y Arturito me escuchó y se puso a caminar. Y yo me puse a caminar a su lado. Así, sin darnos cuenta, deteniéndonos y hablando o caminando en silencio, llegamos hasta el portal del edificio en donde yo vivía. Y eso fue todo.

Después, en 1973, él decidió volver a su patria a hacer la revolución y yo fui la única, aparte de su familia, que lo fue a despedir a la estación de autobuses, pues Arturito Belano se marchó por tierra, un viaje largo, larguísimo, plagado de peligros, el viaje iniciático de todos los pobres muchachos latinoamericanos, recorrer este continente absurdo que entendemos mal o que de plano no entendemos. Y cuando Arturito se asomó a la ventanilla del autobús para hacernos adiós con la mano, no sólo su madre lloró, yo también lloré, inexplicablemente, se me llenaron los ojos de lágrimas, corno si ese muchacho también fuera hijo mío y temiera que aquélla fuera la última vez que lo iba a ver.

Esa noche dormí en casa de su familia, más que nada para hacerle compañía a su mamá, y recuerdo que estuvimos hablando hasta tarde de cosas de mujeres aunque mis temas de conversación no son propiamente los típicos de las mujeres; hablamos de los hijos que crecen y salen a jugar al ancho mundo, hablamos de la vida de los hijos que se separan de sus padres y salen en busca de lo desconocido al ancho mundo. Después hablamos del ancho mundo en su mismidad. Un ancho mundo que para nosotras no era, en realidad, tan ancho. Y después la mamá de Arturo me tiró los naipes del tarot y me los leyó y dijo que mi vida iba a cambiar y yo dije qué bueno, oye, no sabes lo bien que me vendría un cambio en este momento. Y después yo preparé café, no sé qué hora sería pero era muy tarde y las dos debíamos de estar cansadas aunque no lo dejáramos traslucir, y cuando volví a la sala me encontré a la madre de Arturo tirando las cartas ella sola, sobre una mesita enana que había en la sala, y sin decir nada me quedé un momento observándola, allí estaba ella, sentada en el sofá y con un gesto de concentración en la cara (aunque detrás de la concentración era dable ver también un poco de perplejidad), mientras sus manos pequeñas movían las cartas como si estuvieran desgajadas del cuerpo. Se estaba tirando el tarot a sí misma, de eso me di cuenta enseguida, y lo que salía en las cartas era terrible, pero eso no era lo importante. Lo importante era algo un poco más difícil de discernir. Lo importante era que ella estaba sola y que me aguardaba, lo importante era que no temía.

Aquella noche me hubiera gustado ser más inteligente de lo que soy. Me hubiera gustado ser capaz de consolarla. En cambio lo único que pude hacer fue llevarle el café y decirle que no se preocupara, que todo iba a ir bien.

A la mañana siguiente me fui, aunque por aquellas fechas no tenía adonde ir, salvo a la Facultad y a los bares y a las cafeterías y a las cantinas de siempre, pero igual me fui, no me gusta abusar.

7

Cuando Arturo regresó a México, en enero de 1974, ya era otro. Allende había caído *y* el había cumplido con su deber, eso me lo contó su hermana, Arturito había cumplido y su conciencia, su terrible conciencia de machito latinoamericano, en teoría no tenía nada de que reprocharse.

Cuando Arturo regresó a México para todos sus antiguos amigos era ya un desconocido, menos para mí. Porque yo nunca dejé de aparecer por su casa para enterarme de noticias suyas. Yo siempre estuve allí. Discretamente. Ya no me quedaba a alojar en su casa, sólo pasaba, me estaba un ratito de plática con su madre o con su hermana (con su padre no porque no me quería) y luego me iba y no volvía hasta al cabo de un mes. Así supe de sus aventuras en Guatemala, en El Salvador (en donde se quedó bastante tiempo en casa de su amigo Manuel Sorto, que también había sido amigo mío), en Nicaragua, en Costa Rica, en Panamá. En Panamá se había peleado con un negro panameño por un quítame allá esta verja. Ay, ¡cómo nos reímos con su hermana tras esta carta! El negro, según Arturo, medía 1, 90 y debía de pesar cien kilos y él medía 1, 76 y no pasaba de los sesenta y cinco kilos. Después tomó un barco en Cristóbal y el barco lo llevó por el océano Pacífico hasta Colombia, Ecuador, Perú y finalmente Chile.

Me encontré a su hermana y a su madre en la primera manifestación que se hizo en México tras el golpe. Por entonces no sabían nada de Arturo y todas nos temíamos lo peor. Recuerdo esa manifestación, puede que fuera la primera que se hizo en Latinoamérica por la caída de Allende. Allí vi algunas caras conocidas del 68 y vi a algunos irreductibles de la Facultad y sobre todo vi a jóvenes mexicanos generosos. Pero también vi algo más: vi un espejo y yo metí la cabeza dentro del espejo y vi un valle enorme y deshabitado y la visión del valle me llenó los ojos de lágrimas, entre otras razones porque por aquellos días no paraba de llorar por las cuestiones más nimias. El valle que vi, sin embargo, no era una cuestión nimia. No sé si era el valle de la felicidad o el valle de la desdicha. Pero lo vi y entonces me vi a mí misma encerrada en el lavabo de mujeres y recordé que allí había soñado con el mismo valle y que al despertar de ese sueño o pesadilla me había puesto a llorar o tal vez fueron las lágrimas las que me despertaron. Y en ese septiembre de 1973 aparecía el sueño de septiembre de 1968 y eso seguro que quería decir algo, estas cosas no pasan por casualidad, nadie sale indemne de las concatenaciones o permutaciones o disposiciones del azar, tal vez Arturito ya esté muerto, pensé, tal vez este valle solitario sea la figuración del valle de la muerte, porque la muerte es el báculo de Latinoamérica *y* Latinoamérica no puede caminar sin su báculo. Pero entonces la madre de Arturo me tomó del brazo (yo estaba como traspuesta) y avanzamos todas juntas gritando *el pueblo unido, jamás será vencido,* ay, de recordarlo se me caen las lágrimas otra vez.

Dos semanas después hablé con su hermana por teléfono y me dijo que Arturo estaba vivo. Respiré. Qué alivio. Pero debía seguir. Yo era la madre caminante. La transeúnte. La vida me embarcó en otras historias.

Una noche, mientras observaba acodada en un mar de tequila cómo un grupo de amigos intentaba romper una piñata en un jardín de una casa de la colonia Anzures, se me ocurrió que aquellas fechas eran las más idóneas para volverlos a llamar. Me contestó su hermana con una voz adormilada. Feliz navidad, le dije. Feliz navidad, me dijo ella. Luego me preguntó dónde estaba. Con gente amiga, dije. ¿Y Arturo? Volverá a México el mes que viene, me dijo. ¿Qué día?, dije yo. No lo sabemos, dijo ella. Me gustaría ir al aeropuerto, dije yo. Luego nos quedamos las dos calladas escuchando el ruido de fiesta que venía del patio de la casa en donde yo estaba. ¿Te encuentras bien?, dijo su hermana. Me encuentro *rara,* dije yo. Bueno, eso en ti es normal, dijo ella. Tan

normal no, dije yo, la mayoría de las veces me encuentro de lo más bien. La hermana de Arturo se quedó un rato en silencio y luego dijo que en realidad la que se sentía *rara* era ella. ¿Y eso por qué?, dije yo. La pregunta era pura retórica. La verdad es que ambas teníamos motivos más que suficientes para sentirnos *raras.* No recuerdo su respuesta. Nos volvimos a desear una feliz navidad y luego colgamos.

Pocos días después, en enero de 1974, llegó Arturito de Chile y ya era otro.

Quiero decir: era el mismo de siempre pero en el fondo algo había cambiado o había crecido o había cambiado y crecido al mismo tiempo. Quiero decir: la gente, sus amigos, lo empezaron a mirar como si fuera otro aunque él fuera el mismo de siempre. Quiero decir: todos esperaban de alguna manera que él abriera la boca y contara las últimas noticias del Horror, pero él se mantenía en silencio como si lo que esperaban los demás se hubiera transmutado en un lenguaje incomprensible o le importara un carajo.

Y entonces sus mejores amigos dejaron de ser los poetas jóvenes de México, todos mayores que él, y comenzó a salir con los poetas jovencísimos de México, todos menores que él, chavitos de dieciséis años, de diecisiete, chavitas de dieciocho, que parecían salidos del gran orfanato del metro del DF y no de la Facultad de Filosofía y Letras, seres de carne y hueso a los que yo veía a veces asomados a las ventanas de las cafeterías y bares de Bucareli y cuya sola visión me provocaba escalofríos, como si no fueran de carne y hueso, una generación salida directamente de la herida abierta de Tlatelolco, como hormigas o como cigarras o como pus, pero que no había estado en Tlatelolco ni en las luchas del 68, niños que cuando yo estaba encerrada en la Universidad en septiembre del 68 ni siquiera habían empezado a estudiar la prepa. Y ésos eran los nuevos amigos de Arturito. Y yo no fui inmune a su belleza. Yo no soy inmune a ningún tipo de belleza. Pero me di cuenta (al mismo tiempo que temblaba al verlos) de que su lenguaje era otro, distinto al mío, distinto al de los jóvenes poetas, lo que ellos decían, pobres pajaritos huérfanos, no lo podía entender José Agustín, el novelista de la onda, ni los jóvenes poetas que querían darle en la madre a José Emilio Pacheco, ni José Emilio, que soñaba con el encuentro imposible entre Darío y Huidobro, nadie podía entenderlos, sus voces que no oíamos decían: no somos de esta parte del DF, venimos del metro, de los subterráneos del DF, de la red de alcantarillas, vivimos en lo más oscuro y en lo más sucio, allí donde el más bragado de los jóvenes poetas no podría hacer otra cosa más que vomitar.

Bien pensado, fue normal que Arturo se uniera a ellos y se alejara paulatinamente de sus viejos amigos. Ellos eran los niños de la alcantarilla y Arturo siempre había sido un niño de la alcantarilla.

Uno de sus viejos amigos, sin embargo, no se alejó de él. Ernesto San Epifanio. Yo conocí primero a Arturo, luego conocí a Ernesto San Epifanio una noche radiante del año 1971. Por entonces Arturo era el más joven del grupo. Luego llegó Ernesto, que era un año o unos meses más joven que él, y Arturito perdió ese sitial equívoco y brillante. Pero entre ellos no hubo envidias de ninguna clase y cuando Arturo volvió de Chile, en enero de 1974, Ernesto San Epifanio siguió siendo su amigo.

Lo que pasó entre ellos es bien curioso. Y yo soy la única que puede contarlo. Ernesto San Epifanio por aquellos días andaba como si estuviera enfermo. Casi no comía y se estaba quedando en los huesos.

Por las noches, esas noches del DF cubiertas por sucesivas sábanas de lino, sólo bebía y apenas hablaba con nadie y cuando salíamos a la calle miraba para todos los lados como si tuviera miedo de algo. Pero cuando los amigos le preguntaban qué ocurría él no decía nada o contestaba con alguna cita de Oscar Wilde, uno de sus escritores favoritos, pero incluso en ese punto, en el de la ingeniosidad, su fuerza había languidecido y en sus labios una frase de Wilde más que hacer pensar concitaba un

sentimiento de perplejidad y conmiseración. Una noche le di noticias de Arturo (yo había hablado con su madre y con su hermana) y él me escuchó como si vivir en el Chile de Pinochet no fuera, en el fondo, una mala idea.

Los primeros días, tras su regreso, Arturo se mantuvo encerrado en su casa, casi sin pisar la calle, y para todos, menos para mí, fue como si no hubiera vuelto de Chile. Pero yo fui a su casa y hablé con él y supe que había estado preso, ocho días, y que aunque no fue torturado se comportó como un valiente. Y se lo dije a sus amigos. Les dije: Arturito ha vuelto y orné su retorno con colores tomados de la paleta de la poesía épica. Y cuando Arturito, una noche, apareció finalmente por la cafetería Quito, en Bucareli, sus antiguos amigos, los poetas jóvenes, lo miraron con una mirada que ya no era la misma. ¿Por qué no era la misma? Pues porque para ellos Arturito ahora estaba instalado en la categoría de aquellos que han visto a la muerte de cerca, en la subcategoría de los tipos duros, y eso, en la jerarquía de los machitos desesperados de Latinoamérica, era un diploma, un jardín de medallas indesdeñable.

En el fondo, también se ha de decir, nadie se lo tomaba al pie de la letra. Es decir: la leyenda había partido de mis labios, mis labios ocultos por el dorso de mi mano, *y* aunque en esencia todo lo que yo había dicho de él cuando él permanecía encerrado en su casa era verdad, por venir de quien venía, de mí, no merecía una credibilidad excesiva. Así son las cosas en este continente. Yo era la madre y me creían, pero tampoco me creían *demasiado.* Ernesto San Epifanio, sin embargo, tomó mis palabras al pie de la letra. En los días previos a la reaparición pública de Arturo me hizo repetir sus aventuras en el otro extremo del mundo y a cada repetición su entusiasmo crecía. Es decir yo hablaba e inventaba aventuras y la languidez de Ernesto San Epifanio iba desapareciendo, iba desapareciendo su melancolía, o al menos languidez y melancolía se estremecían, se desempolvaban, respiraban. Así que cuando Arturo reapareció y todos quisieron estar con él, Ernesto San Epifanio también estuvo allí y participó con los demás, aunque manteniéndose en un discreto segundo plano, de la bienvenida que sus antiguos amigos le dieron y que consistió, si mal no recuerdo, en invitarlo a una cerveza y a unos chilaquiles en la cafetería Quito, ágape a todas luces modesto, pero que se correspondía con la economía general. Y cuando todos se fueron, Ernesto San Epifanio siguió allí, apoyado en la barra del Encrucijada Veracruzana, pues para entonces ya no estábamos en el Quito sino que nos habíamos trasladado al mentado bar, mientras Arturo, solo con sus fantasmas y sentado en una mesa, miraba su último tequila como si en el fondo del vaso se estuviera produciendo un naufragio de proporciones homéricas, algo impropio se viera como se viera en un muchacho que no había cumplido todavía los veintiún años.

Entonces empezó la aventura.

Yo lo vi. Yo doy fe. Yo estaba sentada en otra mesa, hablando con un periodista novato de la sección de cultura de un periódico del DF, y acababa de comprarle un dibujo a Lilian Serpas, y Lilian Serpas después de vendernos el dibujo nos había sonreído con su sonrisa más enigmática (pero la palabra enigma no alcanza a dibujar la oscuridad abismal que era su sonrisa) y había desaparecido en la noche del DF y yo le decía al periodista quién era Lilian Serpas, le decía que el dibujo no era suyo sino de su hijo, le contaba lo poco que sabía de esa mujer que aparecía y desaparecía por los bares y cafeterías de la avenida Bucareli. Y en ese momento, mientras yo hablaba y Arturo contemplaba en la mesa vecina los remolinos conjeturales de su tequila, Ernesto San Epifanio se alejó de la barra y se sentó junto a él y por un instante yo sólo vi sus dos cabezas, sus dos matas de pelo largo que caían hasta los hombros, la de Arturo rizada y la de Ernesto lacia y mucho más oscura, y durante un rato hablaron mientras el Encrucijada Veracruzana se iba vaciando de los últimos noctámbulos, los que de

repente tenían prisa por irse y gritaban viva México desde la puerta y los que estaban tan briagos que ni siquiera podían levantarse de las sillas.

Y entonces yo me levanté y me quedé de pie junto a ellos como la estatua de cristal que hubiera querido ser cuando niña y escuché que Ernesto San Epifanio contaba una historia terrible sobre el rey de los putos de la colonia Guerrero, un tipo al que llamaban el Rey y que controlaba la prostitución masculina de ese típico y, ¿por qué no?, entrañable barrio capitalino. Y el Rey, según Ernesto San Epifanio, había comprado su cuerpo y ahora él le pertenecía en cuerpo y alma (que es lo que pasa cuando por descuido uno deja que lo compren) y si no accedía a sus requisitorias la justicia y el rencor del Rey caerían contra él y contra su familia. Y Arturito escuchaba lo que decía Ernesto y por momentos levantaba la cabeza de su maelström de tequila y buscaba los ojos de su amigo como si se estuviera preguntando cómo pudo Ernesto ser tan pendejo para meterse de cabeza en una historia así. Y Ernesto San Epifanio, como si leyera los pensamientos de su amigo, dijo que en determinado momento de sus vidas todos los gays de México cometían una pendejada irreparable, y después dijo que no tenía a nadie que lo ayudara y que si las cosas seguían así tendría que convertirse en el esclavo del rey de los putos de la colonia Guerrero. Y entonces Arturito, el niño que yo había conocido cuando tenía diecisiete años, dijo ¿y tú quieres que yo te ayude a solucionar esta chingada?, y Ernesto San Epifanio dijo: esta chingada no tiene solución, pero no me iría mal que tú me ayudaras. Y Arturo dijo: ¿qué quieres que haga, que mate al rey de los putos? Y Ernesto San Epifanio dijo: no quiero que mates a nadie, sólo quiero que me acompañes y le digas que me deje en paz para siempre. Y Arturo dijo: ¿y por qué chingados no se lo dices tú? Y Ernesto dijo: si voy yo solo y se lo digo me van a dar fierro todos los guaruras del rey de los putos y luego tirarán mi cadáver a los perros. Y Arturo dijo: ah, que la chingada. Y Ernesto San Epifanio dijo: pero tú eres el chingonazo. Y Arturo dijo: no la chingues. Y Ernesto dijo: yo ya chingué, mis poemas van a quedar en el santoral de la poesía mexicana, si no me quieres acompañar no me acompañes. En el fondo, tú tienes la razón. ¿De qué razón hablamos?, dijo Arturo y se desperezó como si hasta ese momento hubiera estado soñando. Después se pusieron a hablar del poder que ejercía el rey de los putos de la colonia Guerrero y Arturo preguntó en qué se basaba ese poder. En el miedo, dijo Ernesto San Epifanio, el Rey imponía su poder mediante el miedo. ¿Y yo qué tengo que hacer?, dijo Arturito. Tú no tienes miedo, dijo Ernesto, tú vienes de Chile, todo lo que el Rey me pueda hacer a mí tú lo has visto multiplicado por cien o por cien mil. Cuando Ernesto lo dijo yo no vi la cara de Arturo pero adiviné que el gesto que tenía hasta entonces, ligeramente extraviado, se descomponía sutilmente con una arruguita casi imperceptible, pero en la que se concentraba todo el miedo del mundo. Y entonces Arturito se rió y luego Ernesto se rió, sus risas cristalinas semejaron pájaros polimorfos en el espacio como lleno de cenizas que era el Encrucijada Veracruzana a aquella hora, y luego Arturo se levantó y dijo vamonos a la colonia Guerrero y Ernesto se levantó y salió junto con él y al cabo de treinta segundos yo también salí disparada del bar agonizante y los seguí a una distancia prudente porque sabía que si me veían no me iban a dejar ir con ellos, porque yo era mujer y una mujer no se mete en tales fregados, porque yo ya era mayor y una persona mayor no tiene el empuje de un joven de veinte años y porque en esa hora incierta de la madrugada Arturito Belano aceptaba su destino de niño de las alcantarillas *y* salía a buscar a sus fantasmas.

Y yo no quería dejarlo solo. Ni a él ni a Ernesto San Epifanio. Así que salí detrás de ellos, a una distancia prudente, y mientras caminaba empecé a buscar en mi bolso o en mi viejo morral oaxaqueño mi navaja de la suerte y esta vez sí que la encontré sin ninguna dificultad y me la metí en un bolsillo de mi falda plisada, una falda plisada gris,

con dos bolsillos a los lados, que rara vez me ponía y que era un regalo de Elena. Y en aquel momento no pensé en las consecuencias que tal acto podía acarrearme a mí y a otros que sin ninguna duda se verían implicados. Pensé en Ernesto, que aquella noche iba vestido con un saco de color lila y una camisa de color verde oscuro de cuello y puño duro, y pensé en las consecuencias del deseo. Y también pensé en Arturo, que de golpe y porrazo había ascendido involuntariamente a la categoría de veterano de las guerras floridas y que, vaya una a saber por qué oscuros motivos, aceptaba las responsabilidades que tal equívoco traía consigo.

Y los seguí: los vi caminar a paso ligero por Bucareli hasta Reforma y luego los vi cruzar Reforma sin esperar la luz verde, ambos con el pelo largo y arremolinado porque a esa hora por Reforma corre el viento nocturno que le sobra a la noche, la avenida Reforma se transforma en un tubo transparente, en un pulmón de forma cuneiforme por donde pasan las exhalaciones imaginarias de la ciudad, y luego empezamos a caminar por la avenida Guerrero, ellos un poco más despacio que antes, yo un poco más deprimida que antes, la Guerrero, a esa hora, se parece sobre todas las cosas a un cementerio, pero no a un cementerio de 1974, ni a un cementerio de 1968, ni a un cementerio de 1975, sino a un cementerio del año 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato, las acuosidades desapasionadas de un ojo que por querer olvidar algo ha terminado por olvidarlo todo.

Y ya para entonces habíamos cruzado por Puente de Alvarado y habíamos entrevisto a las últimas hormigas humanas que trasegaban amparadas por la oscuridad de la plaza San Fernando, y yo entonces empecé a sentirme francamente nerviosa porque a partir de ese momento entrábamos de verdad en el reino del rey de los putos a quien el elegante Ernesto (un hijo, por lo demás, de la sufrida clase trabajadora del DF) tanto temía.

8

Así que allí estaba, amiguitos, la madre de la poesía mexicana con su navaja en el bolsillo siguiendo a dos poetas que aún no habían cumplido los veintiún años, a través de ese río turbulento que era y es la avenida Guerrero, similar no al Amazonas, para qué vamos a exagerar, sino al Grijalva, el río que en su día cantó Efraín Huerta (si la memoria no me engaña), aunque el Grijalva nocturno que era y es la avenida Guerrero había perdido desde tiempos inmemoriales su condición primigenia de inocencia. Es decir, aquel Grijalva que fluía en la noche era, bajo todos los aspectos, un río condenado por cuya corriente se deslizaban cadáveres o prospectos de cadáveres, automóviles negros que aparecían, desaparecían y volvían a aparecer, los mismos o sus silenciosos ecos enloquecidos, como si el río del infierno fuera circular, cosa que, ahora que lo pienso, probablemente sea.

Lo cierto es que yo caminé detrás de ellos y ellos se adentraron en la avenida Guerrero y luego torcieron en la calle Magnolia y por los gestos que hacían se diría que platicaban animadamente, aunque no era la hora ni el lugar más idóneo para el ejercicio del diálogo. De los locales de la calle Magnolia (no muy numerosos, por cierto) desfallecía una música tropical que invitaba al recogimiento y no a la fiesta o al baile, de vez en cuando atronaba un grito, recuerdo que pensé que la calle parecía una espina o una flecha clavada a un costado de la avenida Guerrero, imagen que no hubiera desagradado a Ernesto San Epifanio. Luego ellos se detuvieron delante del letrero luminoso del hotel Trébol, lo que también tenía su gracia, pues era o me pareció que era (estaba muy nerviosa) como si un establecimiento sito en la calle Berlín se llamara París, y entonces parecieron discutir la estrategia que a partir de ese momento seguirían: Ernesto, en el último momento, me dio la impresión de querer dar media vuelta y alejarse lo más rápido posible de allí, Arturito, por el contrario, se mostraba dispuesto a seguir, completamente identificado con el papel de tipo duro que yo había contribuido a darle y que él, aquella noche carente de todo, hasta de aire, aceptaba como una hostia de carne amarga, esa hostia que nadie tiene derecho a tragar.

Y entonces los dos héroes entraron en el hotel Trébol. Primero Arturo Belano y luego Ernesto San Epifanio, poetas forjados en México DF, y tras ellos entré yo, la barrendera de León Felipe, la destrozajarrones de don Pedro Garfias, la única persona que se quedó en la Universidad en septiembre de 1968, cuando los granaderos violaron la autonomía universitaria. Y el interior del hotel, al primer vistazo, me resultó decepcionante. En casos así es como si una se tirara con los ojos cerrados en una piscina de fuego *y* luego abriera los ojos. Yo me tiré. Yo abrí los ojos. Y lo que vi no tenía nada de terrible. Una recepción diminuta, con dos sofás en los que el paso del tiempo había causado estragos que no tienen nombre, un recepcionista moreno, chaparro *y* con una enorme mata de pelo negro azabache, un tubo fluorescente que colgaba del techo, suelo de baldosas verdes, una escalera cubierta por una moqueta de plástico gris sucio, una recepción de ínfima categoría aunque para una porción de la colonia Guerrero tal vez ese hotel fuera considerado un lujo razonable.

Tras parlamentar con el recepcionista los dos héroes subieron por las escaleras y yo entré en el hotel y le dije al recepcionista que venía con ellos. El chaparro parpadeó y quiso decir algo, quiso enseñar los colmillos, pero para entonces yo ya estaba en el primer piso y a través de una nube de desinfectante y luz mortecina se desnudó ante mis ojos un pasillo que estaba desnudo desde los primeros días de la Creación, y abrí una puerta que se acababa de cerrar y accedí, testigo invisible, a la cámara real del rey de los putos de la colonia Guerrero.

Por descontado, amiguitos, el Rey no estaba solo. En la habitación había una mesa y sobre la mesa había un tapete verde, pero los ocupantes de la habitación no jugaban a

las cartas sino que llevaban a cabo las cuentas del día o de la semana, es decir, sobre la mesa había papeles con nombres y números escritos, y había dinero.

Nadie se sorprendió de verme.

El Rey era fuerte y debía de rondar los treinta años. Tenía el pelo castaño, de esa tonalidad de castaño que en México no sabré nunca si en serio o en broma llaman güero, y vestía una camisa blanca, un poco transpirada, que permitía al espectador casual apreciar como al descuido unos antebrazos musculosos y velludos. Junto a él estaba sentado un tipo gordito, con bigotes y patillas desmesuradas, probablemente el contralor del reino. Al fondo de la habitación, en las penumbras que envolvían la cama, un tercer hombre nos vigilaba y nos escuchaba moviendo la cabeza. Yo lo primero que pensé fue que ese hombre no estaba bien. Al principio fue el único que me dio miedo, pero conforme pasaron los minutos el temor se transformó en conmiseración: pensé que el hombre que estaba semirrecostado en la cama (en una posición que, por otra parte, debía de requerir un gran esfuerzo) no podía ser sino alguien enfermo, tal vez un subnormal, tal vez un sobrino subnormal o sedado del Rey, y eso me hizo reflexionar que por mala que sea la situación que uno pasa (en este caso la situación por la que pasaba Ernesto San Epifanio) siempre hay otro que lo pasa peor.

Recuerdo las palabras del Rey. Recuerdo su sonrisa al ver a Ernesto y su mirada inquisitiva al ver a Arturo. Recuerdo la distancia que el Rey puso entre su persona y sus visitantes con un solo gesto, el de coger el dinero y guardárselo en un bolsillo. Después hablaron.

El Rey evocó dos noches en las que Ernesto se había sumergido voluntariamente y habló de contraer obligaciones, las obligaciones que todo acto, por gratuito o accidental que sea, conlleva. Habló del corazón. El corazón de los hombres, que sangra como las mujeres (creo que se refería a la menstruación) y que obliga a los verdaderos hombres a responsabilizarse de sus actos, cualesquiera que éstos sean. Y habló de las deudas: no había nada más despreciable que una deuda mal saldada. Eso dijo. No habló de deuda no saldada sino mal saldada. Luego calló y esperó a escuchar lo que tenían que decir sus visitantes.

El primero fue Ernesto San Epifanio. Dijo que él no tenía ninguna deuda con el Rey. Dijo que lo único que hizo fue acostarse dos noches seguidas con él (dos noches locas, precisó), tal vez a sabiendas de que se estaba metiendo en la cama con el rey de los putos, y sin calibrar, por ende, los peligros «y responsabilidades» que con tal acción contraía, pero que lo había hecho inocentemente (aunque al decir la palabra inocente Ernesto no pudo reprimir una risilla nerviosa, que acaso contradecía el adjetivo autoadjudicado), guiado sólo por el deseo y por la aventura, y no por el secreto designio de convertirse en el esclavo del Rey.

Tú eres mi puto esclavo, dijo interrumpiéndolo el Rey. Yo soy tu puto esclavo, dijo el hombre o el muchacho que estaba en el fondo de la habitación. Tenía una voz aguda y doliente que me hizo pegar un respingo. El Rey se volvió y lo mandó a callar. Yo no soy tu puto esclavo, dijo Ernesto. El Rey miró a Ernesto con una sonrisa paciente y malévola. Le preguntó quién creía que era. Un poeta homosexual mexicano, dijo Ernesto, un poeta homosexual, un poeta, un (el Rey no entendió nada), y después añadió algo sobre el derecho que tenía (el derecho *inalienable)* de acostarse con quien quisiera y no por ello ser considerado un esclavo. Si esto no fuera tan patético me moriría de risa, dijo. Pues muérete de risa, dijo el Rey, antes de que te condecoren. Su voz de pronto se había vuelto dura. Ernesto se ruborizó. Yo lo veía de perfil y noté cómo su labio inferior temblaba. Te vamos a martirizar, dijo el Rey. Te vamos a dar cran hasta que revientes, dijo el contralor del reino. Te vamos a dar fierro hasta condecorarte los meros pulmones, hasta condecorarte el mero corazón, dijo el Rey. Lo curioso, sin

embargo, fue que dijeron todo lo anterior sin mover los labios y sin que saliera sonido alguno de sus bocas.

Deja de molestarme, dijo Ernesto con voz exangüe.

El pobre muchacho subnormal del fondo de la habitación se puso a temblar y se cubrió con una manta. Poco después todos pudimos escuchar sus gemidos ahogados.

Entonces habló Arturo. ¿Quién es?, dijo.

¿Quién es quién, buey?, dijo el Rey. ¿Quién es ése?, dijo Arturo y señaló el bulto de la cama. El contralor dirigió una mirada inquisitiva hacia el fondo de la habitación y después miró a Arturo y a Ernesto con una sonrisa vacía. El Rey no se volvió. ¿Quién es?, dijo Arturo. ¿Quién chingados eres tú*?*, dijo el Rey.

El muchacho del fondo de la habitación se estremeció bajo la manta. Parecía que daba vueltas. Enredado o ahogado, quien lo mirara ya no podía precisar si su cabeza estaba cerca de la almohada o a los pies de la cama. Está enfermo, dijo Arturo. No era una pregunta, ni siquiera una afirmación. Fue como si lo dijera para sí mismo y fue, al mismo tiempo, como si flaqueara, y qué curioso, en ese momento escuché su voz y en vez de ponerme a pensar en lo que había dicho o en la enfermedad de aquel pobre muchacho, pensé que Arturo había recuperado (y aún no había perdido) el acento chileno durante los meses que había pasado en su país. Acto seguido me puse a pensar qué pasaría si yo, es un suponer, volviera a Montevideo. ¿Recuperaría mi acento? ¿Dejaría, paulatinamente, de ser la madre de la poesía mexicana? Yo soy así. Pienso las cosas más peregrinas e inoportunas en los peores momentos.

Pues aquél, sin duda, era uno de los peores momentos y yo incluso pensé que el Rey nos podía matar con total impunidad y tirar nuestros cadáveres a los perros, los perros mudos de la colonia Guerrero, o hacernos alguna cosa peor. Pero entonces Arturo carraspeó (o eso me pareció) y se sentó en una silla desocupada frente al Rey (pero la silla antes no estaba allí) y se tapó la cara con las manos (como si estuviera mareado o temiera desmayarse) y el Rey y el contralor del reino lo miraron con curiosidad, como si nunca hubieran visto a un matón tan lánguido en sus vidas. Entonces Arturo dijo, sin quitarse las manos de la cara, que aquella noche tenían que resolverse definitivamente todos los problemas que tenía Ernesto San Epifanio. La mirada de curiosidad del Rey se le derritió en la cara. Eso pasa siempre con las miradas de curiosidad: tienden a convertirse en otra cosa a las primeras de cambio; se derriten, pero no se acaban de derretir; se quedan a medio camino, la curiosidad es larga y aunque la ida parece corta (porque estamos predispuestos a ella), el regreso se hace interminable: una pesadilla inconclusa. Y la mirada del Rey aquella noche era fiel reflejo de eso: una pesadilla inconclusa de la que hubiera querido escapar mediante la violencia.

Pero entonces Arturo empezó a hablar de otras cosas. Habló del muchacho enfermo que temblaba en la cama del fondo y dijo que él también se iba a venir con nosotros *y* habló de la muerte y habló del muchacho que temblaba (aunque ya no temblaba) y cuyo rostro se asomaba ahora recogiendo las puntas de la manta y mirándonos, y habló de la muerte, y se repitió una y otra vez y siempre regresaba a la muerte, como si le dijera al rey de los putos de la colonia Guerrero que sobre el tema de la muerte no tenía ninguna competencia, y en ese momento yo pensé: está haciendo literatura, está haciendo cuento, todo es falso, y entonces, como si Arturito Belano me hubiera leído el pensamiento, se volvió un poco, apenas un movimiento de hombros, y me dijo: dámela, y extendió la palma de su mano derecha.

Y yo puse sobre la palma de su mano derecha mi navaja abierta y él dijo gracias y volvió a darme la espalda. Y entonces el Rey le preguntó si estaba pedernal. No, dijo Arturo, o puede que sí, pero no mucho. Y entonces el Rey le preguntó si Ernesto era su cuaderno. Y Arturo dijo que sí, lo que demostraba claramente que de pedernal nada y de

literatura mucho. Y entonces el Rey se quiso levantar, tal vez para darnos las buenas noches y acompañarnos hasta la puerta, pero Arturo dijo no te muevas pinche cabrón, que no *se* mueva nadie, las putas manos quietas y sobre la mesa, y sorprendentemente el Rey y el contralor le obedecieron. Yo creo que en ese momento Arturo se dio cuenta de que había ganado o que al menos había ganado la mitad de la pelea o el primer round y también se debió de dar cuenta de que si el conflicto se dilataba todavía podía perder. Es decir, que si la pelea era a dos rounds sus posibilidades eran enormes, pero que si la pelea era a diez rounds, o a doce, o a quince, sus posibilidades se perdían en la inmensidad del reino. Así que siguió adelante y le dijo a Ernesto que fuera a ver al muchacho del fondo de la habitación. Y Ernesto lo miró como diciéndole no vayas demasiado lejos, amigo mío, pero dado que las cosas no estaban como para discutir, pues lo obedeció. Y desde el fondo de la habitación Ernesto dijo que el chavo aquel estaba más para allá que para acá. Yo lo vi a Ernesto. Yo lo vi avanzar trazando un semicírculo por la cámara real hasta llegar al lecho y ya allí destapar al joven esclavo y tocarlo o tal vez darle un pellizco en un brazo y susurrarle palabras en el oído y acercar su oreja a los labios del muchacho y luego tragar saliva (yo lo vi tragar saliva reclinado sobre aquella cama que poseía las características de un pantano y de un desierto al mismo tiempo) y luego decir que estaba más para allá que para acá. Como se nos muera este chavo vuelvo y te mato, dijo Arturo. Entonces yo abrí la boca por primera vez aquella noche: ¿nos lo vamos a llevar?, pregunté. Se viene con nosotros, dijo Arturo. Y Ernesto, que seguía en el fondo de la habitación, se sentó en la cama, como si de pronto se sintiera terriblemente desanimado y dijo: ven a verlo tú mismo, Arturo. Y yo vi que Arturo movía la cabeza negativamente varias veces. No quería verlo. Y entonces miré a Ernesto y me pareció por un momento que el fondo de la habitación, con la cama como vela arrasada, se despegaba del resto de la habitación, se alejaba del edificio del hotel Trébol navegando por un lago que a su vez navegaba por un cielo clarísimo, uno de los cielos del valle de México pintado por el Dr. Atl. La visión fue tan clara que sólo faltó que Arturo y yo nos pusiéramos de pie y les dijéramos adiós con las manos. Y nunca como entonces me pareció Ernesto tan valiente. Y a su manera, también el muchacho enfermo.

Me moví. Yo me moví. Primero mentalmente. Luego físicamente. El muchacho enfermo me miró a los ojos y se puso a llorar. En efecto, estaba muy mal, pero preferí no decírselo a Arturo. ¿Dónde están sus pantalones?, dijo Arturo. Por ahí, dijo el Rey. Busqué debajo de la cama. No había nada. Busqué a los lados. Miré a Arturo como diciéndole no los encuentro, ¿qué hacemos? Entonces a Ernesto se le ocurrió buscar entre las mantas y sacó unos pantalones medio mojados y unos tenis de marca. Déjame a mí, le dije. Senté al muchacho en el borde y le puse los bluejeans y lo calcé. Luego lo levanté para ver si podía caminar. Podía. Vamonos, dije. Arturo no se movió. Despierta, Arturo, pensé. Voy a contarle una última historia a su majestad, dijo. Ustedes vayan saliendo y espérenme en la puerta.

Entre Ernesto y yo bajamos al muchacho. Tomamos un taxi y esperamos en la entrada del hotel Trébol. Al poco rato apareció Arturo. En mis recuerdos aquella noche en la que no pasó nada y pudo pasar de todo se desdibuja como devorada por un animal gigantesco. A veces veo a lo lejos, por el norte, una gran tormenta eléctrica que avanzaba hacia el centro del DF, pero mi memoria me dice que no hubo ninguna tormenta eléctrica, el alto cielo mexicano bajó un poco, eso sí, por momentos costaba respirar, el aire era seco y hacía daño en la garganta, recuerdo la risa de Ernesto San Epifanio y la risa de Arturito Belano en el interior del taxi, una risa que los devolvía a la realidad o a lo que ellos preferían llamar realidad, y recuerdo el aire de la acera del hotel y del interior del taxi como compuesto de cactus, de toda la inabarcable variedad de

cactus de este país, y recuerdo que yo dije cuesta respirar, y: devuélveme mi navaja, y: cuesta hablar, y: adonde vamos, y recuerdo que a cada una de mis palabras Ernesto y Arturo se echaban a reír y que yo también acabé por reírme, tanto o más que ellos, todos nos reíamos, menos el taxista, que en algún momento nos miró como si durante toda la noche no hubiera hecho otra cosa que acarrear gente como nosotros (lo que por otra parte, y tratándose del DF, resultaba perfectamente normal) y el muchacho enfermo, que se quedó dormido con la cabeza apoyada en mi hombro.

Y así fue como entramos y luego salimos del reino del rey de los putos, que estaba enclavado en el desierto de la colonia Guerrero, Ernesto San Epifanio, de veinte o diecinueve años, poeta homosexual nacido en México (y que fue, junto con Ulises Lima, a quien aún no conocíamos, el mejor poeta de su generación), Arturo Belano, de veinte años, poeta heterosexual nacido en Chile, Juan de Dios Montes (también llamado Juan de Dos Montes y Juan Dedos), de dieciocho años, aprendiz de panadero en una panificadora de la colonia Buenavista, parece que bisexual, y yo, Auxilio Lacouture, de edad definitivamente indefinida, lectora y madre nacida en Uruguay o República de los Orientales, y testigo de las reticulaciones de la sequedad.

Y como de Juan de Dos Montes ya no volveré a hablar, al menos puedo decirles que su pesadilla acabó bien.

Durante unos días vivió en la casa de los padres de Arturito y luego estuvo rolando en diferentes cuartos de azotea. Finalmente algunos amigos le buscamos una chamba en una panificadora de la colonia Roma y desapareció, al menos aparentemente, de nuestras vidas. Le gustaba drogarse inhalando cola. Era melancólico y tristón. Era estoico. Una vez me lo encontré de casualidad en el Parque Hundido. Le dije cómo estás Juan de Dios. Requetebién, me contestó. Meses más tarde, en la fiesta que dio Ernesto San Epifanio tras obtener la beca Salvador Novo (y a la que no fue Arturo, porque los poetas se pelean), le dije que aquella noche ya casi olvidada no era a él, como todos pensábamos, a quien iban a matar, sino a Juan de Dios. Sí, me dijo Ernesto, yo también he llegado a esa conclusión. Era Juan de Dios el que iba a morir.

Nuestro secreto designio fue evitar que lo mataran.

9

Después volví al mundo. Basta de aventuras, me dije con un hilillo de voz. Aventuras, aventuras. Yo he vivido las aventuras de la poesía, que siempre son aventuras a vida o muerte, pero luego he regresado, he vuelto a las calles de México y la cotidianidad me ha parecido buena, para qué pedir más. Para qué engañarme más. La cotidianidad es una transparencia inmóvil que dura sólo unos segundos. Así que yo volví y la miré y me dejé envolver por ella. Yo soy la madre, le dije, y francamente no creo que las películas de terror sean lo más recomendable para mí. Y entonces la cotidianidad se hinchó como un globo de jabón, pero a lo bestia, y explotó.

Otra vez estaba en el lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras y era septiembre de 1968 y yo pensaba en las aventuras y en Remedios Varo. Son tan pocos los que se acuerdan de Remedios Varo. Yo no la conocí. Sinceramente, me encantaría decir que yo la conocí, pero la verdad es que no la conocí. Yo he conocido a mujeres maravillosas, fuertes como montañas o como corrientes marinas, pero a Remedios Varo no la conocí. No porque tuviera vergüenza de ir a verla a su casa, no porque no apreciara su obra (que aprecio de todo corazón), sino porque Remedios Varo murió en 1963 y yo en 1963 aún estaba en mi lejano y querido Montevideo.

Aunque algunas noches, cuando la luna entra en el lavabo de mujeres y yo aún estoy despierta, pienso que no, que en 1963 yo ya estaba en el DF y que don Pedro Garfias me escucha ensimismado pedirle la dirección de Remedios Varo, a quien él no frecuenta pero respeta, y luego se acerca con movimientos inseguros a su escritorio, saca un papelito, una agenda de un cajón, la pluma fuente de un bolsillo de su saco y me escribe ceremoniosamente y con excelente caligrafía las señas en donde yo puedo encontrar a la pintora catalana.

Y hacia allá voy volando, hacia la casa de Remedios Varo, que está en la colonia Polanco, ¿puede ser?, o en la colonia Anzures, ¿puede ser?, o en la colonia Tlaxpana, ¿puede ser?, la memoria juega malas pasadas cuando la luna menguante se instala como una araña en el lavabo de mujeres, en cualquier caso yo voy rauda por las calles de México que se suceden una tras otra y poco a poco, a medida que me acerco a su casa, van cambiando (y cada cambio se apoya en el cambio precedente, como sucesión y a la vez como crítica), hasta llegar a una calle en donde todas las casas parecen castillos derruidos, y entonces yo toco un timbre y espero unos segundos en donde sólo escucho el latido de mi corazón (porque yo soy así de tonta, cuando voy a conocer a alguien a quien admiro el corazón se me acelera), y luego escucho unos pasitos y alguien abre la puerta y es Remedios Varo.

Tiene cincuenta y cuatro años. Es decir, le queda un año de vida.

Me invita a pasar. No recibo muchas visitas, me dice. Yo voy delante y ella va detrás. Entre, entre, dice y yo avanzo por un pasillo débilmente iluminado hasta una sala de grandes proporciones, con dos ventanas que dan a un patio interior, veladas por un par de pesadas cortinas de color lila. En la sala hay un sillón y yo me siento. Sobre la mesita camilla reposan dos tazas de café. En un cenicero observo tres colillas. La conclusión obvia es que hay una tercera persona en la casa. Remedios Varo me mira a los ojos y sonríe: estoy sola, anuncia.

Le digo cuánto la admiro, le hablo de los surrealistas franceses y de los surrealistas catalanes, de la Guerra Civil española, de Benjamín Péret no le hablo porque se separaron en 1942 y no sé qué recuerdos guardará de él, pero sí que le hablo de París y del exilio, de su llegada a México y de su amistad con Leonora Carrington, y entonces me doy cuenta de que le estoy contando a Remedios Varo su propia vida, que me estoy comportando como una adolescente nerviosa que recita su lección ante un

tribunal inexistente. Y entonces me pongo roja como un tomate y digo perdón, no sé qué digo, digo ¿podría fumar?, y busco en mi bolso mi paquete de Delicados, pero no lo encuentro, y digo ¿tiene un cigarrillo?, y Remedios Varo, que está de pie de espaldas a un cuadro cubierto con una falda vieja (pero una falda vieja, me digo, que debió de pertenecer a una giganta), dice que ya no fuma, que sus pulmones ahora son débiles, aunque no tiene cara de tener los pulmones malos, ni siquiera tiene cara de haber visto algo malo, aunque yo sé que ella ha visto muchas cosas malas, la ascensión del diablo, el inacabable cortejo de termitas por el Árbol de la Vida, la contienda entre la Ilustración y la Sombra o el Imperio o el Reino del Orden, que de todas esas maneras puede y debe ser llamada la mancha irracional que pretende convertirnos en bestias o en robots y que lucha contra la Ilustración desde el principio de los tiempos (conjeturación mía que ningún ilustrado daría por buena), yo sé que ella ha visto cosas que muy pocas mujeres saben que han visto y que ahora está viendo su muerte a un plazo fijo inferior a doce meses, y sé que hay alguien más en su casa que sí fuma, y que no desea ser sorprendido por mí, lo que me hace pensar que quienquiera que sea es alguien a quien yo conozco.

Entonces suspiro y miro la luna menguante reflejada en las baldosas del lavabo de mujeres de la cuarta planta y con un gesto que se sobrepone al cansancio y al miedo extiendo la mano y le pregunto qué cuadro es ese que tiene tapado con la falda de giganta. Y Remedios Varo me mira sonriendo y luego se da vuelta, me da la espalda y durante un rato estudia el cuadro, pero sin quitar o descorrer la falda que lo preserva de miradas indiscretas. Es el último, dice. O tal vez dice es el penúltimo. El eco de sus palabras rebota contra las baldosas arañadas por la luna y así es fácil confundirse entre el último y el penúltimo. Ay, todos los cuadros de Remedios Varo, en esa hora de insomnio militante, desfilan como lágrimas vertidas por la luna o por mis ojos azules. Y así es difícil, sinceramente, fijarse en los detalles o distinguir con claridad la palabra último de la palabra penúltimo. Y entonces Remedios Varo levanta la falda de la giganta y yo puedo ver un valle enorme, un valle visto desde la montaña más alta, un valle verde y marrón, y la sola visión de ese paisaje me produce angustia, pues yo sé, de la misma manera que sé que hay otra persona en la casa, que lo que la pintora me muestra es un preámbulo, una escenografía en la que se va a desarrollar una escena que me marcará con fuego, o no, con fuego no, nada me va a marcar con fuego a estas alturas, lo que intuyo más bien es un hombre de hielo, un hombre hecho de cubos de hielo que se acercará y me dará un beso en la boca, en mi boca desdentada, y yo sentiré esos labios de hielo en mis labios y veré esos ojos de hielo a pocos centímetros de mis ojos, y entonces desfalleceré como Juana de Ibarbourou y musitaré ¿por qué yo?, coquetería que me será perdonada, y el hombre hecho de cubos de hielo pestañeará, parpadeará, y en ese pestañeo y en ese parpadeo yo alcanzaré a ver un huracán de nieve, apenas, como si alguien abriera la ventana y luego, arrepentido, la cerrara abruptamente diciendo aún no, Auxilio, lo que has de ver lo verás, pero aún no.

Yo sé que ese paisaje, ese valle inmenso con un ligero aire de fondo renacentista, espera.

¿Pero qué espera?

Y entonces Remedios Varo cubre la tela con la falda y me ofrece un café y nos ponemos a hablar de otras cosas, de la vida diaria, por ejemplo, aunque entre medio se cuelan palabras descontextualizadas, como parusía o hierofanía, como psicofármacos o electroshock. Y luego hablamos de alguien que hace o hizo hace poco una huelga de hambre y yo me escucho decir: después de una semana sin comer ya no tienes hambre, y Remedios Varo me mira y dice: pobrecilla.

Justo en ese momento la pesada cortina de color lila se agita y yo me pongo de pie de un salto y no puedo (ni me permito) reflexionar sobre lo que acaba de decir la pintora catalana. Me acerco a la ventana, aparto la cortina y descubro a un gatito negro. Doy un suspiro de alivio. Sé que, a mis espaldas, Remedios Varo está sonriendo y preguntándose al mismo tiempo quién soy yo. La ventana da a un pequeño jardín interior en donde sestean otros cinco o seis gatos. ¡Cuántos gatos! ¿Son todos suyos? Más o menos, dice Remedios Varo. La miro: el gatito negro está entre sus brazos y Remedios Varo le dice: *bonic, on eres?, bonic, feia hores que et buscava.*

¿Quieres escuchar un poco de música?

¿Me lo dice a mí o se lo dice al gatito? Supongo que a mí, porque al gatito le habla en catalán, aunque a simple vista cualquiera se puede dar cuenta de que se trata de un gato mexicano, un gato mexicano callejero con una estirpe de por lo menos trescientos años, aunque ahora que la luna se traslada, con pasitos de gata, de una baldosa a otra del lavabo de mujeres, me pregunto si en México, antes de que llegaran los españoles, había gatos, y me respondo a mí misma, desapasionadamente, objetivamente, incluso con un deje de indiferencia, que no, no había gatos, los gatos llegaron con la segunda o la tercera oleada. Y entonces, con voz de sonámbula porque estoy pensando en los gatos sonámbulos de México, le digo que sí y Remedios Varo se acerca al tocadiscos, un tocadiscos viejo, cosa que no tiene nada de raro pues estamos en el increíble año de 1962 y todas las cosas son viejas, ¡todas las cosas se llevan una mano a la boca como yo para ahogar un grito de asombro o una confidencia inoportuna!, y pone un disco, y me dice: es el concertino en la menor de Salvador Bacarisse, y yo escucho por primera vez a ese músico español y me pongo a llorar, otra vez, mientras la luna salta de una baldosa a otra, en cámara lenta, como si esta película la dirigiera yo y no la naturaleza.

¿Cuánto rato estuvimos escuchando a Bacarisse?

No lo sé. Sólo sé que en algún momento Remedios Varo levanta el brazo del tocadiscos y da por concluida la audición. Y luego yo me acerco a ella (porque no quiero irme, he de reconocerlo) y me ofrezco, arrebolada, para lavarle las tazas que hemos empleado, para barrerle el suelo, para sacarle el polvo a los muebles, para abrillantarle los cacharros de la cocina, para ir a hacerle la compra, para hacerle la cama, para prepararle la bañera, pero Remedios Varo sonríe y me dice: ya no necesito nada de eso, Auxilio, gracias de todas maneras. Ya no necesito nada. Ya no preciso de ninguna ayuda, dice Remedios Varo. ¡Mentira! ¿Cómo no va a necesitar nada?, pienso mientras me acompaña hasta la puerta de calle.

Y luego me veo en el zaguán de su casa. Ella está en el interior y con una mano sujeta el pomo de la puerta. Hay tantas cosas que quisiera preguntarle. La primera, si puedo volver a visitarla. Un sol como vino blanco se extiende ahora por toda la calle vacía. Es ese sol el que ilumina su rostro y lo tiñe de melancolía y valor. Bien. Todo está bien. Es hora de irme. No sé si darle la mano o darle un beso en cada mejilla. Las latinoamericanas, hasta donde sé, sólo damos un beso. Un beso en una mejilla. Las españolas dan dos. Las francesas dan tres. Cuando yo era jovencita pensaba que los tres besos que daban las francesas querían decir: libertad, igualdad, fraternidad. Ahora sé que no, pero me sigue gustando pensarlo. Así que le doy tres besos y ella me mira como si también, en algún momento de su vida, hubiera creído lo mismo que yo. Un beso en la mejilla izquierda, otro en la derecha, un último beso en la mejilla izquierda. Y Remedios Varo me mira y su mirada dice: no te preocupes, Auxilio, no te vas a morir, no te vas a volver loca, tú estás manteniendo el estandarte de la autonomía universitaria, tú estás salvando el honor de las universidades de nuestra América, lo peor que te puede pasar es que adelgaces horriblemente, lo peor que te puede pasar es que tengas visiones, lo peor que te puede pasar es que te descubran, pero tú no pienses en eso, mantente

firme, lee al pobre Pedrito Garfias (ya podías haberte llevado otro libro al baño, mujer) y deja que tu mente fluya libremente por el tiempo, desde el 18 de septiembre al 30 de septiembre de 1968, ni un día más, eso es todo lo que tienes que hacer.

Y entonces Remedios Varo cierra la puerta y por la postrera mirada que lanza a estrellarse con mi mirada comprendo sin paliativo alguno que ella está muerta.

10

Y yo salí de casa de Remedios Varo peor que una sonámbula, porque los sonámbulos siempre vuelven a sus casas y yo sabía que a la casa de Remedios Varo no iba a volver. Yo sabía que me iba a despertar a la intemperie, de noche o cuando ya estuviera amaneciendo, qué más daba, en medio de la ciudad que había elegido por amor o por rabia.

Y mis recuerdos que se remontan sin orden ni concierto hacia atrás y hacia adelante de aquel desamparado mes de septiembre de 1968 me dicen, balbuceando, tartamudeando, que decidí permanecer a la expectativa bajo aquel sol de color de agua, de pie en una esquina, escuchando todos los ruidos de México, hasta el de las sombras de las casas que se acosaban como fieras recién salidas del cubil del taxidermista.

Y no sé cuánto tiempo pasó, si mucho o si poco, porque yo tenía los sentidos enganchados con alfileres en el espacio y no en el tiempo, hasta que vi abrirse la puerta de la casa de Remedios Varo y vi salir a esa mujer que se había ocultado en el dormitorio o en el baño o tras las cortinas durante mi visita.

Una mujer de piernas largas y delgadas, aunque sin ninguna duda, como calculé mientras la seguía, de una estatura inferior a la mía. Porque aquella mujer era alta, sobre todo para los cánones mexicanos, pero yo era más alta todavía.

Desde mi posición de perseguidora sólo podía verle la espalda y las piernas, una figura delgada como ya he dicho, y el pelo, una cabellera castaña y ligeramente ondulada que le caía más abajo de los hombros y que pese a un cierto descuido (que podría aunque no me atrevería a confundirlo con el desaliño) no carecía de gracia.

La verdad es que toda ella estaba circundada por la gracia, imbuida por la gracia, aunque me resultaría difícil precisar en dónde radicaba ésta pues vestía de forma normal, con decoro, ropas que nadie se atrevería a juzgar originales: una falda negra y una chaleca de color crema muy usadas, de esas que se pueden conseguir en un puesto del mercado por unos pocos pesos. Sus zapatos, por el contrario, eran de tacón, un tacón no muy alto, pero estilizado, unos zapatos que no se correspondían del todo con el resto del atuendo. Bajo el brazo llevaba una carpeta llena de papeles.

Contra lo que esperaba, no se detuvo en la parada de camiones y siguió caminando en dirección al centro. Al cabo de un rato entró en una cafetería. Me quedé afuera y la observé a través de los ventanales. La vi dirigirse a una mesa y enseñar algo que sacó del interior de la carpeta: una hoja, luego otra. Eran dibujos o reproducciones de dibujos. El hombre y la mujer que estaban sentados observaron los papeles y luego hicieron un gesto negativo con la cabeza. Ella les sonrió y repitió la escena en la mesa vecina. El resultado fue el mismo. Sin arredrarse fue a otra mesa y luego a otra y a otra, hasta hablar con todas las personas de la cafetería. Consiguió vender un dibujo. Sólo unas pocas monedas, lo que me hizo pensar que quien realmente ponía el precio de la mercadería era la voluntad del comprador. Después se dirigió a la barra, en donde intercambió unas palabras con una mesera. Ella habló y la mesera escuchó. Probablemente se conocían. Cuando la mesera le dio la espalda y se puso a hacer un café, ella aprovechó para dirigirse a los hombres que estaban en la barra y ofrecer sus dibujos, pero esta vez les habló sin moverse de su sitio y uno o tal vez dos hombres se acercaron hacia donde ella estaba y le echaron una mirada distraída a su tesoro.

Debía de tener los sesenta años cumplidos. Y muy mal llevados. O tal vez más. Y esto ocurrió diez años después de que muriera Remedios Varo, es decir en 1973 y no en 1963.

Entonces tuve un escalofrío. Y el escalofrío me dijo: che, Auxilio (porque el escalofrío era uruguayo y no mexicano), la mujer a la que estás siguiendo, la mujer que

ha salido subrepticiamente de casa de Remedios Varo, es la verdadera madre de la poesía y no tú, la mujer tras cuyos pasos vas es la madre y no tú, no tú, no tú.

Creo que empezó a dolerme la cabeza y cerré los ojos. Creo que empezaron a dolerme los dientes que ya no tenía y cerré los ojos. Y cuando los abrí ella estaba en la barra, definitivamente sola, sentada encima de un taburete, tomando un café con leche y leyendo una revista que probablemente guardaba en la carpeta, junto con las reproducciones de los dibujos de su hijo adorado.

La mujer que la había atendido, a un par de metros de distancia, tenía los codos apoyados en la barra y la mirada ensoñada en un punto impreciso más allá de los ventanales, situado por encima de mi cabeza. Algunas mesas se habían vaciado. En otras la gente volvía a ocuparse de sus asuntos particulares.

Supe entonces que había estado siguiendo, en la vigilia o durante un sueño, a Lilian Serpas, y recordé su historia o lo poco que yo sabía de su historia.

Durante una época, supongo que por la década del cincuenta, Lilian había sido una poeta más o menos conocida y una mujer de extraordinaria belleza. El apellido es de origen incierto, parece griego (a mí me lo parece), suena a húngaro, puede ser un viejo apellido castellano. Pero Lilian era mexicana y casi toda su vida había vivido en el DF. Se decía que en su dilatada juventud tuvo muchos novios y pretendientes. Lilian, sin embargo, no quería novios sino amantes y también los había tenido.

Yo hubiera querido decirle: Lilian, no tengas tantos amantes, de los hombres una no puede esperar gran cosa, te usarán y luego te dejarán tirada en una esquina, pero yo era como una virgen loca y Lilian vivía su sexualidad de la forma que a ella más le apetecía, intensamente, entregada sólo al placer de su propio cuerpo y al placer de los sonetos que por aquellos años escribía. Y, claro, le fue mal. O le fue bien.

¿Quién soy yo para decirlo? Tuvo amantes. Yo apenas he tenido amantes.

Un día, sin embargo, Lilian se enamoró de un hombre y tuvo un hijo con él. El tipo era un tal Coffeen, puede que norteamericano, puede que inglés o puede que fuera mexicano. El caso es que tuvo un hijo con él y el niño se llamó Carlos Coffeen Serpas. El pintor Carlos Coffeen Serpas.

Después (cuánto después lo ignoro) el señor Coffeen desapareció. Tal vez él dejó a Lilian. Tal vez Lilian lo dejó a él. Tal vez, y esto es más romántico, Coffeen murió y Lilian creyó que ella también debía morir, pero estaba el niño y sobrevivió a la ausencia. Una ausencia que pronto llenaron otros señores, porque Lilian seguía siendo hermosa y le seguía gustando meterse en la cama con hombres y aullar de placer hasta que salía el sol. Mientras tanto, el niño Coffeen Serpas crecía y frecuentaba, ya desde chiquito, los ambientes de su madre, y todos se maravillaban de su inteligencia y le pronosticaban un futuro promisorio en el proceloso mundo del arte.

¿Cuáles eran los ambientes que frecuentaba Lilian Serpas acompañada por su hijo? Los de siempre, los bares y cafeterías del centro del DF, en donde se reunían los viejos periodistas fracasados y los exiliados españoles. Gente muy simpática, pero no precisamente la clase de personas que yo recomendaría para que frecuentara un niño sensible.

Los trabajos de Lilian, por aquellos años, fueron múltiples. Hizo de secretaria, de dependienta en varias tiendas de moda, trabajó un tiempo en un par de periódicos y hasta en una radio de mala muerte. En ninguno se quedaba demasiado tiempo, porque ella, me lo dijo no sin algo de tristeza, era poeta y la vida nocturna la llamaba y así no había quien pudiera trabajar regularmente.

Por supuesto, yo la entendía, yo estaba de acuerdo con ella, aunque manifestaba mi acuerdo con una voz y con unos gestos que adquirían automática e inconscientemente un aire de superioridad nauseabundo, corno si le dijera: Lilian, estoy

de acuerdo contigo, pero en el fondo me parece una niñería, Lilian, no niego que es simpático y divertido, pero que nadie cuente conmigo para tal experimento.

Como si yo, por alternar la infesta avenida Bucareli con la Universidad, fuera mejor. Como si yo, por frecuentar y conocer a los jóvenes poetas y no sólo a los viejos periodistas fracasados, fuera mejor. La verdad es que no soy mejor. La verdad es que los jóvenes poetas generalmente acaban siendo viejos periodistas fracasados. Y la Universidad, mi querida Universidad, está esperando su oportunidad justo ahí debajo, en las cloacas de la avenida Bucareli.

Una noche, esto también me lo contó ella, conoció en el café Quito a un sudamericano exiliado con el que estuvo hablando hasta que cerraron. Después se fueron a la casa de Lilian y se metieron en la cama sin hacer ruido para que Carlitos Coffeen no se despertara. El sudamericano era Ernesto Guevara. No te lo puedo creer, Lilian, le dije. Sí, era él, me dijo Lilian con esa su manera de hablar que tenía cuando yo la conocí, una voz muy delgada, de muñeca rota, una voz como la que hubiera tenido el licenciado Vidriera si hubiera sido licenciada o al menos bachillera y se hubiera vuelto loca y superlúcida al mismo tiempo en pleno Siglo de Oro desdichado. ¿Y qué tal era el Che en la cama?, fue lo primero que quise saber. Lilian dijo algo que no entendí. ¿Qué?, dije, ¿qué?, ¿qué? Normal, dijo Lilian con la mirada perdida en las arrugas de su carpeta.

Puede que fuera mentira. Cuando yo la conocí a Lilian sólo parecía importarle vender las reproducciones de los dibujos de su hijo. La poesía la dejaba indiferente. Llegaba al café Quito, ya muy tarde, y se sentaba en la mesa de los jóvenes poetas o en la mesa de los viejos periodistas fracasados (todos ex amantes suyos) y se dedicaba a escuchar las conversaciones de siempre. Si alguien le decía, por ejemplo, háblanos del Che Guevara, ella decía: normal. Eso era todo. En el café Quito, por otra parte, más de uno de los viejos periodistas fracasados había conocido al Che y a Fidel, que lo frecuentaron durante su estancia en México, y a nadie le parecía raro que Lilian dijera normal, aunque ellos tal vez no sabían que Lilian se había *acostado* con el Che, ellos creían que Lilian sólo se había acostado con ellos y con algunos peces gordos que no frecuentaban la avenida Bucareli a altas horas de la noche, pero para el caso era lo mismo.

Yo reconozco que me hubiera gustado saber cómo cogía el Che Guevara. Normal, claro, pero cómo.

Estos chicos, le dije una noche a Lilian, tienen derecho a saber cómo cogía el Che. Una locura mía sin pies ni cabeza, pero igual se la solté.

Recuerdo que Lilian me miró con su máscara de muñeca arrugada, martirizada, de la que parecía a punto de emerger a cada segundo la reina de los mares con su cohorte de truenos, pero en donde ya nunca pasaba nada. Estos chicos, estos chicos, dijo y luego miró el techo del café Quito que en ese momento estaban pintando dos adolescentes montados en un andamiaje portátil.

Así era Lilian, así era la mujer a la que me puse a seguir desde el sueño de Remedios Varo, la gran pintora catalana, hasta el sueño de las calles terminales del DF en donde siempre pasaban cosas que parecían susurrar o gritar o escupirte que allí nunca pasaba nada.

Y así me vi otra vez en el café Quito en 1973 o tal vez en los primeros meses de 1974 y vi llegar a Lilian a través del humo y de las luces trazadoras del café a las once de la noche, y ella llega, como siempre, envuelta en humo, y su humo y el humo del interior del café se contemplan como arañas antes de fundirse en un solo humo, un humo en donde prima el olor a café pues en el Quito hay una tostadora de café y además

es uno de los escasos lugares de la avenida Bucareli en donde tienen una máquina italiana para hacer café express.

Y entonces mis amigos, los poetas jóvenes de México, sin levantarse de la mesa la saludan, dicen buenas noches, Lilian Serpas, qué hubo, Lilian Serpas, incluso los más atontados dicen buenas noches, Lilian Serpas, como si mediante el acto de saludarla una diosa bajara de las alturas del café Quito (en donde dos jóvenes obreros intrépidos se afanan en un equilibrio que no puedo sino considerar precario) y les colgara del pecho la medalla de honor de la poesía, cuando lo que en realidad sucede (pero esto yo sólo lo pienso, no lo digo) es que al saludarla así, de esa manera, lo único que están haciendo es poner sus jóvenes y atontadas cabezas en la mesa del verdugo.

Y Lilian se detiene, como si oyera mal, y busca la mesa en donde están ellos (y en donde estoy yo) y al vernos se acerca a saludar y de paso a tratar de vender alguna de sus reproducciones y yo miro para otro lado.

¿Por qué miro para otro lado?

Porque conozco su historia.

Así que miro para otro lado mientras Lilian, de pie o ya sentada, saluda a todo el mundo, generalmente más de cinco poetas jóvenes abigarrados alrededor de una mesa, y cuando me saluda a mí yo dejo de mirar el suelo y vuelvo la cabeza con una lentitud exasperante (pero es que no puedo hacerlo más rápido) y le doy, obediente, las buenas noches yo también.

Y así pasa el tiempo (Lilian no intenta vendernos ningún dibujo porque sabe que nosotros no tenemos dinero ni ganas de comprar, pero le permite a quien lo desea echarles una mirada a las reproducciones, curiosas reproducciones, hechas no de cualquier manera sino en una imprenta y en papel satinado, lo que dice algo, al menos, respecto a la singular disposición mercantil de Carlos Coffeen Serpas o de su madre, ermitaños o mendigos, pero que en un momento de inspiración que prefiero no imaginármelo deciden vivir exclusivamente de su arte) y poco a poco la gente comienza a marcharse o a cambiarse de mesa, pues en el Quito, a cierta hora de la noche, quien más, quien menos, todo el mundo se conoce y todos desean hablar, al menos unas palabras, con sus conocidos. Y así, náufraga en medio de una rotación incesante, en determinado momento me quedo sola mirando mi taza de café medio llena y al momento siguiente (pero casi sin transición) una sombra esquiva, que de tan esquiva parece concitar sobre sí todas las sombras del café, como si su campo gravitatorio sólo atrajera a los objetos inertes, se desplaza hasta mi mesa y se sienta junto a mí.

¿Cómo estás, Auxilio?, dice el fantasma de Lilian Serpas.

Aquí no más, le digo yo.

Y es entonces cuando el tiempo vuelve a detenerse, imagen trillada donde las haya pues el tiempo o no se detiene nunca o está detenido desde siempre, digamos entonces que el contínuum del tiempo sufre un escalofrío, o digamos que el tiempo abre las patotas y se agacha y mete la cabeza entre las ingles y me mira al revés, unos centímetros tan sólo más abajo del culo, y me guiña un ojo loco, o digamos que la luna llena o creciente o la oscura luna menguante del DF vuelve a deslizarse por las baldosas del lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, o digamos que se levanta un silencio de velatorio en el café Quito y que sólo escucho los murmullos de los fantasmas de la corte de Lilian Serpas y que no sé, una vez más, si estoy en el 68 o en el 74 o en el 80 o si de una vez por todas me estoy aproximando como la sombra de un barco naufragado al dichoso año 2000 que no veré.

Sea lo que sea, algo pasa con el tiempo. Yo sé que algo pasa con el tiempo y no digamos con el espacio.

Yo presiento que algo pasa y que además no es la primera vez que pasa, aunque tratándose del tiempo todo pasa por primera vez y aquí no hay experiencia que valga, lo que en el fondo es mejor, porque la experiencia generalmente es un fraude.

Y entonces Lilian (que es la única indemne en esta historia, porque ella ya lo ha sufrido todo) me pide, una vez más, el primer y el último favor que me va a pedir en toda su vida.

Dice: es tarde. Dice: qué linda estás, Auxilio. Dice: a menudo pienso en ti, Auxilio. Y yo la observo y observo el techo del café Quito en donde los dos jóvenes soñolientos siguen trabajando o haciendo como que trabajan subidos en un andamio pésimamente construido y luego la vuelvo a observar a ella, que habla no mirándome a la cara sino mirando su vaso grande y grueso de café con leche, mientras escucho por un oído sus palabras y por el otro los gritos que los habituales del café Quito dirigen a los jóvenes del andamio, frases que constituyen un ritual de iniciación masculina, colijo, o frases que pretenden ser cariñosas pero que sólo son premonitorias de un desastre que no sólo arrastrará a la pareja de pintores de brocha gorda (o fontaneros o electricistas, no lo sé, yo sólo los vi, yo todavía los veo mientras la luna cruza enloquecida cada una de las baldosas del lavabo de mujeres como si esa singladura contuviera toda la subversión posible, y eso me espanta) sino también a ellos, los vociferantes, los que aconsejan, nosotros.

Y entonces Lilian dice: tienes que ir a mi casa. Dice: yo no puedo ir esta noche a mi casa. Dice: tienes que ir tú por mí y decirle a Carlos que mañana volveré temprano. Y lo primero que se me ocurre es negarme de plano. Pero entonces Lilian me mira a la cara y me sonríe (ella no se tapa la boca cuando habla, como yo, ni cuando sonríe, aunque debería hacerlo) y yo me quedo sin palabras, porque estoy delante de la madre de la poesía mexicana, la peor madre que la poesía mexicana podía tener, pero la única y auténtica al fin y al cabo. Entonces digo que sí, que iré a su casa si me da la dirección y si no es muy lejos y que le diré a Carlos Coffeen Serpas, el pintor, que su madre aquella noche la pasará afuera.

11

Y hacia la casa de Lilian Serpas me vi caminando aquella noche, amiguitos, impelida por el misterio que a veces se parece al viento del DF, un viento negro lleno de agujeros con formas geométricas, y otras veces se parece a la serenidad del DF, una serenidad genuflexa cuya única propiedad es ser un espejismo.

Les parecerá raro, pero yo no conocía a Carlos Coffeen Serpas. En realidad, nadie lo conocía. O mejor dicho: unos pocos lo conocían y esos pocos habían echado a volar su leyenda, su exigua leyenda de pintor loco que vivía encerrado en la casa de su madre, una casa que a veces aparecía ornada con muebles pesados y cubiertos de polvo, como salidos de la cripta de uno de los seguidores de Maximiliano, y otras veces más bien parecía una casa de vecindad, la copia feliz del hogar de los Burrón (los invencibles Burrón, que Dios los conserve muchos años, cuando yo llegué a México el primer piropo que recibí fue que me dijeran que era idéntica a Borola Tacuche, lo que no se aleja demasiado de la verdad). La realidad, como tristemente acostumbra, estaba en el justo término medio: ni se trataba de un palacio en decadencia ni de una modesta vivienda de patio de vecindad, sino de un edificio viejo de cuatro plantas en la calle República de El Salvador, cerca de la iglesia de San Felipe Neri.

En aquel entonces Carlos Coffeen Serpas debía de tener más de cuarenta años y nadie que yo conociera lo había visto desde hacía mucho tiempo. ¿Qué opinaba yo de sus dibujos? No me gustaban mucho, ésa es la verdad. Figuras, casi siempre muy delgadas y que además parecían enfermas, era lo que él dibujaba. Estas figuras volaban o estaban enterradas y a veces miraban a los ojos del que contemplaba el dibujo y solían hacer señales con las manos. Por ejemplo, se llevaban un dedo a los labios indicando silencio. O se cubrían la vista. O mostraban la palma de una mano sin líneas. Eso es todo. No puedo decir más. No entiendo gran cosa de arte.

Lo cierto es que allí estaba, delante del portal de la casa de Lilian, y mientras pensaba en los dibujos de su hijo, que sin duda eran los dibujos menos valorados en el mercado del arte mexicano, también pensaba en lo que le diría a Coffeen cuando éste me franqueara la puerta.

Lilian vivía en el último piso. Toqué el timbre varias veces. No me contestó nadie y por un instante pensé que Coffeen Serpas debía de estar seguramente en algún bar de los alrededores, pues también tenía fama de alcohólico empedernido. Ya me disponía a irme cuando algo que no sabría explicar muy bien qué fue, posiblemente una intuición o tal vez sólo mi natural curiosidad exacerbada por la hora y la caminata previa, me hizo cruzar la calle e instalarme en la acera de enfrente. Las luces de las ventanas del cuarto piso estaban apagadas pero al cabo de unos segundos creí ver que se movía una cortina, como si el viento que no corría por las calles del DF se deslizara por el interior de aquella casa a oscuras. Y eso fue demasiado para mí.

Crucé la calle y toqué el timbre una vez más. Y. sin esperar a que me abrieran la puerta volví a la acera de enfrente y contemplé las ventanas y vi cómo una cortina se descorría y esta vez sí que pude ver una sombra, la silueta de un hombre que me miraba desde arriba, sabiendo que yo lo veía y sin importarle, esta vez, que yo lo viera, y entonces supe que aquella sombra era Carlos Coffeen Serpas, que me miraba y pensaba quién era yo, qué hacía allí a esas horas de la noche, qué quería, de qué infames noticias era portadora.

Durante un instante tuve la certeza de que no me iba a abrir. El hijo de Lilian, era público, no veía a nadie. Tampoco nadie deseaba verlo a él. La situación, por lo tanto, se mirara como se mirara, era curiosa.

Le hice señas con una mano.

Luego, sin mirar hacia la ventana de arriba, crucé por cuarta o quinta vez la calle aparentando una seguridad que no tenía. Al cabo de unos segundos la puerta se abrió con un chasquido cuyo eco perduró en el zaguán. Subí con precaución hasta el cuarto piso. La luz de las escaleras era escasa. En el rellano del cuarto, detrás de la puerta semientornada, estaba esperándome Carlos Coffeen Serpas.

Yo no sé por qué no le dije lo que le tenía que decir y luego emprendí el regreso a casa. Coffeen era alto, más alto que su madre, y se podía adivinar que en su juventud había sido delgado y de buen porte aunque ahora estuviera gordo o más bien hinchado. Su frente era grande, pero no tenía esa amplitud que sugiere a un hombre inteligente o razonable sino que presentaba la amplitud de un campo de batalla, y a partir de allí todo era derrota: el pelo ralo y enfermizo que cubría sus orejas, el cráneo más que abombado abollado, los ojos claros que me miraron con una mezcla de desconfianza y aburrimiento. Pese a todo (yo soy optimista por naturaleza), me resultó atractivo.

Qué cansada estoy, le dije. Tras mirarme durante unos segundos, en los cuales no me invitó a pasar, me preguntó quién era. Soy amiga de Lilian, dije, me llamo Auxilio Lacouture y trabajo en la Universidad.

La verdad es que por aquellos días yo no hacía ningún trabajo en la Universidad. Es decir, objetivamente estaba desempleada otra vez. Pero allí, delante de Coffeen, me pareció más *tranquilizador* decir que trabajaba en la Facultad que confesarle que no trabajaba en ninguna parte. ¿Tranquilizador para quién? Pues para los dos, para mí, que de esa manera me fabricaba un hombro imaginario sobre el cual apoyarme, y para él, que de esa manera no veía aparecer a altas horas de la noche a un doble un poco más joven de su adorada y atroz mamá. Resulta desconsolador reconocerlo. Lo sé. Pero eso fue lo que le dije y luego esperé a que me franqueara la entrada mirándolo directamente a los ojos.

Entonces a Coffeen no le quedó más remedio que preguntarme si quería pasar, como el novio reticente a la novia inesperada. Por supuesto que quería pasar. Y pasé *y* vi las luces que en el interior de la casa de Lilian aún subsistían. Un recibidor pequeño y lleno de paquetes con las reproducciones de los dibujos de su hijo. Y luego un pasillo corto y a oscuras que daba a la sala en donde la pobreza en que vivían la antigua poeta y el antiguo pintor era ya inocultable. Pero yo no le hago ascos a la pobreza. En Latinoamérica nadie (salvo tal vez los chilenos) se avergüenza de ser pobre. Sólo que esta pobreza poseía una característica abisal, como si penetrar en la casa de Lilian equivaliese a sumergirse en las profundidades de una fosa atlántica. Allí, en una quietud que no era tal, observaban al intruso los restos carbonizados y recubiertos de musgo o plancton de lo que había sido una vida, una familia, una *madre* y un *hijo* reales y no inventados o adoptados en medio de la desmesura como eran mis hijos, un inventario o un antiinventario sutilísimo que se desprendía de las paredes y que hablaba con un murmullo como salido de un agujero negro de los amantes de Lilian, de la escuela primaria de Carlitos Coffeen Serpas, de los desayunos y de las cenas, de las pesadillas y de la luz que de día entraba por las ventanas cuando Lilian descorría las cortinas, unas cortinas que ahora aparecían infectas, unas cortinas que yo, siempre hacendosa, hubiera descolgado de inmediato y hubiera lavado a mano en el fregadero de la cocina, pero que no descolgué porque no quería hacer nada brusco, nada que pudiera turbar la mirada del pintor, una mirada que, a medida que pasaban los segundos y que yo seguía quieta, se fue apaciguando, como si aceptara provisionalmente mi presencia en el último reducto.

Y más no puedo decir. Yo quería quedarme y permanecí inmóvil y muda. Pero mis ojos lo registraron todo: el sofá hundido hasta tocar el suelo, la mesa enana llena de papeles y servilletas y vasos sucios, los cuadros de Coffeen cubiertos de polvo que colgaban de las paredes, el pasillo que se abría corno una temeridad caprichosa y a la

vez inexorable hacia la habitación de la madre y la habitación del hijo y el cuarto de baño, hacia el que yo me dirigí tras pedir permiso y tras esperar la deliberación que Coffeen sostuvo con él mismo o con Coffeen 2 y puede que hasta con Coffeen 3, un cuarto de baño que en nada se diferenciaba de la sala, y que yo, mientras caminaba por el pasillo oscuro (todos los pasillos eran oscuros en la casa de Lilian), conjeturé erróneamente sin espejo, y me equivoqué, pues en el baño sí que había espejo, un espejo por lo demás normal tanto en tamaño como en el sitio de donde colgaba, encima del lavamanos, y en cuyo azogue me observé obstinadamente una vez más, después de hacer pipí, mi cara flaca y mi pelo rubio a lo Príncipe Valiente y mi sonrisa desdentada, pues yo, amiguitos, hallándome en el baño de la casa de Lilian Serpas, un baño que seguramente hacía mucho que no era hollado por pies extraños, me dio por pensar en la felicidad, así sin más, en la felicidad posible que se escondía bajo las costras de mugre de aquella casa, y cuando una está feliz o presiente que la felicidad está cerca, pues se mira en los espejos sin ninguna reserva, es más, cuando una está feliz o se siente predestinada a la experiencia de la felicidad, tiende a bajar las defensas *y* a aceptar los espejos, digo yo que será por curiosidad, o porque te sientes a gusto dentro de tu propia piel, como decían los afrancesados de Montevideo, que Dios conserve con algo de salud, y así yo me miré en el espejo del baño de Lilian y de Coffeen y vi a Auxilio Lacouture y lo que vi, amiguitos, produjo en mi alma sentimientos encontrados, pues por un lado me hubiera puesto a reír, pues me vi bien, con la piel algo colorada por la hora y por el alcohol, pero con los ojos bastante despiertos (cuando trasnocho los ojos se me vuelven dos ranuras de alcancía por los que entran no las tristemente esperanzadas monedas del ahorro quimérico sino las monedas de fuego de un incendio futuro en donde ya nada tiene sentido), brillantes y despiertos, unos ojos que ni hechos a medida para disfrutar de una exposición nocturna de la obra de Coffeen Serpas, y por otro lado vi mis labios, pobrecitos, que temblaban imperceptiblemente, como si me dijeran no seas loca, Auxilio, qué ideas son esas que te pasan por la cabeza, vuelve a tu cuarto de azotea ahora mismo, olvida a Lilian y a su retoño infernal, olvida la calle República de El Salvador y olvida esta casa que se sostiene en la no vida, en la antimateria, en los agujeros negros mexicanos y latinoamericanos, en todo aquello que una vez quiso conducir a la vida pero que ahora sólo conduce a la muerte.

Y entonces dejé de mirarme en el espejo y dos o puede que tres lágrimas se escaparon de mis lagrimales. Ay, cuántas noches habré dedicado a reflexionar sobre las lágrimas y cuan poco he sacado en claro.

Luego volví a la sala y ahí seguía Coffeen, de pie, mirando un punto en el vacío, y aunque cuando me oyó salir del pasillo (como quien sale de una nave espacial) giró la cabeza y me miró, yo supe en el acto que no me miraba a mí, su visitante inesperada, sino a la vida exterior, la vida a la que le había dado la espalda y que, por otra parte, se lo estaba comiendo vivo aunque él fingiera un soberano desinterés. Y entonces yo quemé, más por voluntarismo que por deseo, mis últimas naves y me senté, sin que nadie me invitara, en el sofá desportillado y repetí las palabras de Lilian, que esa noche no iba a llegar, que no se preocupara, que a primera hora del día siguiente volvería a casa, y añadí algunas otras de cosecha propia que no venían al caso, observaciones banales sobre el hogar de la poeta y del pintor, un sitio encantador, cerca del centro pero en una calle tranquila y silenciosa, y de paso no me pareció mal hacerle partícipe del interés que su obra despertaba en algunas personas, dije que sus dibujos, los que conocía gracias a su madre, me parecían interesantes, que es un adjetivo que no parece adjetivo y que sirve tanto para describir una película que no queremos admitir que nos ha aburrido como para señalar el embarazo de una mujer. Pero interesante también es o puede ser sinónimo de misterio. Y yo hablaba del misterio. En el fondo era de eso de lo

que yo hablaba. Creo que Coffeen lo entendió, pues tras volver a mirarme con sus ojos de desterrado cogió una silla (por un momento pensé que me la iba a arrojar a la cabeza) y se sentó al revés, a horcajadas, las manos agarradas a los barrotes del respaldo, como un prisionero minimalista.

Recuerdo que a partir de ese momento, como si hubiera escuchado a lo lejos el disparo que ponía fin a la veda, hablé de todo lo que se me ocurrió. Hasta que se me acabaron las palabras. A ratos Coffeen parecía a punto de quedarse dormido y a ratos sus nudillos se tensaban como si fueran a reventar o como si el respaldo de la silla que lo separaba de mí fuera a salir despedido, pulverizado, desintegrado. Pero en un momento dado, como ya he dicho, se me acabaron las palabras.

Creo que no faltaba mucho para que empezara a amanecer.

Entonces Coffeen habló. Me preguntó si conocía la historia de Erígone. ¿Erígone? No, no la conozco, pero me suena, mentí, temerosa de estar metiendo la pata. Por un segundo pensé, desconsolada, que me iba a hablar de un antiguo amor. Todos tenemos un antiguo amor del que hablar cuando ya nada se puede decir y está amaneciendo. Pero resultó que Erígone no era un antiguo amor de Coffeen sino una figura de la mitología griega, la hija de Egisto y Clitemestra. Esa historia sí que me la sé. Sí que me la sabía. Agamenón se va a Troya y Clitemestra se hace amante de Egisto. Cuando Agamenón regresa de Troya Egisto y Clitemestra lo asesinan y luego se casan. Los hijos de Agamenón y Clitemestra, Electra y Orestes, deciden vengar a su padre y recuperar el reino. Esto los lleva a asesinar a Egisto y a su propia madre. El horror. Hasta allí llegaba yo. Coffeen Serpas llegaba más lejos. Habló de la hija de Clitemestra y Egisto, Erígone, hermanastra de Orestes, y dijo que era la mujer más hermosa de Grecia, no por nada su madre era hermana de la bella Helena. Habló de la venganza de Orestes. Una hecatombe espiritual, dijo. ¿Sabes lo que significa una hecatombe? Yo identificaba esa palabra con una guerra nuclear, así que preferí no decir nada. Pero Coffeen insistió. Un desastre, dije, una catástrofe. No, dijo Coffeen, una hecatombe era el sacrificio simultáneo de cien bueyes. Viene del griego *hekatón*, que significa cien, y de *bus*, que significa buey. Aunque en la antigüedad están registradas algunas hecatombes de quinientos bueyes. ¿Te lo puedes imaginar?, dijo. Sí, yo me puedo imaginar lo que sea, le contesté. Cien bueyes sacrificados, quinientos bueyes sacrificados, el humo de la sangre se debía de oler a distancia. Los participantes se mareaban en medio de tanta muerte. Sí, me lo imagino, dije. Pues la venganza de Orestes es algo similar, dijo Coffeen, el terror del parricida, dijo, la vergüenza y el pánico, lo irremediable del parricida, dijo. Y en medio de ese terror está Erígone, la hija adolescente de Clitemestra y Egisto, bellísima, inmaculada, que contempla a la intelectual Electra y al héroe epónimo Orestes.

¿La intelectual Electra, el héroe epónimo Orestes? Por un momento creí que Coffeen estaba tomándome el pelo.

Pero de eso nada. En realidad Coffeen hablaba como si yo no estuviera allí: a cada palabra que salía de su boca yo me alejaba cada vez más de la casa de la calle República de El Salvador. Aunque al mismo tiempo, por paradójico que resulte, me hacía más presente, como si la ausencia reafirmara mi presencia o como si los rasgos de la inmaculada Erígone estuvieran usurpando mis rasgos invisibles, o ajados por la realidad, de tal manera que por una parte yo podía estar desapareciendo, pero por otra parte, al tiempo que desaparecía, mi sombra se metamorfoseaba con los rasgos de Erígone y Erígone sí que estaba allí, en la maltrecha sala de la casa de Lilian, atraída por las palabras que Coffeen iba desgranando con gesto gárrulo o fodolí (como habría dicho Julio Torri, al que sin duda estas historias habrían gustado), ajeno a mi mirada de preocupación, pues si bien no quería dejar aquella noche a Coffeen, también me daba cuenta de que el derrotero por el que se estaba internando tal vez sólo fuera el

preámbulo de una crisis nerviosa agudizada por la ausencia de su mamá, ay, o por mi presencia inesperada que no suplía aquella ausencia.

Pero Coffeen siguió con la historia.

Y así supe que tras el asesinato de Egisto, Orestes se proclamó rey y los seguidores de Egisto tuvieron que exiliarse. Erígone, sin embargo, permaneció en el reino. Erígone, la inmóvil, dijo Coffeen. Inmóvil ante la mirada vacía de Orestes. Sólo su extrema belleza consigue aplacar por un instante el furor homicida de su hermanastro. Una noche, perdido, Orestes se mete en su cama y la viola.

Con las primeras luces del día siguiente Orestes despierta y se acerca a la ventana: el paisaje lunar de Argos le confirma lo que ya presentía. Se ha enamorado de Erígone. Pero quien ha matado a su madre no puede amar a nadie, dijo Coffeen mirándome a los ojos con una sonrisa calcinada, y Orestes sabe que Erígone es veneno para él, además de llevar en sus venas la sangre de Egisto, indicios suficientes para conducirla a la inmolación. Durante días, los seguidores de Orestes se dedican a perseguir y a eliminar a los seguidores de Egisto. Por las noches, como un drogadicto o como un teporocho (los símiles son de Coffeen), Orestes acude a la recámara de Erígone y se aman. Finalmente Erígone queda embarazada. Avisada Electra, se presenta ante su hermano y le hace ver los inconvenientes de tal situación. Erígone, dice Electra, dará a luz a un nieto de Egisto. En Argos ya no queda varón ninguno que lleve la sangre del usurpador, ¿ha de permitir Orestes que surja, por su debilidad, un nuevo brote del árbol que él mismo se encargó de talar? Pero también es mi hijo, dice Orestes. Es el nieto de Egisto, insiste Electra. Así que Orestes acepta los consejos de su hermana y decide matar a Erígone.

Sin embargo aún desea acostarse con ella una última vez y aquella noche va a visitarla. Erígone no sospecha nada y se entrega a Orestes sin miedo. Aunque es joven, no le ha costado mucho aprender cómo debe tratar la locura del nuevo rey. Lo llama hermano, mi hermano, le suplica, por momentos finge verlo y por momentos finge sólo ver una silueta oscura y solitaria refugiada en un rincón de su recámara. (¿Así era como Coffeen interpretaba un deliquio amoroso?) Un Orestes embrutecido, antes de que amanezca, le confiesa su plan. Le propone una alternativa. Erígone debe abandonar Argos esa misma noche. Orestes le proporcionará un guía que la sacará de la ciudad y la llevará lejos. Erígone, horrorizada, lo contempla en la oscuridad (ambos están sentados en cada extremo del lecho) y piensa que en las palabras de Orestes se esconde su sentencia de muerte: el mismo guía que su hermano dice estar dispuesto a proporcionarle será quien ejecute la sentencia.

El miedo la hace decir que prefiere permanecer en la ciudad, cerca de él.

Orestes se impacienta. Si te quedas aquí te mataré, dice. Los dioses me han trastornado. Habla de su crimen, una vez más, y habla de las Erinias y de la vida que pretende llevar cuando todo se aclare en su cabeza e incluso antes de que todo se aclare en su cabeza: vivir errantes, él y su amigo Pílades, recorriendo Grecia y convirtiéndose en leyenda. Ser beatniks, no estar atados a ningún lugar, hacer de nuestras vidas un arte. Pero Erígone no entiende las palabras de Orestes y teme que todo obedezca a un plan sugerido por la cerebral Electra, una forma de eutanasia, una salida hacia la noche que no manche de sangre las manos del joven rey.

12

La desconfianza de Erígone, amiguitos, conmovió a Orestes. Eso me lo dijo Carlos Coffeen Serpas. Me miró a los ojos y me lo dijo o me lo susurró, como si sus palabras fueran el filo de la hostia, la hostia bisturí, y luego dijo que sólo a partir de ese momento, es decir después de haberse conmovido, Orestes pudo pensar seriamente en salvaguardar a Erígone de los peligros que la acechaban en la humeante Argos y que se componían, básicamente, de su locura, de su furor homicida, de su vergüenza, de su arrepentimiento, de todo aquello que Orestes llamaba el destino de Orestes y que no era otra cosa que el camino de la autodestrucción.

Así que Orestes estuvo toda la noche hablando con Erígone y en esa noche desnudó su corazón como nunca antes lo hiciera y al final, poco antes de que amaneciera, Erígone se dejó convencer por tantas y tan bien esgrimidas razones y aceptó el guía que Orestes le ofrecía y partió de la ciudad con las primeras luces del alba.

Desde una torre Orestes la vio alejarse de la ciudad. Después cerró los ojos y cuando los abrió Erígone ya no estaba en ninguna parte.

Cuando dijo esto Coffeen cerró los ojos y yo vi la luna (llena, menguante o creciente, no importaba) desplazándose a una velocidad infinita por cada una de las baldosas del lavabo de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, en el año incólume de 1968. Y pensé, como pensé entonces y como pienso ahora, ¿qué hacer? ¿No esperar a que volviera a abrir los ojos y largarme de aquella casa que se estaba desvencijando en el túnel del tiempo? ¿Esperar a que volviera a abrir los ojos y preguntarle por el significado, si lo tuviera, de ese pasaje de la mitología griega? ¿Quedarme quieta y cerrar los ojos yo también, con el peligro que eso comportaba, es decir que al abrirlos en lugar de Coffeen y de los cuadros llenos de polvo sólo viera las baldosas iluminadas por la luna que rielaba aquel mes de septiembre por la Ciudad Universitaria? ¿Decirme a mí misma que ya estaba bien de jugar con fuego y por lo tanto abrir los ojos y decir buenas noches o buenos días y largarme para siempre de aquella casa perdida en un horizonte mexicano de ojos cerrados? ¿Alargar mi mano y tocar el rostro de Coffeen y decirle con mi mirada que había entendido la historia (cosa absolutamente falsa) y después encaminarme con pasos seguros a la cocina y preparar un té o mejor un par de tilas?

Pude hacer todas esas cosas. Al final no hice nada.

Y Coffeen abrió los ojos y me miró. Eso es todo, dijo. Intentó sonreír, pero no pudo. O tal vez esa mueca o tic nervioso era su manera de hacerlo. El resto de la historia es bastante conocida. Orestes viaja en compañía de Pílades. En uno de sus viajes encuentra a su hermana Ifigenia. Tiene aventuras. Su fama se extiende por toda Grecia. Yo estuve a punto de decirle, cuando mencionó a Ifigenia, que hubiera hecho mejor en alejarse de sus hermanas, veneno puro, pero no lo dije. Y después Coffeen se puso de pie, como dándome a entender que ya era demasiado tarde y que él debía seguir trabajando o durmiendo o rememorando hazañas griegas en un rincón de la sala. El problema era que yo en ese momento había vuelto a pensar en Erígone y de golpe me di cuenta de algo en la historia que antes no había percibido. Algo, algo, ¿pero qué?

Así que Coffeen se quedó petrificado en su gesto que me invitaba a marcharme y yo me quedé petrificada en el sofá, mientras mi mirada se paseaba por el suelo, por los muebles, por la pared y por la figura del mismo Coffeen, en el gesto típico de quien está a punto de acordarse de algo, un nombre en la punta de la lengua, un pensamiento que se empieza a gestar en medio de descargas eléctricas y ríos de sangre y que sin embargo permanece como entre sombras o informe, atemorizado de sí mismo o atemorizado del engranaje que lo ha puesto en marcha, más bien atemorizado del *efecto* que

ineludiblemente va a causar en el engranaje, pero que por otra parte no puede retrasar el encuentro, la salida, como si la palabra Erígone repetida hasta conformar una suerte de fórceps lo fuera sacando de su cueva en medio de berridos y risas involuntarias y otras atrocidades.

Y entonces, cuando aún no sabía qué era lo que había recordado o pensado, Coffeen dijo que era muy tarde y lo vi moverse nervioso por la sala, esquivando con una agilidad que sólo la costumbre proporciona los objetos que en otro tiempo constituyeron el confort y el lujo de la casa de Lilian Serpas.

Cronos, dije yo. He pensado en la historia de Cronos. ¿La conoces?, pregunté con acento agudo, más que como un improbable rescoldo rioplatense como una forma de protegerme. La historia de Cronos, claro que sí, dijo Coffeen, los ojos velados por una sustancia disolvente. No sé por qué he pensado en ella, dije yo para ganar tiempo. No tiene nada que ver con Orestes, dijo Coffeen. Ajá, dije yo sin taparme la boca y buscando en un dibujo de Coffeen colgado de la pared algo de elocuencia: en el dibujo se veía a un hombre avanzando por un camino mientras las estrellas, que tenían ojos, lo miraban. Francamente, no podía ser peor. Francamente, aquel cuadro no invitaba a la elocuencia. Francamente, me sentí bloqueada y por un momento me pareció, ¡como quien levanta la hoja de un rayo y ve lo que hay detrás!, que Coffeen era Orestes y yo Erígone y que aquellas horas de oscuridad se harían eternas, es decir que yo nunca más vería la luz del día, abrasada por la mirada negra del hijo de Lilian, que a la par de mis suposiciones y de mis miedos fue creciendo (aunque no ensanchándose) hasta adquirir las proporciones de un abedul o de un roble, un árbol enorme en medio de una noche enorme, el único árbol en la soledad de la pampa, que abría sus ojos, los ojos que vieron desaparecer a Erígone en la vastedad de los tiempos, y me miraba, y lo que al principio era perplejidad o simple desconocimiento, mirada que se cierne sobre un desconocido o sobre una encarnación del azar, paulatinamente fue convirtiéndose en una mirada de reconocimiento, y lo que antes era perplejidad pasó a ser odio, encono, furor homicida.

Y entonces comprendí y atrapé al vuelo aquello que se me había pasado desapercibido.

Alto, dije. Ahora recuerdo, dije. El aire enrarecido por el vuelo de miles de insectos se aclaró. Coffeen me miraba. Yo miraba un aeropuerto en donde no había aviones ni gente: sólo hangares sin sombras y pistas de aterrizaje, porque de ese aeropuerto sólo salían sueños y visiones. Era el aeropuerto de los borrachos y de los drogados. Y luego el aeropuerto se esfumó y en su lugar vi los ojos de Coffeen que me preguntaban qué era lo que había recordado. Y yo dije: nada. Nada, locuras mías, ideas mías. Hice el ademán de levantarme pues entonces sí que decidí que por aquella noche ya estaba bien, pero Coffeen puso una de sus manos sobre mi hombro y me retuvo. Que sea lo que Dios quiera, pensé. Yo no soy una mujer religiosa, pero eso fue lo que pensé. Y también pensé: no veré la luz de un nuevo día, que dicho así suena más bien cursi pero pensado en aquel momento sonaba como pórtico del misterio o algo así. Y, cosa sorprendente, lo que sentí entonces no fue miedo sino alivio, como si el darme cuenta de golpe de aquello que había pasado por alto en la historia de Erígone me hubiera anestesiado y aunque la sala de la casa de Lilian Serpas no era lo más parecido a un quirófano yo me sentí como si me estuvieran arrastrando hacia un quirófano. Pensé: estoy en el lavabo de mujeres de la Facultad de Filosofía y Letras y soy la última que queda. Iba hacia el quirófano. Iba hacia el parto de la Historia. Y también pensé (porque no soy tonta): todo ha acabado, los granaderos se han marchado de la Universidad, los estudiantes han muerto en Tlatelolco, la Universidad ha vuelto a abrirse, pero yo sigo encerrada en el lavabo de la cuarta planta, como si de tanto arañar las baldosas iluminadas por la luna hubiera abierto una puerta que no es el pórtico de la tristeza en el

contínuum del Tiempo. Todos se han ido, menos yo. Todos han vuelto, menos yo. La segunda afirmación era difícil de aceptar porque la verdad es que no veía a nadie y si todos hubieran vuelto yo los vería. En realidad, si me esforzaba, lo único que conseguía ver eran los ojos de Carlos Coffeen Serpas. Pero la vaga certidumbre seguía allí, mientras mi camilla corría por el pasillo, un pasillo verde bosque y a trechos verde camuflaje militar y a trechos verde botella de vino, rumbo a un quirófano que se dilataba en el tiempo mientras la Historia anunciaba a gritos destemplados su Parto y los médicos anunciaban con susurros mi anemia, ¿pero cómo me van a operar de anemia?, pensaba yo. ¿Voy a tener un hijo, doctor?, susurraba haciendo un esfuerzo inmenso. Los médicos me miraban desde arriba, con sus verdes tapabocas de bandidos, y decían que no mientras la camilla iba cada vez más rápida por un pasillo que viboreaba como una vena fuera del cuerpo. ¿De verdad no voy a tener un hijo? ¿No estoy embarazada?, les preguntaba. Y los médicos me miraban y decían no, señora, sólo la llevamos para que asista al parto de la Historia. ¿Pero por qué tanta prisa, doctor?, ¡me estoy mareando!, les decía. Y los médicos respondían con el mismo sonsonete con que se responde a quien agoniza: porque el parto de la Historia no puede esperar, porque si llegamos tarde usted ya no verá nada, sólo las ruinas y el humo, el paisaje vacío, y volverá a estar sola para siempre aunque salga cada noche a emborracharse con sus amigos poetas. Entonces démonos prisa, les decía yo. La anestesia se me subía a lar cabeza como a veces se me suben los caldos de la extrañeza y dejaba (por el momento) de hacer preguntas. Fijaba mi vista en el techo y sólo oía el traqueteo de goma de la camilla y los gritos en sordina de otros enfermos, de otras víctimas del pentotal sódico (eso pensaba), y hasta sentía un ligero calorcillo confortable que subía lentamente por mis largos huesos helados.

Cuando llegábamos al quirófano la visión se empañaba y luego se trizaba y luego caía y se fragmentaba y luego un rayo pulverizaba los fragmentos y luego el viento se llevaba el polvo en medio de la nada o de la Ciudad de México.

Era la hora de abrir los ojos otra vez y de decirle algo, lo que fuera, a Carlos Coffeen Serpas.

Y lo que le dije fue que ya era tarde y que debía irme. Y Coffeen me miró, como si él también hubiera visto algo que normalmente sólo se ve en los sueños, y se apartó de un salto. Tu madre llegará mañana por la mañana, dije. Entendido, dijo Coffeen sin mirarme.

Me acompañó hasta la puerta. Cuando bajaba el primer tramo de escaleras me di la vuelta, él seguía allí, en el rellano, la puerta sin cerrar, mirándome. Me llevé una mano a la boca y empecé a decirle algo pero de pronto me di cuenta de que sólo estaba pronunciando sílabas incoherentes. Fue como si de improviso me hubiera vuelto gagá. Así que me quedé con la mano en la boca y mirándolo, pero sin atinar a decirle nada, hasta que Coffeen con un gesto en el que era lícito percibir miedo y cansancio a partes iguales cerró la puerta. Durante unos segundos permanecí inmóvil. Pensaba. Luego la luz de las escaleras se apagó y comencé a bajar despacio, en medio de la oscuridad, sin soltar la barandilla.

En Bolívar tomé un taxi.

Mientras íbamos camino a mi cuarto de azotea, que por entonces estaba en la colonia Escandón, me puse a llorar. El taxista me miró de lado. Parecía una iguana. Creo que pensó que era una puta y que había tenido una noche mala. No llore, güera, me dijo, no vale la pena, ya verá como mañana ve las cosas de otra manera. No se me haga el filósofo, le contesté, y conduzca con cuidado.

Cuando bajé tenía los ojos secos.

Me preparé un té y me puse a leer acostada en la cama. No recuerdo qué leí. Seguro que no a Pedro Garfias. Finalmente desistí y terminé de beberme mi té a oscuras. Luego amaneció una vez más en la capital de México.

13

Supe entonces lo que supe y una alegría frágil, temblorosa, se instaló en mis días.

Salir por las noches con los poetas jóvenes mexicanos me dejaba exhausta o vacía o con ganas de llorar. Me cambié de cuarto de azotea. Viví en la Nápoles y en la Roma y en la Atenor Salas. Perdí mis libros y perdí mi ropa. Pero al poco tiempo ya tenía otra vez libros y también, aunque con menos celeridad, algo de ropa. Me dieron chambas sin importancia en la Universidad y me las quitaron. Todos los días, excepto por causas de fuerza mayor, yo estaba allí y veía lo que nadie veía. Mi adorada Facultad de Filosofía y Letras, con sus odios florentinos y sus venganzas romanas. De vez en cuando me encontraba a Lilian Serpas en el café Quito o en algún otro local de la avenida Bucareli y, como era natural, nos saludábamos, pero nunca volvimos a hablar de su adorado hijo (aunque algunas noches yo hubiera dado lo que fuera para que Lilian me pidiera otra vez que fuera a su casa y le dijera a su hijo que aquella noche no iba a volver), hasta que un día dejó de aparecer como el fantasma de los vendavales por los lugares que yo frecuentaba y nadie preguntó por ella ni yo quise hacer averiguaciones con respecto a su paradero, tal era la fragilidad que se había instalado en mi espíritu, la falta de curiosidad, precisamente una de mis características, antaño, más notables.

Poco después me dio por dormir. Antes yo nunca dormía. Era la insomne de la poesía mexicana y todo lo leía y lo celebraba y no había brindis en donde yo no estuviera. Pero un día, algunos meses después de haber visto por primera y última vez a Carlos Coffeen Serpas, me quedé dormida en un asiento del camión que me llevaba a la Universidad y sólo me desperté cuando unos brazos me cogieron de los hombros y me movieron como si intentaran poner en marcha un péndulo averiado. Desperté sobresaltada. Quien me había despertado era un muchachito de unos diecisiete años, un estudiante, y al ver su rostro tuve que hacer un esfuerzo muy grande para evitar ponerme a llorar ahí mismo. Desde aquel día dormir se convirtió en un vicio. No quería pensar en Coffeen ni en la historia de Erígone y Orestes. No quería pensar en mi historia ni en los años que me quedaban de vida.

Así que dormía, estuviera donde estuviera, generalmente cuando estaba sola (detestaba quedarme sola, cuando me quedaba sola me sumergía en el sueño de inmediato), pero con el paso del tiempo el vicio se hizo crónico y me dormía incluso cuando estaba acompañada, acodada en la mesa de un bar o incómodamente sentada en una función de teatro universitario.

Por las noches una voz, la del ángel de la guarda de los sueños, me decía: che, Auxilio, has descubierto adonde fueron a parar los jóvenes de nuestro continente. Cállate, le contestaba. Cállate. No sé nada. De qué jóvenes me hablas. Yo no sé nada de nada. Y entonces la voz murmuraba algo, decía mmm, una cosa así, como si no estuviera muy convencida de mi respuesta, y yo decía: todavía estoy en el lavabo de mujeres de la Facultad de Filosofía y Letras y la luna derrite una por una todas las baldosas de la pared hasta abrir un boquete por donde pasan imágenes, películas que hablan de nosotros y de nuestras lecturas y del futuro rápido como la luz y que no veremos.

Y luego soñaba profecías idiotas.

Y la vocecita me decía che, Auxilio, ¿qué ves?

El futuro, le contestaba, puedo ver el futuro de los libros del siglo XX.

¿Y podes hacer profecías?, me preguntaba la voz con un dejecito misterioso, pero en donde no había nada de irónico.

Profecías, profecías, lo que se dice profecías, no sé, pero puedo hacer algún que otro pronóstico, contestaba yo con la voz pastosa de los sueños.

Hacelas, hacelas, decía la vocecita francamente entusiasmada.

Estoy en el lavabo de mujeres de la Facultad y puedo ver el futuro, decía yo con voz de soprano y como si me hiciera de rogar.

Ya lo sé, decía la voz del sueño, ya lo sé, tú empezá con las profecías que yo las anoto.

Las voces, decía yo con voz de barítono, no anotan nada, las voces ni siquiera escuchan. Las voces sólo hablan.

Te equivocas, pero es igual, tú di lo que tengas que decir *y* procura decirlo fuerte y claro.

Entonces yo tomaba aliento, dudaba, ponía la mente en blanco y finalmente decía: mis profecías son éstas.

Vladímir Maiakovski volverá a estar de moda allá por el año 2150. James Joyce se reencarnará en un niño chino en el año 2124. Thomas Mann se convertirá en un farmacéutico ecuatoriano en el año 2101.

Marcel Proust entrará en un desesperado y prolongado olvido a partir del año 2033. Ezra Pound desaparecerá de algunas bibliotecas en el año 2089. Vachel Lindsay será un poeta de masas en el año 2101.

César Vallejo será leído en los túneles en el año 2045. Jorge Luis Borges será leído en los túneles en el año 2045. Vicente Huidobro será un poeta de masas en el año 2045.

Virginia Woolf se reencarnará en una narradora argentina en el año 2076. Louis Ferdinand Céline entrará en el Purgatorio en el año 2094. Paul Eluard será un poeta de masas en el año 2101.

Metempsicosis. La poesía no desaparecerá. Su no-poder se hará visible de otra manera.

Cesare Pavese se convertirá en el Santo Patrón de la Mirada en el año 2034. Pier-Paolo Pasolini se convertirá en el Santo Patrón de la Fuga en el año 2100. Giorgio Bassani saldrá de su tumba en el año 2167.

Oliverio Girondo encontrará su lugar como escritor juvenil en el año 2099. Roberto Arlt verá toda su obra llevada al cine en el año 2102. Adolfo Bioy Casares verá toda su obra llevada al cine en el año 2105. Arno Schmidt resurgirá de sus cenizas en el año 2085. Franz Kafka volverá a ser leído en todos los túneles de Latinoamérica en el año 2101. Witold Gombrowicz gozará de gran predicamento en los extramuros del Río de la Plata allá por el año 2098.

Paul Celan resurgirá de sus cenizas en el año 2113. André Bretón resurgirá de los espejos en el año 2071. Max Jacob dejará de ser leído, es decir morirá su último lector, en el año 2059.

¿En el año 2059 quién leerá a Jean-Pierre Duprey? ¿Quién leerá a Gary Snyder? ¿Quién leerá a Ilarie Voronca? Éstas son las cosas que yo me pregunto.

¿Quién leerá a Gilberte Dallas? ¿Quién leerá a Rodolfo Wilcock? ¿Quién leerá a Alexandre Unik?

Nicanor Parra, sin embargo, tendrá una estatua en una plaza de Chile en el año 2059. Octavio Paz tendrá una estatua en México en el año 2020. Ernesto Cardenal tendrá una estatua, no muy grande, en Nicaragua en el año 2018.

Pero todas las estatuas vuelan, por intervención divina o más usualmente por dinamita, como voló la estatua de Heine. Así que no confiemos demasiado en las estatuas.

Carson McCullers, sin embargo, seguirá siendo leída en el año 2100. Alejandra Pizarnik perderá a su última lectora en el año 2100. Alfonsina Storni se reencarnará en gato o león marino, no lo puedo precisar, en el año 2050.

El caso de Antón Chéjov será un poco distinto: se reencarnará en el año 2003, se reencarnará en el año 2010, se reencarnará en el año 2014. Finalmente volverá a aparecer en el año 2081. Y ya nunca más.

Alice Sheldon será una escritora de masas en el año 2017. Alfonso Reyes será definitivamente asesinado en el año 2058 pero en realidad será Alfonso Reyes quien asesine a sus asesinos. Marguerite Duras vivirá en el sistema nervioso de miles de mujeres en el año 2035.

Y la vocecita decía qué curioso, qué curioso, algunos de los autores que nombras no los he leído.

¿Como cuál?, preguntaba yo.

Y, la Alice Sheldon esa, por ejemplo, no tengo idea de quién es.

Yo me reía. Me reía durante un buen rato. ¿De qué te reís?, decía la vocecita. De haberte pillado a vos, que sos tan culta, contestaba yo. Culta, culta, lo que se dice culta, no sé, decía ella, pero he leído. Qué extraño, decía yo como si de pronto el sueño hubiera dado un giro de 180 grados y me encontrara ahora en una región fría, de Popocatépetles e Ixtaccíhuatles multiplicados. ¿Qué te resulta extraño?, decía la voz. Tener un ángel de los sueños de Buenos Aires siendo yo uruguaya. Ah, bueno, pero eso es muy corriente, decía ella. Alice Sheldon firma sus libros con el seudónimo de James Tiptree Jr., decía yo temblando de frío. No lo he leído, decía la voz. Escribe cuentos y novelas de ciencia ficción, decía yo. No lo he leído, no lo he leído, decía la voz y yo podía oír claramente cómo le castañeteaban los dientes. ¿Tenes dientes?, le preguntaba asombrada.

Dientes, lo que se dice dientes propiamente dichos, no, contestaba ella, pero si estoy contigo me castañetean los dientes que vos perdiste. ¡Mis dientes!, pensaba yo con un poco de cariño pero ya sin nostalgia ninguna. ¿No te parece que hace demasiado frío?, decía mi ángel de la guarda. Mucho, mucho, decía yo. ¿Qué te parece si nos vamos yendo de este lugar tan gélido?, decía la voz. Me parece estupendo, decía yo, pero no sé cómo lo vamos a conseguir. Hay que ser alpinista para salir de aquí sin romperse la crisma.

Durante un rato nos movíamos por los hielos intentando divisar a lo lejos el DF.

Esto me recuerda un cuadro de Caspar David Friedrich, decía la vocecita. Eso era inevitable, le contestaba yo. ¿Qué querés insinuar?, decía ella. Nada, nada.

Y luego, horas o meses después, la vocecita me decía tenemos que salir de aquí caminando, nadie nos va a venir a rescatar. Y yo le decía: no podemos, nos romperíamos (o más bien me rompería yo) la crisma. Además, me empiezo a acostumbrar al frío, a la pureza de este aire, es como si volviéramos a vivir en la región más transparente del Dr. Atl, pero a lo bestia. Y la vocecita me miraba con un sonido tan triste y tan cristalino como el poema de las vocales de Rimbaud y me decía: te acostumbraste.

Y luego, tras otro silencio de meses o tal vez de años, me decía: ¿te acordás de esos compatriotas tuyos que tuvieron un accidente aéreo? ¿Qué compatriotas?, decía yo, harta ya de que la voz interrumpiera mis sueños de nada. Esos que cayeron en los Andes y que todo el mundo dio por muertos y que se pasaron como tres meses en la cordillera comiéndose a los cadáveres para no morirse de hambre, creo que eran jugadores de fútbol, dijo la vocecita. Eran jugadores de rugby, dije yo. ¿Eran jugadores de rugby? Quién lo hubiera dicho, yo pensaba que eran jugadores de fútbol. Bueno, entonces te acordás, ¿no? Sí, me acuerdo, decía yo, los jugadores de rugby caníbales de los Andes. Pues debes imitarlos, decía la vocecita.

¿A quién querés que me coma?, decía yo buscando su sombra que sonaba tan enfática y tan bonita como el poema *Marcha Triunfal* de Rubén Darío. A mí no, a mí no

me podes comer, decía la vocecita. ¿A quién podría comerme entonces? Aquí estoy sola. Estamos tú y yo y los miles de Popocatépetl e Ixtaccíhuatl y el viento helado y nada más, decía yo mientras caminaba por la nieve y miraba el horizonte buscando una señal cualquiera de la ciudad más grande de Latinoamérica. Pero el jodido DF no se veía por ninguna parte y lo que en realidad quería era volver a dormir otra vez.

Entonces la vocecita se ponía a hablar del final de una novela de Julio Cortázar, aquella en la que el personaje está soñando que está en un cine y llega otro y le dice despierta. Y luego se puso a hablar de Marcel Schwob y de Jerzy Andrzejewski y de la traducción que hizo Pitol de la novela de Andrzejewski y yo dije alto, menos bla-bla-bla, yo todo eso lo conozco, mi problema, si es que hubiera algún problema, no es despertar sino no volver a quedarme dormida, cosa bastante improbable pues los sueños que tengo son buenos y no hay ser humano que desee despertar de un buen sueño. A lo que la vocecita me replicaba con una jerga psicoanalítica que claramente la identificaba (por si aún me quedaba alguna duda) como vocecita porteña y no montevideana. Entonces yo le decía: qué curioso, mis escalofríos suelen ser uruguayos, pero mi ángel de la guarda de los sueños es argentino.

Y ella, con tono profesoral, me corregía: argentina, en femenino, argentina.

Y luego nos quedábamos en silencio mientras el viento levantaba a rachas collares de hielo que quedaban suspendidos en el aire durante unos segundos y luego desaparecían, mirando, las dos, el horizonte inmaculado, por si veíamos aparecer por alguna parte la sombra del DF, aunque, a decir verdad, sin mucha esperanza de que apareciera.

Hasta que la vocecita decía: che, Auxilio, creo que me voy a ir. ¿Adonde?, le preguntaba yo. A otro sueño, decía ella. ¿A qué sueño?, le decía yo. A otro cualquiera, decía ella, aquí me muero de frío. Esto último lo decía con tanta sinceridad que yo buscaba su rostro entre la nieve y cuando por fin lo encontraba su carita sonaba igual que un poema de Robert Frost que habla de la nieve y del frío y eso me daba mucha pena porque la vocecita no me mentía y era verdad que se estaba congelando, pobrecita.

Así que la cogía entre mis brazos para darle calor y le decía: vete cuando quieras, no hay ningún problema. Hubiera querido decirle más cosas, pero sólo me salían esas frases más bien desangeladas. Y la vocecita se movía entre mis brazos como la pelusilla de un suéter de angora, un suéter de angora que no pesaba nada, y ronroneaba como los gatos del jardín de Remedios Varo. Y cuando ya había entrado en calor yo le decía vete, ha sido un placer conocerte, vete antes de que te vuelvas a quedar congelada. Y la vocecita salía de mis brazos (pero era como si saliera de mi ombligo) y se iba sin decir adiós ni chau ni nada, es decir se iba a la francesa como buen ángel de la guarda de los sueños argentino, y yo me quedaba sola y reflexionando como una loca, y de tanto pensar llegaba a la conclusión de que básicamente lo único que la vocecita había logrado arrancarme eran tonterías. Has quedado como una boba, me decía en voz alta o intentaba decirme en voz alta.

Y digo intentaba porque efectivamente lo intentaba, digo, abrir la boca, modular en las soledades nevadas esas palabras, pero era tan grande el frío que ni mover las quijadas podía. Así que yo creo que lo que decía en realidad sólo lo pensaba, aunque también he de decir que mis pensamientos eran atronadores (o así me lo parecía en esas altitudes nevadas), como si el frío, mientras me mataba y me dormía, al mismo tiempo me estuviera convirtiendo en una especie de yeti, una mujer de las nieves toda músculos y pelos y vozarrón, aunque ciertamente yo sabía que todo transcurría en un escenario imaginario y que no tenía músculos ni pelambrera que me protegiera de las ráfagas heladas ni mucho menos que mi voz se hubiera metamorfoseado en aquella especie de catedral que existía por sí misma y para sí misma y que lo único que hacía era formular

una sola pregunta vacía de sustancia, hueca, insomne: ¿por qué?, ¿por qué?, hasta que las paredes de hielo se resquebrajaban y caían con gran estrépito mientras otras nuevas se levantaban como al socaire del polvo que levantaban las caídas y así no había manera de hacer nada, todo era inmutable, todo irremediable, todo inútil, hasta llorar, porque en las altitudes nevadas la gente no llora, sólo hace preguntas, eso lo descubrí con asombro, en las alturas de Machu Picchu no se llora, o bien porque el frío afecta a las glándulas que regulan las lágrimas o bien porque allí hasta las lágrimas son inútiles, lo que es, se lo mire como se lo mire, el colmo.

Así que allí estaba yo, acunada por la nieve y dispuesta a morir, cuando de repente sentí algo que goteaba y me dije esto no puede ser, debo estar alucinando otra vez, en el Himalaya nada gotea, todo está congelado. Bastó ese ruidito para que no entrara en el sueño eterno. Abrí los ojos y busqué la fuente de aquel sonido. Pensé: ¿se estará descongelando el glaciar? La oscuridad parecía casi absoluta, pero no tardé en descubrir que sólo eran mis ojos que tardaban en acostumbrarse. Después vi la luna detenida en una baldosa, en una sola, como si me estuviera aguardando. Yo estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Me levanté. La llave de uno de los lavamanos del baño de mujeres de la cuarta planta no estaba bien cerrada. La abrí del todo y me mojé la cara. La luna entonces cambió de baldosa.

14

En ese momento decidí bajar de las montañas. Decidí no morirme de hambre en el lavabo de mujeres. Decidí no enloquecer. Decidí no convertirme en mendiga. Decidí decir la verdad aunque me señalaran con el dedo. Comencé a descender. Sólo recuerdo el viento gélido que me cortaba la cara y el brillo de la luna. Había rocas, había desfiladeros, había como pistas de esquí posnucleares. Pero yo bajaba sin prestarles excesiva atención. En alguna parte del cielo se estaba gestando una tormenta eléctrica, pero yo no le prestaba excesiva atención. Yo bajaba y pensaba en cosas alegres. Pensaba en Arturito Belano, por ejemplo, que cuando regresó al DF comenzó a salir con otros, no ya con los poetas jóvenes de México sino con gente más joven que él, mocosos de dieciséis, de diecisiete, de dieciocho. Y luego conoció a Ulises Lima y comenzó a reírse de sus antiguos amigos, yo incluida, a perdonarles la vida, a mirarlo todo como si él fuera el Dante y acabara de volver del Infierno, qué digo el Dante, como si él fuera el mismísimo Virgilio, un chico tan sensible, comenzó a fumar marihuana, vulgo mota, y a trasegar con sustancias que prefiero no imaginármelas. Pero de todas maneras, en el fondo, lo sé, seguía siendo tan simpático como siempre. Y así, cuando nos encontrábamos, por pura casualidad, porque ya no salíamos con las mismas personas, me decía qué tal Auxilio, o me gritaba Socorro, ¡Socorro!, ¡¡Socorro!!, desde la acera de enfrente de la avenida Bucareli, dando saltos como un chango con un taco en la mano o con un trozo de pizza en la mano, y siempre en compañía de esa Laura Jáuregui, que era su novia y que era guapísima pero que también era más soberbia que nadie, y de Ulises Lima y de ese otro chilenito, Felipe Müller, y a veces hasta me animaba y me unía a su grupo, pero ellos hablaban en glíglico, aunque se notaba que me querían, se notaba que sabían quién era yo, pero hablaban en glíglico y así es difícil seguir los meandros y avatares de una conversación, lo que finalmente me hacía seguir mi camino entre la nieve.

¡Pero que nadie crea que se reían de mí! ¡Me escuchaban! Mas yo no hablaba el glíglico y los pobres niños eran incapaces de abandonar su jerga. Los pobres niños abandonados. Porque ésa era su situación: nadie los quería. O nadie los tomaba en serio. O a veces una tenía la impresión de que ellos se tomaban demasiado en serio.

Y un día me dijeron: Arturito Belano se marchó de México. Y añadieron: esperemos que esta vez no vuelva. Y eso me dio mucha rabia porque yo siempre lo había querido y creo que probablemente insulté a la persona que me lo dijo (al menos, mentalmente), pero antes tuve la sangre fría de preguntar adonde se había ido. No me lo supieron decir: a Australia, a Europa, al Canadá, a un lugar de ésos. Y yo entonces me puse a pensar en él, me puse a pensar en su madre, tan generosa, en su hermana, en las tardes en que hacíamos empanadas en su casa, en la vez en que yo hice fideos y para que los fideos se secaran los colgamos por todas partes, en la cocina, en el comedor, en la sala pequeñita que tenían en la calle Abraham González.

Yo no puedo olvidar nada. Dicen que ése es mi problema.

Yo soy la madre de los poetas de México. Yo soy la única que aguantó en la Universidad en 1968, cuando los granaderos y el Ejército entraron. Yo me quedé sola en la Facultad, encerrada en un baño, sin comer durante más de diez días, durante más de quince días, del 18 de septiembre al 30 de septiembre, ya no lo recuerdo.

Yo me quedé con un libro de Pedro Garfias y mi bolso, vestida con una blusita blanca y una falda plisada celeste y tuve tiempo de sobras para pensar y pensar. Pero no pude pensar entonces en Arturo Belano porque no lo conocía.

Yo me dije: Auxilio Lacouture, resiste, si sales te meten presa (y probablemente te deportan a Montevideo, porque como es lógico no tienes los papeles en regla, boba), te escupen, te apalean. Yo me dispuse a resistir. A resistir el hambre y la soledad. Yo

dormí las primeras horas sentada en el water, el mismo que había ocupado cuando todo empezó y que en mi desvalimiento creía que me daba suerte, pero dormir sentada en un trono es incomodísimo y terminé acurrucada sobre las baldosas. Yo tuve sueños, no pesadillas, sueños musicales, sueños de preguntas transparentes, sueños de aviones esbeltos y seguros que cruzaban Latinoamérica de punta a punta por un brillante y frío cielo azul. Yo desperté aterida y con un hambre de los mil demonios. Yo miré por la ventana, por el ventanuco de los lavabos y vi la mañana de un nuevo día en trozos de campus como trozos de puzzle. Yo me dediqué aquella primera mañana a llorar y a dar gracias a los ángeles del cielo de que no hubieran cortado el agua. No te enfermes, Auxilio, me dije, bebe todo el agua que quieras, pero no te enfermes. Yo me dejé caer en el suelo, la espalda apoyada contra la pared, y abrí otra vez el libro de Pedro Garfias. Mis ojos se cerraron. Debí de quedarme dormida. Luego sentí pasos y me oculté en mi water (ese water es el cubículo que nunca tuve, ese water fue mi trinchera y mi palacio del Duino, mi epifanía de México). Luego leí a Pedro Garfias. Luego me quedé dormida. Luego me puse a mirar por el ojo de buey y vi nubes muy altas y pensé en los cuadros del Dr. Atl y en la región más transparente. Luego me puse a pensar en cosas lindas. ¿Cuántos versos me sabía de memoria? Me puse a recitar, a murmurar los que recordaba y me hubiera gustado poder anotarlos, pero aunque llevaba un Bic no llevaba papel. Luego pensé: boba, pero si tienes el mejor papel del mundo a tu disposición. Así que corté papel higiénico y me puse a escribir. Luego me quedé dormida y soñé, ay qué risa, con Juana de Ibarbourou, soñé con su libro *La rosa de los vientos,* de 1930, y también con su primer libro, *Las lenguas de diamante,* qué título más bonito, bellísimo, casi como si fuera un libro de vanguardia, un libro francés escrito el año pasado, pero Juana de América lo publicó en 1919, es decir a la edad de veintisiete años, qué mujer más interesante debió de ser entonces, con todo el mundo a su disposición, con todos esos caballeros dispuestos a cumplir elegantemente sus órdenes (caballeros que ya no existen, aunque Juana aún exista), con todos esos poetas modernistas dispuestos a morirse por la poesía, con tantas miradas, con tantos requiebros, con tanto amor.

Luego me desperté. Pensé: yo soy el recuerdo.

Eso pensé. Luego me volví a dormir. Luego me desperté y durante horas, tal vez días, estuve llorando por el tiempo perdido, por mi infancia en Montevideo, por rostros que aún me turban (que hoy incluso me turban más que antes) y sobre los cuales prefiero no hablar.

Luego perdí la cuenta de los días que llevaba encerrada. Desde mi ventanuco veía pájaros, árboles o ramas que se alargaban desde sitios invisibles, matojos, hierba, nubes, paredes, pero no veía gente ni oía ruidos, y perdí la cuenta del tiempo que llevaba encerrada. Luego comí papel higiénico, tal vez recordando a Charlot, pero sólo un trocito, no tuve estómago para comer más. Luego descubrí que ya no tenía hambre. Luego cogí el papel higiénico en donde había escrito y lo arrojé al water y tiré de la cadena. El ruido del agua me hizo dar un salto y entonces pensé que estaba perdida.

Pensé: pese a toda mi astucia y a todos mis sacrificios, estoy perdida. Pensé: qué acto poético destruir mis escritos. Pensé: mejor hubiera sido tragármelos, ahora estoy perdida. Pensé: la vanidad de la escritura, la vanidad de la destrucción. Pensé: porque escribí, resistí. Pensé: porque destruí lo escrito me van a descubrir, me van a pegar, me van a violar, me van a matar. Pensé: ambos hechos están relacionados, escribir y destruir, ocultarse y ser descubierta. Luego me senté en el trono y cerré los ojos. Luego me dormí. Luego me desperté.

Tenía todo el cuerpo acalambrado. Me moví lentamente por el baño, me miré en el espejo, me peiné, me lavé la cara. Ay, qué mala cara tenía. Como la que tengo ahora, háganse una idea. Luego escuché voces. Creo que hacía mucho que no escuchaba nada.

Me sentí como Robinson cuando descubre la huella en la arena. Pero mi huella era una voz y una puerta que se cerraba de golpe, mi huella era un alud de canicas de piedra lanzadas de improviso por el pasillo. Luego Lupita, la secretaria del profesor Fombona, abrió la puerta y nos quedamos mirándonos, las dos con la boca abierta pero sin poder articular palabra. De la emoción, yo creo, me desmayé.

Cuando volví a abrir los ojos me encontraba instalada en la oficina del profesor Rius (¡qué guapo y valiente que era y es Rius!), entre amigos y caras conocidas, entre gente de la Universidad y no soldados, y eso me pareció tan maravilloso que me puse a llorar, incapaz de formular un relato coherente de mi historia, pese a los requerimientos de Rius, que parecía a la par escandalizado y agradecido de lo que yo había hecho.

Y eso es todo, amiguitos. La leyenda se esparció en el viento del DF y en el viento del 68, se fundió con los muertos y los sobrevivientes *y* ahora todo el mundo sabe que una mujer permaneció en la Universidad cuando fue violada la autonomía en aquel hermoso y aciago año. Y yo seguí viviendo (pero faltaba algo, faltaba lo que había visto), y muchas veces escuché mi historia, contada por otros, en donde aquella mujer que estuvo trece días sin comer, encerrada en un baño, es una estudiante de Medicina o una secretaria de la Torre de Rectoría, y no una uruguaya sin papeles y sin trabajo y sin una casa donde reposar la cabeza. Y a veces ni siquiera es una mujer sino un hombre, un estudiante maoísta o un profesor con problemas gastrointestinales. Y cuando yo escuchaba esas historias, esas versiones de mi historia, generalmente (sobre todo si no estaba bebida) no decía nada. ¡Y si estaba borracha le quitaba importancia al asunto! Eso no es importante, les decía, eso es folklore universitario, eso es folklore del DF, y entonces ellos me miraban (¿pero quiénes me miraban?) y decían: Auxilio, tú eres la madre de la poesía mexicana. Y yo les decía (si estaba bebida les gritaba) que no, que no soy la madre de nadie, pero que, eso sí, los conocía a todos, a todos los jóvenes poetas del DF, a los que nacieron aquí y a los que llegaron de provincias, y a los que el oleaje trajo de otros lugares de Latinoamérica, y que los quería a todos.

Entonces ellos me miraban y se quedaban en silencio.

Y yo esperaba un tiempo prudencial haciéndome la desentendida y luego volvía a mirarlos y me preguntaba por qué no decían nada. Y aunque intentaba mantener mi mirada ocupada en otras cosas, el tráfico al otro lado de los ventanales, el movimiento pausado de las meseras, el humo que salía de un lugar indeterminado detrás de la barra, lo que de verdad me interesaba era observarlos a ellos, inmersos en un silencio sin fin, y pensaba que no era normal que se quedaran callados durante tanto tiempo.

Y en ese momento volvían la inquietud y las conjeturas desmesuradas y el sueño y el frío que desgarra y luego adormece las extremidades. Pero yo no dejaba de moverme. Movía las piernas y los brazos. Respiraba. Oxigenaba mi sangre. Yo si no quiero morir no voy a morir, me decía a mí misma. Así que me movía y al mismo tiempo, a vista de águila, aunque allí no había águilas, veía mi cuerpo moverse entre los desfiladeros nevados, por los terraplenes de nieve, por las interminables explanadas blancas como el lomo fosilizado de Moby Dick. Pero yo seguía caminando. Caminé y caminé. Y de vez en cuando me detenía y me decía a mí misma: despierta, Auxilio. Esto no hay quien lo aguante. Sin embargo yo sabía que podía aguantarlo. Así que bauticé a mi pierna derecha con el nombre de voluntad y a mi pierna izquierda con el nombre de necesidad. Y aguanté.

Yo aguanté y una tarde dejé atrás el inmenso territorio nevado y divisé un valle. Me senté en el suelo y miré el valle. Era grande. Parecía como el fondo que se ve en algunas pinturas renacentistas, pero a lo bestia. El aire era frío, pero no cortaba la cara. Yo me detuve en lo alto del valle y me senté en el suelo. Estaba cansada. Quería

respirar. No sabía qué iba a ser de mi vida. Tal vez, conjeturé, alguien me proporcione una chamba en la Facultad. Respiré. El aire era sabroso.

Atardecía. El sol comenzaba a ponerse mucho más allá, en otros valles singulares, tal vez más pequeños que el enorme valle que yo había encontrado. La claridad que flotaba sobre las cosas, no obstante, era suficiente. Comenzaré a bajar, pensé, apenas reponga un poco mis fuerzas y antes de que anochezca estaré en el valle.

Me levanté. Las piernas me temblaban. Me volví a sentar. A unos metros de donde estaba había una lengua de nieve. Me acerqué a ella y me lavé la cara. Me volví a sentar. Un poco más abajo había un árbol. En una rama vi un gorrión. Luego una mancha verde atravesó el aire. Vi un quetzal. Vi un gorrión y un quetzal. Los dos pájaros encaramados sobre la misma rama. Mis labios partidos susurraron: la misma rama. Escuché mi voz. Sólo entonces me di cuenta del enorme silencio que se cernía sobre el valle.

Me levanté y me acerqué al árbol. Discretamente, porque no quería asustar a los pájaros. La vista, desde allí, era mejor. Pero tenía que caminar con cuidado, mirando el suelo, pues había piedras sueltas y la posibilidad de resbalar y caer era grande. Cuando llegué junto al árbol los pájaros habían volado. Entonces vi que por el otro extremo del valle, por el oeste, se abría un abismo sin fondo.

¿Me estoy volviendo loca?, pensé. ¿Fue ésta la locura y el miedo de Arturo Gordon Pym? ¿Estoy recobrando la cordura a una velocidad de vértigo? Las palabras restallaban en el interior de mi cabeza, como si una giganta estuviera gritando dentro de mí, pero afuera el silencio era total. Por el oeste se ponía el sol y las sombras, abajo, en el valle, se alargaban y lo que antes era verde ahora era verde oscuro y lo que antes era marrón ahora era gris oscuro o negro.

Entonces vi una sombra diferente, como la que proyectan las nubes cuando se mueven aprisa por un gran prado, aunque esta sombra no la proyectaba ninguna nube, en el extremo oriental del valle. ¿Qué era eso?, me pregunté. Miré el cielo. Luego miré el árbol y vi que el quetzal y el gorrión habían vuelto a posarse sobre la misma rama y disfrutaban inmóviles de la quietud del valle. Luego miré el abismo. Se me encogió el corazón. Ese abismo marcaba el final del valle. Yo no recordaba ningún valle con un accidente geográfico similar. De hecho, en ese momento más que en un valle me pareció estar en una meseta. Pero no. No era una meseta. Las mesetas, por su propia condición, carecen de paredes naturales. Pero los valles, me dije, no se hunden en abismos insondables. Aunque puede que algunos sí. Luego miré la sombra que se esparcía y avanzaba por el otro extremo, como si también hubiera salido ella de la zona nevada, sólo que por otro sitio que yo. A lo lejos, sobrevolando los volcanes multiplicados, una tormenta eléctrica se gestaba en silencio. Supe entonces que el quetzal y el gorrión que estaban sobre la rama, metro y medio por encima de mí, eran los únicos pájaros vivos de todo aquel valle. Y supe que la sombra que se deslizaba por el gran prado era una multitud de jóvenes, una inacabable legión de jóvenes que se dirigía a alguna parte.

Los vi. Estaba demasiado lejos para distinguir sus rostros. Pero los vi. No sé si eran jóvenes de carne y hueso o fantasmas. Pero los vi.

Probablemente eran fantasmas.

Pero caminaban y no volaban, como dicen que vuelan los fantasmas. Así que puede que no fueran fantasmas. Supe también que pese a caminar juntos no constituían lo que comúnmente se llama una masa: sus destinos no estaban imbricados en una idea común. Los unía sólo su generosidad y su valentía. Conjeturé (con las palmas de las manos apoyadas en mis mejillas) que también ellos habían vagado por las montañas nevadas y que allí se habían ido encontrando y caminando juntos hasta formar un

ejército que ahora se desplazaba por el prado. Ellos por un lado y yo por el otro. Vi las cumbres alpinas como un espejo, abolidas las leyes de la física, con dos lados: de un lado del espejo había salido yo y del otro habían salido ellos.

Caminaban hacia el abismo. Creo que eso lo supe desde que los vi. Sombra o masa de niños, caminaban indefectiblemente hacia el abismo.

Después oí un murmullo que el aire frío del atardecer en el valle levantaba hacia los faldeos y riscos, y me quedé estupefacta.

Estaban cantando.

Los niños, los jóvenes, cantaban y se dirigían hacia el abismo. Me llevé una mano a la boca, como si quisiera ahogar un grito, y adelanté la otra, los dedos temblorosos y extendidos como si pudiera tocarlos. Quiso mi mente recordar un texto que hablaba de niños que marchaban a la guerra entonando canciones, pero no pudo. Tenía la mente al revés. La travesía por las nieves me había convertido en piel. Tal vez siempre fui así. No soy una mujer muy inteligente.

Extendí ambas manos, como si pidiera al cielo poder abrazarlos, y grité, pero mi grito se perdió en las alturas donde aún me encontraba y no llegó al valle. Flaca, arrugada, malherida, con la mente sangrando y los ojos llenos de lágrimas busqué los pájaros como si los pobrecitos me hubieran podido ayudar en esa hora en la que todo en el mundo se apagaba.

La rama estaba vacía.

Supuse que los pájaros eran un símbolo y que en esta parte de la historia todo era simple y sencillo. Supuse que los pájaros eran la enseña de los muchachos. No sé ya qué más supuse.

Y los oí cantar, los oigo cantar todavía, ahora que ya no estoy en el valle, muy bajito, apenas un murmullo casi inaudible, a los niños más lindos de Latinoamérica, a los niños mal alimentados y a los bien alimentados, a los que lo tuvieron todo y a los que no tuvieron nada, qué canto más bonito es el que sale de sus labios, qué bonitos eran ellos, qué belleza, aunque estuvieran marchando hombro con hombro hacia la muerte, los oí cantar y me volví loca, los oí cantar y nada pude hacer para que se detuvieran, yo estaba demasiado lejos y no tenía fuerzas para bajar al valle, para ponerme en medio de aquel prado y decirles que se detuvieran, que marchaban hacia una muerte cierta. Lo único que pude hacer fue ponerme de pie, temblorosa, y escuchar hasta el último suspiro su canto, escuchar siempre su canto, porque aunque a ellos se los tragó el abismo el canto siguió en el aire del valle, en la neblina del valle que al atardecer subía hacia los faldeos y hacia los riscos.

Así pues los muchachos fantasmas cruzaron el valle y se despeñaron en el abismo. Un tránsito breve. Y su canto fantasma o el eco de su canto fantasma, que es como decir el eco de la nada, siguió marchando al mismo paso que ellos, que era el paso del valor *y* de la generosidad, en mis oídos. Una canción apenas audible, un canto de guerra y de amor, porque los niños sin duda se dirigían hacia la guerra pero lo hacían recordando las actitudes teatrales y soberanas del amor.

¿Pero qué clase de amor pudieron conocer ellos?, pensé cuando el valle se quedó vacío y sólo su canto seguía resonando en mis oídos. El amor de sus padres, el amor de sus perros y de sus gatos, el amor de sus juguetes, pero sobre todo el amor que se tuvieron entre ellos, el deseo y el placer.

Y aunque el canto que escuché hablaba de la guerra, de las hazañas heroicas de una generación entera de jóvenes latinoamericanos sacrificados, yo supe que por encima de todo hablaba del valor y de los espejos, del deseo y del placer.

Y ese canto es nuestro amuleto.

Blanes, septiembre de 1998